

167

ARMAS Y LETRAS

HEMEROTECA
MUNICIPAL

MADRID



LA MUERTE DEL HEROE (APUNTE DE A. DE NEUVILLE)

Ayuntamiento de Madrid

Folleto de gran interés



PRECIO: 60 CENTIMOS

PEDIDOS A ESTA ADMINISTRACION

MANUAL DE IDENTIFICACION JUDICIAL

(DACTILOSCOPIA, FILIACION DESCRIPTIVA Y FOTOGRAFIA)

— POR —

Vicente Rodriguez Ferrer

Director de 1.^a clase del
Cuerpo de Prisiones

Segunda edición revisada y aumentada. Un tomo en 8.^o encuadernado en tela, de 424 páginas con 124 figuras y varios modelos de tarjetas de identidad de todos los países

PRECIO: 8 pesetas en Madrid y 8,50 en provincias

Pedidos: EDITORIAL REUS (S. A.). Cañizares, 3 dupdo.—Madrid

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9 MADRID Teléfono 4038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRERAS, CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS, EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC. ETC.

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identificar 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme que se desee para cuartos de banderas y estandartes a 25 ptas. *Novedad fotográfica*, 33 calcomanías para aplicarse en papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata, platino, dentaduras, alhajas y papeletas del monte. **Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)**

CASA HERNANDO
Avenida Conde Peñalver, 3—Teléfono 23-53 H

Venta de toda clase de máquinas de escribir. Reparaciones muy económicas, accesorios de toda clase. Cintas, papel carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis

AVISO A NUESTROS SUSCRIPTORES

CAMBIO DE DESTINO

Con el fin de evitar la pérdida de ejemplares, rogamos a nuestros suscriptores nos avisen lo más pronto posible su cambio de destino, utilizando el boletín inserto a continuación y que pueden enviar a nuestra Administración, en sobre abierto, franqueado con sello de dos céntimos:

D. _____ empleo _____ que prestaba sus servicios en _____ ha sido trasladado _____ desde donde desea seguir recibiendo los ejemplares de la Revista **ARMAS Y LETRAS**.



PARA HOMBRES

Ayer ventrudo,
hoy enjuto,
es que uso

la **FAJA DE JUSTO.**

Carmen, 10.--MADRID

Últimos modelos de Corsés para señoras y niños

SOMBRERERIA de JORGE GRACIA

Agente exclusivo de las marcas inglesas

Casa especial en gorras de uniforme, roses de gala y de diario para el Ejército
ZARAGOZA, 58, COSO :-, Teléfono 752

ZACARIAS HOMES

PROVEEDOR DE

EQUIPOS MILITARES



FUENCARRAL, 55.--MADRID

TELEFONO 583

APARTADO DE CORREOS NUMERO 588



Redacción, Admón. y Talleres: Calvo Asensio, 3.

Director: Vicente Valero de Bernabé

C R O N I C A

La conferencia del desarme, hecho mundial que pudiera ser de gran transcendencia, de llegar a serio, inició sus trabajos al mismo tiempo que en China, en Méjico, en Nicaragua, en Albania y *sotto voce* en algún Estado más, imperan vientos que no son precisamente de paz.

Aunque independiente de tal conferencia, pero ligado a ella por el asunto, existe el aparte convocado por el Presidente de los Estados Unidos, para que dicho país, Inglaterra y el Japón, echen una parrafada sobre reducción de armamentos navales.

Se le antoja al cronista que la fruta no está todavía en sazón y cogerla, es impedir que madure: las Naciones, las grandes aun más que las pequeñas, aun sienten el proverbio latino: "Si quieres paz, prepara la guerra".

En todos los Estados, al hablar de sentirse pacifistas, aparece el aforismo español que dice "justicia, pero no por mi casa".

Es un contrasentido que tratándose de cosa ultra moderna, aparezca en calidad de obstáculos, dichos antiquísimos que, algunos ilusos, creyeran ya encerrados en los Museos.

He ahí por qué ofrece dudas lo que la conferencia pueda hacer: si nadie tiene ganas de paz, ¿cómo comprometerse a nada?; si persisten las ambiciones de hace siglos, ¿quién que pueda ser víctima u objeto de alguna, va a mostrarse propicia para el vejamen?

Como diría Juanico el baturro, las cosas que no puén ser... no puén ser: pensar en el desarme, tomando como fundamento que no se altere el equilibrio militar del mundo, es cosa parecida a una carcería de elefantes con tiradores de goma y perdigón.

* * *

El asunto Chino, aunque según los corresponsales, sigue en estado agudo, está cerca del desenlace, pues no cabe duda que surgió claro cuál es el bando más fuerte, lo que, en todas las guerras, significó preliminares de paz.

Según en estas mismas crónicas tuve el honor de insinuar, ahondando un poco en las noticias que del Celeste Imperio llegan a Europa, se vislumbra que

tratándose de echar al extranjero, la rivalidad de los contendientes, baja bastante.

Los que vencieron en Shangai, parece que se captan las simpatías de los vencidos y todo hace suponer que en breve el Gobierno de ellos será acatado en toda la Nación.

Un corresponsal de los que se precian de adivinos, llama la atención de sus lectores acerca del hecho, calificado por él de insólito, de que, en el Gobierno de Cantón hay consejeros alemanes y han sido llamados más.

El sistema de *empujar* siempre llevó consigo el que el empujado trata de salir por algún sitio, lo que, más tarde o más temprano, nunca deja de conseguir.

También parece deducirse, del revolútum de noticias, que no se trata de un triunfo de las ideas bolcheviques, sino de que un país, muy cercano a la esclavitud, se constituya de igual modo que las demás Naciones lo están, aprovechando, para ello, cuanto pueda significar ayuda.

* * *

La cuestión de los Balkanes, ya tiene algunos quinquenios la frase, es, por lo visto, de las que perpetuamente constituyen conflicto, unas veces por Oriente, otras por Occidente y algunas por ambos lados.

Aunque el incidente origen, según parece, ocurrió entre Albania y Yugo-Eslavia, el conflicto es entre Italia y la última de las naciones nombradas, interviniendo también Bulgaria.

A última hora, las noticias no pueden ser más opuestas: un telegrama de Belgrado dice que Albania moviliza todos sus elementos militares; uno de Roma dice que Mussolini ofrece una actitud conciliadora, y otro de París dice que Inglaterra aconseja a Italia que pacte directamente con Bulgaria.

Confiemos con las Cancillerías y en la Diosa Diplomacia, por todos calificada de muy astuta, sobre todo, cuando en algún platillo de la balanza echa algún extraño un peso fuerte.

* * *

En Hungría, un diputado ha hecho buenas, en un

momento, ciertas consideraciones que todos leímos a estudiar la Geografía estratégica de Europa.

Dicho diputado, al anunciar que se opondrá, a todo trapo, a que en Budapest se establezca una Legación soviética, ha dicho:

—El bolcheviquismo es un peligro que amenaza a todo el Universo. Hungría es la vanguardia de Occidente para luchar contra tal peligro. Será necesario crear una alianza europea contra los soviets, y el Ministro de Negocios extranjeros húngaro, se honraría adoptando una iniciativa en tal sentido.

Conforme, en un todo con el ilustre parlamentario, deseando que la propuesta, en el menor tiempo posible, sea un hecho realizado: sería lamentable llegar tarde, pues aunque el final será siempre el mismo, cuanto más se anticipe, menos cruento y trágico podrá ser.

* * *

Si de Europa nos trasladamos a América, a lo Franco, de un vuelo, no encontraremos las cosas mucho mejor que por acá, aunque a primera vista parezca tranquila superficie.

Los Estados Unidos tienen en constante movimiento al buen Tío Sam, a quien Monroe pretende hacer comprender que limitar al Norte el alcance de la frase "América para los americanos", no tiene lógica.

Méjico, sueño imperialista yanqui, es constante objeto de revoluciones interiores, en las que, aun siendo, se atisban manejos extraños, en busca de una situación ante la que no pueda permanecer indiferente un vecino, por tranquilo que sea.

Nicaragua, república del istmo que une los dos continentes americanos, por la circunstancia de tener en su interior un gran lago, al que se llega desde el Pacífico y desde el Atlántico por sendos ríos, es objeto de la predilección de los Estados Unidos, que no habiendo resuelto el problema con el Canal de Panamá acaso sueñan con el de Nicaragua, que pudiera ser

de mayor rendimiento en cuanto a navegación entre los dos Océanos.

* * *

Dentro de casa, son los asuntos de mayor importancia; Tánger y la futura Asamblea, que aun con el carácter de asesora, será constituyente.

De lo primero poco más que nada puede decirse: el buen sentido aconseja la discreción; siguen las conversaciones en el más cordial ambiente, y, según parece, es punto principal, casi único de partida, el respeto de los Tratados.

Sin que tal respeto deje de existir ni un momento, pudiera darse tal extensión al articulado, que fuesen satisfechas nuestras naturales aspiraciones, ya puestas en evidencia cuando Prim, forzando el paso del Fondak, inició su marcha sobre la ciudad cosmopolita.

¿Surgirán las advertencias amistosas que por aque entonces cerraran el camino del triunfo a nuestros soldados?

Es de esperar que no, habida cuenta de que para guardar una casa es acción indispensable tener la llave de la puerta.

Hace esperarlo así, entre otras razones de lógica, la reciente aparición de un folleto titulado "Tánger ha de ser español", en el que puede leerse mucho y bueno, más entre líneas, que en ellas mismas.

La Asamblea encuéntrase en plena gestación, muy adelantada ya; casi está completo el reglamento de su constitución y falta también muy poco para estar terminado el de su funcionamiento.

Por lo demás, disfrutamos la más completa de las calmas, sólo amargada, de vez en cuando, por esas plagas de la vida moderna, llamadas exportación e importación que los Gobiernos van a verse obligados a estudiar a fondo, limado el oropel que las presente como base de la riqueza pública y nacional.

FERALGA





EL OTRO AMOR DE PEDRO EL GRANDE



Narramos haec poco la historia del último y desgraciado amor de Pedro el Grande. Vamos a referir ahora la del otro amor que avasalló su vida, y en el que tampoco tuvo de su parte a la fortuna. Cupido es ciego, y para él no cuentan el poderío, ni el talento. Bien lo prueban las desdichas amorosas del ilustre zar.

Ana Mons era hija de un comerciante alemán que fué a establecerse en Moscou, a mediados del siglo XVII en el barrio reservado a sus compatriotas.

Tanto ella como su hermana se distinguían por su notable belleza. Un amigo suyo, llamado Lefort, que tuvo la suerte de llegar a contarse entre los favoritos de Pedro, y que como tal, andaba siempre en busca de distracciones para su amo y señor, le llevó un día a casa de la familia Mons, y desde entonces la zarina, que luego acabó sus días en un monasterio, vió desvanecerse la felicidad conyugal, porque el esposo prefería la humilde vivienda de Anita a su esplendoroso palacio.

Ni guerras ni viajes le borraban de la mente el recuerdo de la joven alemana.

No obstante los cuidados y preocupaciones que pesaban sobre el gran reformador, cuando se hallaba lejos de ella, no le faltaba nunca tiempo para escribir a su amada. Esta, en sus cartas, se expresa con humildad y respeto y le habla sobre todo de las naranjas y de los limones que envía al zar para que se los coma "a su salud"; pero también, a veces, se mezcla en asuntos del Estado a fin de favorecer a parientes y amigos. En una carta le recuerda la promesa de concederle tierras, y se da tal maña, que a pesar de la economía y hasta de la avaricia de Pedro, que carece constantemente de dinero para sus guerras, para construir barcos y para abrir canales, la práctica Ana recibe de su imperial amigo no solamente tierras y pueblos, sino también una pensión de 708 rublos, que en aquellos tiempos representaba una bonita renta. Además de esto, el zar manda construir para ella un inmenso palacio de piedra, en el barrio alemán, casi junto a la iglesia, con objeto de que su adorada pueda ir a los oficios sin gran molestia. La regala su retrato orlado de diamantes que valen mil rublos, precisamente cuando la esposa del príncipe heredero Alejo Petrovitch se halla casi en la miseria.

Pero no obstante las larguezas de que Pedro la colmó, Anita no correspondió nunca a su amor; fué sólo lo que le decía en las cartas: "su sierva" y "su humilde esclava". El corazón de Ana Mons no pertenecía al zar, sino al embajador polaco Kenigsek.

Tentado por las ventajas que ofrecía el servicio militar ruso, y acaso también, impulsado por el amor que profesaba a la bella Ana, Kenigsek entró, en 1702, al servicio de Rusia, acompañando al zar en sus campañas y llegando a ser uno de los favoritos. Pedro ignoraba completamente que aquel fuese un rival afortunado; no lo supo hasta un día en que volviendo de una fortaleza, al cruzar un puente levadizo, Kenigsek perdió pie y se ahogó.

Cuando sacaron del agua el cuerpo del ahogado, quiso Pedro recoger los papeles del difunto, y con gran sorpresa encontró entre ellos el retrato de su Anita con algunas cartas incendiarias de la joven.

Lleno de cólera y de celos, el emperador mandó venir a la infiel y la preguntó furioso:

—¿Por qué escribiste al polaco?

Y como Ana no respondiese, Pedro la mostró las

cartas y el retrato y la notificó la muerte de su rival.

Al escuchar la horrible noticia, Ana se deshizo en llanto, pero persiguió obstinadamente en su silencio. La cólera del zar era tan grande, que después de dirigirle sangrientos reproches y de haberla amenazado con la pena de muerte, la joven creyó que iba a matarla con sus propias manos.

Al fin las lágrimas de la bella alemana aplacaron las iras de Pedro el Grande, y llorando también, perdonó a la infiel con estas palabras:

—Todo lo olvido; yo también tengo mis debilidades. No puedo aborrecerte; mi excesiva confianza en ti ha sido la causa de todo el mal. Pero la dignidad me exige que nos separemos. ¡Vete! Yo sabré conciliar el amor con la razón. No te faltará nada; pero no quiero verte jamás.

Contra lo que podía esperarse de estas palabras, el rencor de Pedro le hizo ordenar que Ana y su hermana Matrona permaneciesen presas en su casa.

Ana, como casi todas las mujeres de su época, se entregó a las prácticas mágicas, esperando alejar y conjurar la mala suerte, y, a pesar de su desgracia y de la historia de sus amores secretos con el joven militar conocidos de todo Moscou, sus irresistibles encantos vencieron al barón Keiserling.

Por entonces, Pedro empezaba a enamorarse de la que llegó a ser más tarde la célebre emperatriz Catalina, y Ana, por su parte, sostenía relaciones con el barón Keiserling en secreto, para no despertar las iras del zar. Pero éste, aun con su nascente amor, no había podido arrancar del todo el que había reinado en su corazón durante tantos años, y ¡quién sabe si quiso devolverla su cariño y su confianza! Pero una vez libre, la bella alemana se mostró con él más fría y reservada que nunca.

Por una carta interceptada, en la que Ana se quejaba de las instancias del monarca, Pedro se enteró de los amoríos de la joven una noche que se dirigía al baile. La noticia le llenó de cólera, y a fin de evitar nuevos infortunios a su novia, Keiserling resolvió casarse en seguida, pero cayó gravemente enfermo y los desposorios se celebraron junto al lecho mortuario.

Viuda Ana, siguió viviendo con su madre en Moscou, en una casita de madera del barrio alemán, pero estaba muy delicada a consecuencia de los sufrimientos padecidos, y se pasaba largas temporadas en cama echando sangre por la boca.

Dos meses después de enviudar, escribía a su hermano Guillermo, a la sazón general ayudante del zar, y el mismo a quien más tarde Pedro el Grande mandó cortar la cabeza y exponerla en un museo por haber descubierto sus amores con la zarina.

"Hermano querido: ¡ojalá te encuentre bien mi triste carta! Madre y yo sufrimos mucho. Parece que las aflicciones de mi vida no van a concluir nunca".

Los días de la joven viuda estaban contados. Murió tísica en 1714. Entre sus alhajas se encontraron el retrato del zar, orlado de piedras preciosas y una sarta de perlas destinada a cierto "huérfano" que quizá fuese hijo natural de la célebre Ana.

Aquel amor del gran zar ejerció notable influencia en la Historia. Atraído Pedro al barrio alemán por las gracias de Ana Mons, allí fué donde primero oyó hablar de las maravillas de la civilización europea, tan ignorada de los entonces bárbaros moscovitas, y entonces concibió el plan de estudiar personalmente aquella civilización y de implantarla en su imperio.

COSAS VIEJAS

LANCES DE ESPAÑOLES

Estando emigrado en París el general Narváez en el año 1842, y teniendo relaciones amorosas con una hija de los Condes de Tascher de la Pagérie, que fué a los pocos meses Duquesa de Valencia, comía una noche en casa de sus futuros suegros, y habiendo recaído la conversación acerca de la guerra con los franceses y de las batallas a que había asistido Narváez a las órdenes de Mina, una mala interpretación de algunas palabras pronunciadas por un coronel del ejército francés que asistía al banquete, fué causa de que Narváez montase en cólera y de que, olvidándose del sitio en que se encontraba, dijera, dando destempladas voces:

—“Yo me f... en usted y en todos los franceses, y en el ejército francés, y en Luis Felipe... y en Francia...”

La estupefacción y sorpresa que estas palabras causaron a todos los que presenciaban quella escena no puede describirse; la prometida de Narváez se desmayó, los franceses se levantaron de la mesa y la comida se dió por terminada. El coronel francés designó sus padrinos, y Narváez nombró para representarle a Córdova y a Escosura, que aceptaron el cargo con la condición de que su apadrinado retirase previamente todas las frases injuriosas para los franceses, con excepción del coronel. Mediaron explicaciones leales por una y otra parte, y el lance terminó en boda, gracias al tacto y buena fe de los padrinos de ambos.

* * *

Durante la segunda guerra carlista ocurrió en Pamplona un encuentro en circunstancias excepcionales, por una disputa de sobremesa acerca de las aptitudes de la Caballería y de la Infantería. Un antiguo capitán de la primera de estas Armas, que acababa de incorporarse al ejército del Norte, procedente de Ultramar, en donde había combatido con bravura, acaso sin obtener las recompensas de que era merecedor, tomó parte activa en la discusión, y agriado quizás por su mala suerte, molesto tal vez al ver las insignias de jefe en un comandante de Infantería muy joven, que acababa de ascender a teniente coronel, o más fácilmente porque creyera que ese censuraba el Arma de la que era entusiasta admirador, salió con arrogancia a defenderla. Interpretó torcidamente los ejemplos y explicaciones que de buena fe entre compañeros se aducían, y haciendo alusión a los galones y pocos años del citado jefe, dió origen a que por éste se suscitara una cuestión personal. El duelo se concertó a revólver de reglamento, a veinticinco pasos a pie firme, apuntando y con seis disparos sucesivos. Los carlistas rodeaban las inmediaciones de la ciudad y no era posible salir al campo. El encuentro se ve-

rificó en la estación del ferrocarril colocando a los adversarios entre dos trenes en líneas paralelas y distantes dos o tres metros entre sí. Los testigos del que debía recibir un disparo ocupaban alternativamente los vagones, y los otros se situaban detrás del que hacía fuego, pues no existía otro medio de separarse de la línea de tiro. Cambiaron cinco balas sin resultado, y habiendo correspondido hacer el último disparo al teniente coronel, con la facultad de apuntar el tiempo estipulado, prefirió disparar al aire, haciendo constar su ferviente deseo de que nunca se quebrantara el fraternal cariño que debía existir entre todas las Armas del ejército. El capitán de Caballería agradeció el noble rasgo de su jefe, diéronse un apretado abrazo, y con él quedaron zanjados varios desafíos que para el siguiente día estaban ya concertados entre distintos oficiales de las dos Armas hermanas.

* * *

Un duelo famoso se verificó en Manila en 1870.

En uno de los últimos viajes que se hicieron con la derrota de doblar el Cabo de Buena Esperanza, salió de Cádiz una fragata con dicho rumbo, llevando a su bordo, entre otros pasajeros, dos tenientes coroneles de ejército, viejo el uno y el otro joven. El Marqués de Cabriñana relata al detalle lo ocurrido a bordo, y nosotros diremos sólo que el jefe encanecido sentíase muy mortificado al ver la jerarquía del joven, y el día mismo de la salida de Cádiz hubo de permitirse un acto excesivamente descortés para con su compañero. Planteóse una cuestión de honor, que se solventaría en el momento de llegar a tierra. Unos cinco meses tardó la fragata en rendir el viaje, y cuando todo el mundo creía olvidado el incidente, al fondear el barco, el jefe de más edad se acercó al joven cortésmente, y con gran disimulo le preguntó dónde podría enviar y con quién se entenderían dos amigos suyos.

Dos días después, en las proximidades de Manila, a las cinco de la tarde se verificó el duelo... El lance se convino a revólver de reglamento, a quince pasos, avanzando hasta tocarse y después apuntar a discreción. Colocados en el terreno a la distancia convenida, y dada la voz de “marchen”, el veterano jefe avanzó unos cinco pasos, se detuvo, apuntó e hizo fuego.

El joven recibió el tiro, se tambaleó como si fuera a caerse, y de la mano derecha, cuya mano había permanecido en guardia alta, en el acto de dispararle su contrario se le escapó el arma. Por un esfuerzo de su voluntad, trabajosamente se sostuvo en pie, se bajó, tratando de recoger el revólver con la mano derecha, cosa que le fué imposible, y en tonces, cogiéndole con ambas manos avanzó hasta su enemigo, que lo esperaba en guardia, y apoyando casi el cañón en la garganta, disparó. Cayó el contrario al suelo y poco después él mismo.

El anciano falleció a las treinta y ocho horas después de crueles sufrimientos y con valor y serenidad asombrosas. El joven tardó en curarse, después de grave peligro, cerca de un año.

Permítidme que comience esta historia hablando de las zarzuelas. Y permitidme que os diga que las mejores zarzuelas son aquellas que abundan en situaciones líricas.

¿Sabéis lo que es hacer una zarzuela con situaciones líricas? Os lo explicaré. Es muy sencillo.

El libretista se sienta ante la mesa de su despacho y piensa: "Tengo que hacer varias situaciones líricas". E inmediatamente, piensa en componer una zarzuela cuyo protagonista es un capitán enamorado. Y se dice satisfecho: "¡Esto sí que es lírico! Ea, a trabajar..."

Conozco y soy amigo de varios capitanes. Algunos han estado en Africa; otros no han salido de la Península, pero —precisamente— todos ellos, absolutamente todos ellos, están enamorados. Y sin embargo, reuniendo como reúnen las condiciones de capitanes y de enamorados, yo nunca les he encontrado dema-

siado líricos. Sin duda es que yo no sirvo para escribir zarzuelas.

En las zarzuelas de capitanes enamorados, el protagonista se encuentra con unos amigos. Estos le rodean y le preguntan:

—¿Qué tienes, Rolando? Te vemos muy triste.

—¿Qué te ocurre?

—¿Por qué se entristece el hombre a cuyas plantas caen desmayadas las mujeres?

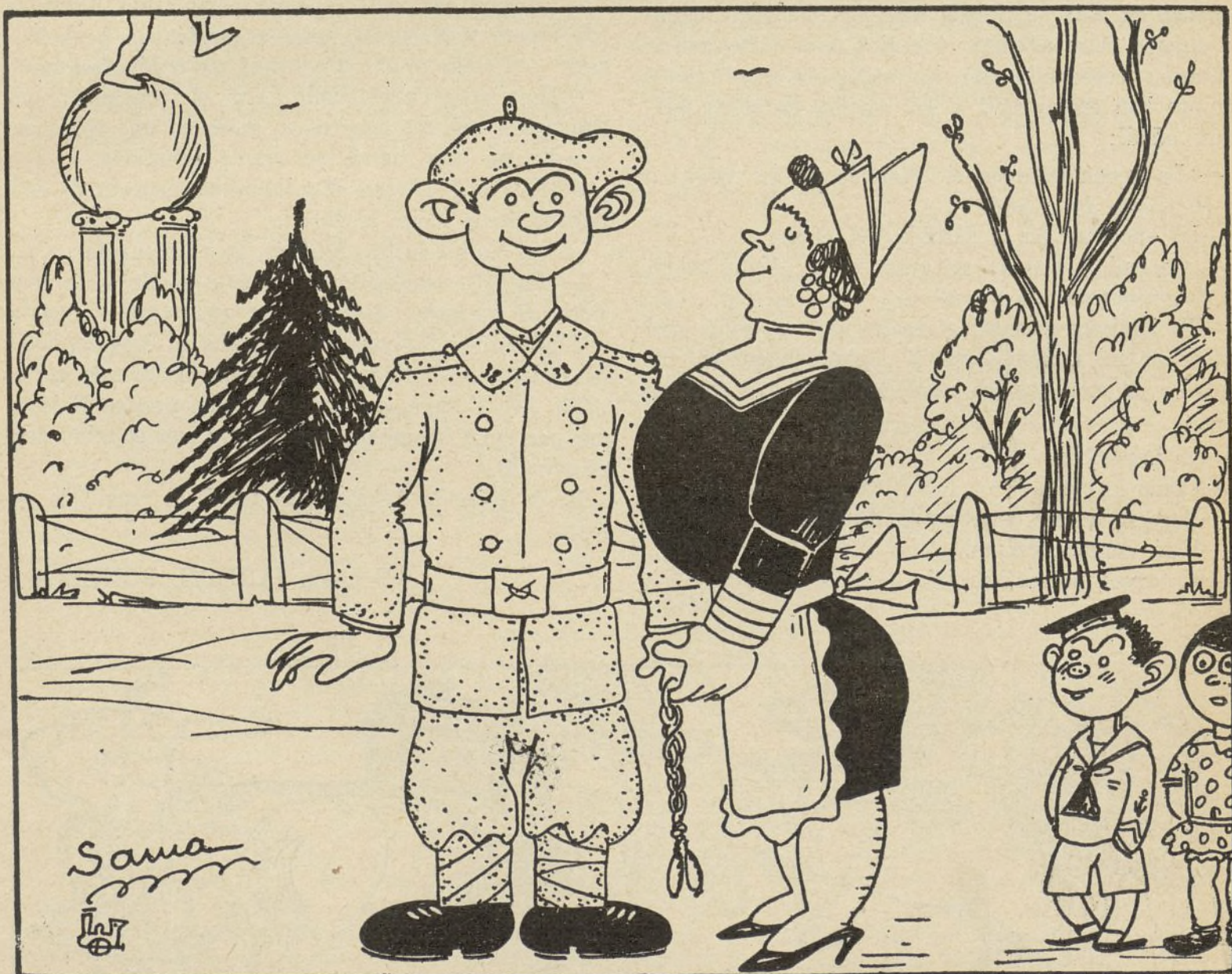
—¿Qué es eso, Rolando?

Y el capitán Rolando contesta, tocándose una condecoración con la mano izquierda:

—Estoy enamorado, amigos míos.

Se ha llegado a la situación lírica, y el capitán entona una romanza explicando cómo se enamoró.

Juro que varios de los capitanes con cuya amistad me honro me han hablado de su amor largamente...



Ella.—¡Ay Rufo! cuánto me gusta tu compañía.

El.—Pues a mí, más que mi compañía prefiero tu cuerpo.

ARMAS Y LETRAS

Pues bien: ninguno me ha dicho cantando una romanza como conoció a su novia.

El último de ellos, el capitán Nolasco me hizo sus confidencias amorosas en el Retiro, un hermoso atardecer de otoño. El anochecido inclinaba mi alma a la melancolía. Al capitán debía sucederle lo propio. Los árboles iban quedando desnudos y una brisa suave arrastraba las hojas caídas.

Entonces el capitán Nolasco, del regimiento de Infantería de Saboya, número 6, me dijo dulcemente:

—Estoy enamorado, Enrique.

—¿Es posible?—dije alegremente.

—Sí. Estoy enamorado.

Tuve la seguridad de que el capitán iba a empezar a cantar su romanza. La exquisita tristeza del parque, el temperamento poético de mi amigo, el susurro de las frondas, todo me llevaba al convencimiento de que Nolasco iba a cantar. Tanto es así, que le dije:

—Cuéntame la historia de ese amor, pero procura no desafinar en el ritornello.

Nolasco se me quedó mirando fijamente.

—¿Qué dices?—murmuró extrañado.

—Eso. Que no desafines, porque me gustaría oír la romanza en toda su pureza melódica. Empieza cuando quieras. Voy a cerrar los ojos para oírte mejor.

Luego, recordando que los capitanes enamorados siempre han encontrado a sus amadas en sitios poéticos, añadí:

—¿La encontraste en el estanque de los sauces o en el puente de la peña?

—La encontré en la Granja del Henar.

—¡Caramba! Eso no me gusta nada. ¡Valla un sitio de encontrar una novia!

—Te advierto—repuso el capitán que no sabía qué pensar de mi actitud—que el capitán Lagunilla encontró a su novia en las escaleras del Metro de Ríos Rosas.

—Es imposible.

—Como lo oyes.

—Pues no estará enamorado de ella.

—Está enamoradísimo.

—Entonces, no será capitán.

—Ascendió a ese empleo cuando el combate de Tazza.

—¡No me lo explico! ¡La verdad es que no me lo explico!

Nolasco empezó a impacientarse:

—Pero ¿qué es lo que no te explicas?

—Que siendo capitanes y estando enamorados no encontráseis a vuestras novias en algún sitio poético. Y no se diga que los sitios poéticos se han terminado... Ahí está la Moncloa... ¿Por qué no encontraste a tu novia en la fuente de las damas, por ejemplo?

—¡Hum!—gruñó Nolasco encolerizado—. Si todo el mundo encontrase a su novia en la fuente de las damas, no se podría circular por la Moncloa.

—Bueno, sí; puedo aceptar la disculpa—repuse—Transijo con que la encontrases en la Granja de Henar. Pero ¿cómo se llama?

—Antonia. Antoñita.

—No puede ser.

—¡Yo no miento, Enrique!—gritó.

—Digo que eso es inadmisibile. No es nombre propio para ser novia de un capitán enamorado. Debía llamarse Dora o Fiorella o Rosalida...

—Enrique, yo creo que estás perturbado. Trabajas con exceso y te cuidas poco—contestó con pena Nolasco—. Debías tomar glicerofosfatos o hipofosfitos.

—Hoy estoy perturbado. Por el contrario, aun aguardo a que me cuentes tu amor en una romanza.

—Yo no haré nunca semejante estupidez.

—¿Que no? ¿Acaso el melancólico aspecto de este parque no te incita a ello?

—No. No me incita. Además, yo no sé cantar.

—¡Basta!—concluí levantándome—. He visto muchísimas zarzuelas de capitanes enamorados y sé a qué atenerme. No estás enamorado, ni eres capitán! No quiero amistad con un impostor. Hasta más ver...

Me fuí. Y tuve que correr mucho, porque Nolasco me perseguía bramando de rabia y con el sable desenvainado.

En la calle de Alfonso XII tomé un "taxi" de sesenta.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



El pantalón en los uniformes y en la moda de los paisanos

Otra vez vuelve a hablarse de la moda sobre el pantalón. Y dice que culpa de ello tienen los actuales informes en los que domina el calzón corto. He aquí a propósito de todo esto unas cuantas noticias sobre la historia del pantalón y calzón.

El pantalón, símbolo de la virilidad en el indumento de las naciones civilizadas y parte la más principal de las vestiduras masculinas, es mucho más antiguo de lo que parece. Usábanlo ya los antiguos persas y también los habitantes de la Frigia, y más adelante lo llevaron los soldados de Julio César, que acaso lo copiaron de los francos.

Nada tiene que ver, sin embargo, con aquellos pantalones los que hoy usamos nosotros. Entre aquéllos y éstos hay analogía, pero no parentesco. El origen de nuestro pantalón es, como vamos a ver, muy otro. El hombre, después de las invasiones godas, cubríase con ronaies largos, recuerdo de la túnica romana, y quedándole las piernas al aire, las envolvía en unas a modo de medias altas, que los guerreros se ceñían por medio de correas, sin duda para que no se les cayesen con el movimiento y trajín de los combates. A medida que el vestido del cuerpo fué acortándose, el de las piernas tuvo que alargarse, y por fin pasó de las caderas y llegó hasta la cintura. De este modo nacieron las "calzas", que fueron parte integrante del traje durante cinco siglos. En el XIV y el XV eran de un todo semejantes a las mallas que hoy usan los gimnastas, cubriendo desde la cintura hasta la planta del pie. Llevábanse con zapatos encima, o bien solas, y en este caso tenían una suela de cuero.

Calzas masculinas habíalas de muchas clases: "italianas", con lista de dos colores; "polacas", con rayas horizontales; "acuchilladas", que eran las que tenían cortes o cuchillos en las caderas o en las "odillas", etc. La introducción de las calzas acuchilladas tuvo por causa lo penoso que era el juego de la pierna con una prenda tan ajustada y la exposición que había de romperla si no se le daba más holgura o desahogo.

No era este el único inconveniente que tenían las calzas. Lo ajustado de la prenda en toda su extensión hubo de llamar la atención de los moralistas de la época, y aunque ésta lo era de sensualidad y libertinaje, se reconoció la necesidad de disimular la indecorosa estrechez de las calzas por su parte más alta. Lo primero que se hizo fué abrir las calzas por delante, para dejarlas más flojas, y poner sobre ellas una especie de pantaloncetes muy cortos y holgados, por el estilo de los que hoy se usan para el baño. Esta prenda fué la verdadera progenitora de nuestros modernos pantalones. Iba sujeta a la cintura por herretes, y como también era abierta por delante, resultaba que por la abertura se veía la camisa, lo que no era muy limpio, que digamos. No quedando todavía muy bien parada la decencia, para acabar de remediar el defecto se inventó la "bragueta", especie de caña hemisférica, bastante voluminosa y que se colocaba tapando la dichosa abertura. El remedio fué, como puede comprenderse, peor que la enfermedad. La innovación, sin favorecer en nada al decoro, era de lo más ridículo que puede imaginarse; y eso que los sastres se esforzaron en amenguar la fealdad de la tal cajita cubriéndola de bordados, diminutos cuchillos y demás adornos al gusto de la época.

Comenzaba el siglo XVI cuando apareció una nueva prenda que substituyó ventajosamente al feísimo

pantaloncillo de que antes hablábamos. Ignórase de dónde vino y quién se encargó de traerla; pero hay motivos para creer que los italianos fueron los implantadores de la moda y que la copiaron de los griegos. Eran esta prenda los "gregüescos", cuyo nombre evidentemente viene del italiano "grechesco", "cosa de griegos".

Los gregüescos no eran más que unos pantaloncillos muy cortos, como los que se venían usando, pero inflados y acuchillados, dejando ver por los cuchillos un forro de otro color. En Alemania es donde se llevaban más elegantes y de más variadas formas: de allí vino la moda a España con Carlos V. Lo malo era que con la nueva prenda no desapareció la feísima bragueta; antes bien, se la hizo más recargada de adornos y más ostensible, hasta el punto de dejarla visible entre dos faldones del jubón cuando éstos cubrían los gregüescos.

Claro está que semejante aditamento, tan poco estético y tan poco en conformidad con la seriedad de aquellos tiempos de luchas religiosas, no podía durar mucho. Para hacerlo desaparecer, en la segunda mitad del siglo XVI se cerraron por completo los gregüescos, convirtiéndolos en un bullón único, que recibió el nombre de "trusa".

Estas trusas solían ser acuchilladas y de distinto color que las calzas. Las había infladas hasta la exageración. Los ingleses, sobre todo, usábanlas de dimensiones enormes, y rellenas de salvado para que no se desformasen, llegando a tal extremo, que las autoridades de Londres se vieron en la necesidad de poner coto al abuso, fijando el máximo de tela que podía emplearse en una trusa.

De este modo se acabó con muchos escándalos ocasionados por los pilletes callejeros. Cuando éstos veían un transeunte con la trusa demasiado inflada, muy calladamente se acercaban a él y le daban por detrás un ligero pinchazo, con lo cual el hombre quedaba convertido en fuente de salvado, sin darse cuenta de ello hasta que la risa y chacota del público le hacían fiarse en el desaguisado y encontrarse con la trusa floja y arrugada como odre vacío.

De la trusa, alargándola un poco y desinflándola un tanto, se pasó al calzón corto y bombacho, que sin duda era mucho más cómodo, y también más varonil; y entonces las calzas dejaron de cubrir los muslos y quedaron reducidas a "medias calzas", o simplemente "medias". Los cuadros de Velázquez dan perfecta idea de lo bonitos y elegantes que eran aquellos calzones, con frecuencia ricamente ornamentados.

Esta prenda duró hasta que los caballeros trocaron el jubón y el colete por la chupa y la casaca. Con éstas no casaba bien el calzón bombacho, y hubo que buscar manera de sustituirlo. Los franceses maestros en todo tiempo en esto de modas, introdujeron primero una especie de dobles enaguillas, muy adornadas en la cintura y en los bordes con cintas y lazos. Después, en tiempo de Luis XIV, los caballeros usaron unos calzones muy inflados por abajo, que recordaban la antigua trusa y armaban muy bien debajo de la casaca.

Todo ésto desapareció rápidamente, y lo mismo españoles que franceses, ingleses como alemanes, adoptaron el calzón corto sencillo, ajustado y ceñido en la rodilla con una hebilla o un botón. Este es el calzón que acompaña aún a la casaca en muchos uniformes civiles.

La muerte del Comunero



I

Estaba pavoroso,
estaba sobrehumano:
el férreo peto hendido
y el morrión rajado.

Se le hundían los pies
en el fangoso barro,
y la lluvia cegaba
sus ojos inflamados,
y mezclada al sudor
de su rostro tostado,
corría de sus foscas
barbazas de ermitaño.

En la mano velluda
el montante mellado
fulminaba enemigos
y ardía, como un rayo;
y su voz—un bramar
de león encelado—
tronaba enronquecida
y ensordecía el campo,
cubriendo las blasfemias
y el aullido insensato
del que mordía el polvo
y del que hería impávido,
y el clamor irritante
de los clarines trágicos,
y los relinchos locos
de los sueltos caballos.

Al fin cayó vencido,
mas no cayó domado;
cayó, sus fuertes dientes
rabioso rechinando,
cual en la sierra cae
el jabalí, acosado
y herido, entre piltrafas
de perros destripados;
cayó: el montante roto,
sin morrión, cansado
de dar a otros la muerte
y no encontrarla al paso.

II

Dos frailes le acompañan
camino del cadalso,

y le muestran a Cristo
como él, ajusticiado...

Las campanas a muerto
a doblar comenzaron...
Sollozan las mujeres
y tiemblan los villanos...

En el silencio se oye
el golpe de los pasos.
Lo rompe el pregonero
con su fúnebre canto:
—¡Por traición y vileza!...
—¡Mentira!—el condenado
protesta enardecido.
—¡Por ser libres y honrados!—
Padilla le interrumpe:
—¡Tened, señor Juan Bravo!
Si ayer fué día de héroes,
hoy, sólo es de cristianos—.
—¡Habéis razón!—y al Cristo
volvió a seguir mirando.

III

Poco después, botaba
por cima del tablado
del patíbulo infame,
al golpe de un hachazo,
la varonil cabeza
del noble segoviano.

Goteante y caliente
la pendieron de un garfio,
y las moscas zumbantes
y hambrientas, reventaron
aquellos grandes ojos,
ojos de visionario,
que sobre los tendidos
y luminosos campos
de la madre Castilla,
mil veces contemplaron
la Libertad en ondas
de pura luz flotando,
y picaron la lengua,
que, roja de entusiasmo,
tantas veces lanzara
a los anchos espacios,
de ¡Libertad! el grito
sublime y sacrosanto.

ANTONIO REY SOTO



La extraña justicia de los mandarines chinos



Una carta familiar del misionero cristiano Vinzot, de nacionalidad francesa, fechada en Ssé-Tchonán (China), en 20 de agosto de 1853, narra curiosos procedimientos de los mandarines de ese país en aquella época, algunos de los cuales continúan reproduciéndose en nuestros días.

La referida epístola, escrita en el lugar de los hechos, posee el sello patente de la sinceridad, y exterioriza, con la vaguedad de las cosas solamente esbozadas, serios temores, plenamente justificados por los sucesos que en ella misma se refieren.

Por otra parte, escribir a Europa desde el Celeste Imperio—la carta fué dirigida a un hermano residente en Lyon—es, aun hoy mismo, como comunicarse con un mundo lejano y distinto al nuestro. En 1853 el inmenso país asiático hallábase convulsionado por una sangrienta lucha intestina, lo que hacía mayor su separación con los pueblos de raza blanca.

Dice así la carta del misionero:

"Hace ya un año que el camino que conduce de Ssé-Tchonán a Cantón se halla ocupado por los insurrectos, y esta es la razón por qué no has podido recibir hasta ahora comunicaciones mías. Aunque en la actualidad siga la guerra con igual encarnizamiento que en su principio, el comercio, sin embargo, vuelve a respirar poco a poco; se hace ya el viaje a Cantón, y nosotros podemos enviar a esa ciudad a nuestros cristianos, llevar nuestras comisiones y tomar el dinero y demás cosas que nos son enviadas para la santa obra de la propagación de la fe.

"La guerra es aquí terrible, porque los vencedores no dan cuartel a los vencidos, y si éstos no pueden huir, su muerte es segura. Todos los días se cuenta que en las provincias vecinas son asesinados los mandarines y saqueadas las ciudades, y hasta se añade que, dentro de poco, los revoltosos tomarán posesión de esta comarca. Esto me importaría muy poco por lo que tiene relación conmigo: creo que ningún perjuicio se me seguiría, a no ser que quisieran hacerme comandante, porque después de la guerra con los ingleses en 1840, tienen aquí formado un gran concepto de la capacidad militar de los europeos. Colocándome en esa situación los que no profesan la religión de Cristo, perdería, sin duda, el enorme apoyo de los que ven en mí un sér extraordinario.

"Los cristianos con quienes yo estoy se hallan sobre elevadas montañas, inaccesibles a los ejércitos. En muchos sitios no se encuentra camino alguno, y los que hay donde nosotros estamos son muy penosos y muy difíciles de transitar. Es seguro que no se puede ir por ellos con pertrechos de guerra. Además de lo difíciles que estos caminos son, se han construido multitud de fortalezas sobre las alturas para guarecerse en ellas en caso de necesidad. Sin embargo, los manda-

rines regionales, asustados por la aproximación de los insurgentes, procuran reunir todo el dinero posible y lo mandan a un sitio dado, a fin de contar con recursos en caso de huida. Para conseguirlos, las crueldades e injusticias que estos tiranos del pueblo ejercen todos los días son infinitas.

"Cuando una persona llega a reunir una cantidad de dinero, es preciso prestársela al mandarín. El que se niega a hacerlo es agarrotado y arrojado en una prisión, de donde no se puede salir sino después de haber dado doble cantidad de la que se le había pedido. Las leyes son buenas en China; más aún: extraordinarias; los códigos, redactados en remotas épocas, y que aun en la actualidad están aparentemente, en vigencia, encierran mayor sabiduría y sentimientos humanitarios, que la mejor obra moderna de derecho; pero las leyes son atropelladas y menospreciadas, llegando hasta el caso de prohibir a un particular que tenga la colección de las mismas en su



ARMAS Y LETRAS

casa, bajo pena de unos cuantos latigazos o la multa de algunos cientos de francos.

"Cuando uno tiene mala voluntad contra sus vecinos, el medio más eficaz para vengarse es el de acusarlos ante el pretor de los mandarines.

"Estos pachás chinos se apresuran a enviar sus satélites para prender a los acusados, que no son puestos en libertad sino después de haber dado una gran suma de dinero. Si por mucha firmeza de carácter rehusan entregar cantidad alguna, al momento son conducidos ante un tribunal donde se les hace poner de rodillas, se les da veinticinco o cincuenta garrotazos y después de recibirlos se habla del crimen denunciado por el acusador. Antes de empezar el examen de la acusación es preciso pagar adelantado las costas del proceso, porque nunca un mandarin trabaja ni pronuncia una sola palabra gratuitamente. El acusador y el acusado abonan las costas por mitad, aunque debe pagarlo todo este último si el primero es pobre y no tiene con qué; poco importa para esto que sea inocente y el acusador injusto. A los jueces les tienen sin cuidado estas "minucias"; se creen infalibles y sus más grandes errores los hacen aparecer, mediante una elocuencia pintoresca, como definiciones nuevas de sus inteligencias privilegiadas.

"El año último se arrojó al río una mujer con un hijito por haber tenido dramáticos disgustos con su marido. Al momento se apresuraron sus parientes a presentarse ante el mandarin y denunciaron a cincuenta familias ricas de los alrededores, acusándolas, no de haber sido causa del suicidio, pero sí de no haberlo impedido. El mandarin tomó los nombres de los acusados, les hizo prender, agarrotar y conducir ante su tribunal. Algunos vivían a media legua del lugar de la tragedia y no tenían el menor conocimiento de ella; pero no por eso lograron ponerse a cubierto de la acusación, y por satisfacer a la justicia se vieron obligados a unirse para juntar una cuantiosa suma, que se repartieron entre el mandarin y los parientes de la víctima.

"Los sentimientos vengativos encuentran en los corazones chinos cómodos albergues. El hijo de este país, para llevarlos a su mayor intensidad, llega hasta la eliminación de sí mismo. Yo, hermano mío, sin hacer nada para merecerlo, sufro la proximidad de un hombre silencioso que abriga contra mí los peores

propósitos. Se trata de un obcecado que me teme como sacerdote de una religión que él cree terrible. Estoy seguro que no cejará hasta producirme mal indirectamente, modo por el cual, según cree, escaparía a la Justicia Divina. Confío en que Dios me permitirá continuar la piadosa obra que realizo.

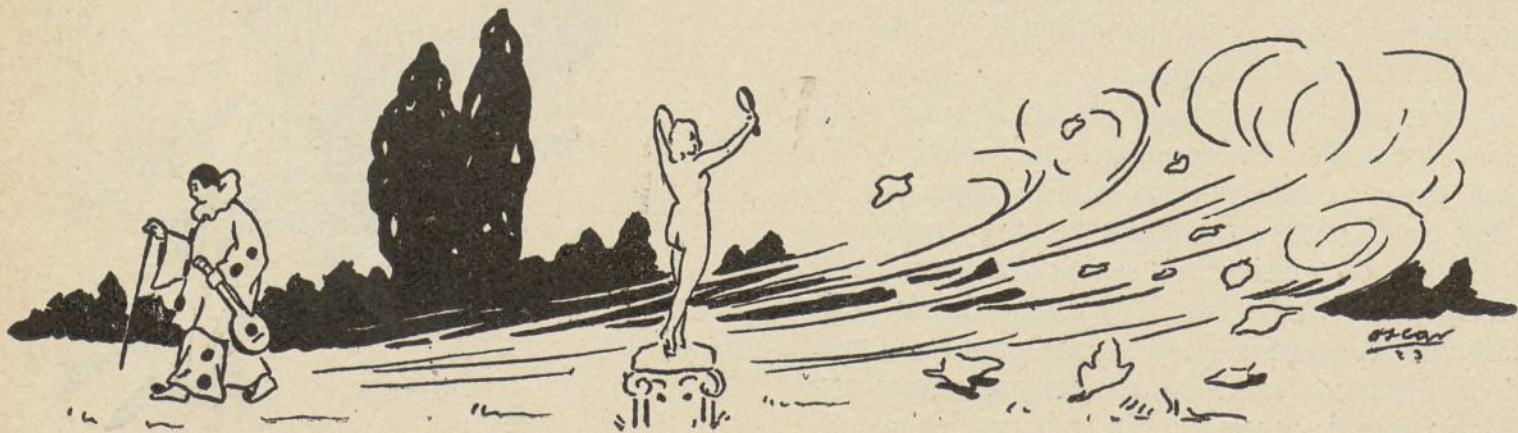
"Aquí, si alguno muere en nuestra casa o en sus alrededores, uno está obligado a pagar todos los gastos funerales y dar de comer durante tres días a todos aquellos que se acerquen al lugar, teniendo ellos el derecho de maltratarnos si nos negamos a dar lo que nos piden.

"Ahorcándose alguno en nuestros árboles o ahogándose en el río que pase cerca de nuestra casa, es una desgracia que nos traerá funestas consecuencias. Ella sola basta para reducir a la mendicidad a un propietario que tenga grandes rentas, porque al momento sería acusado de este crimen y obligado a dar sumas considerables, tanto al mandarin como a los parientes del suicida. Yo conozco a un rico chino a quien un mendigo amenazó con colgarse de uno de sus árboles, sacándole de este modo cierta cantidad por evitar el peligro que le amenazaba.

"Hace ya cerca de un año que los mandarines han cesado de perseguirnos; de modo que nosotros andamos con libertad y vamos a administrar muchas veces los santos sacramentos hasta en medio de los paganos. Nos toman por médicos, y no parecen sospechar que ejercemos al mismo tiempo actos de religión. Pero si llegasen a descubrirnos sería terrible nuestro fin. Morir en medio de tanta barbarie, por disposición de una justicia tan caprichosa y malvada no nos parecería el acto dichoso de nuestro acercamiento a Dios."

El misionero francés no existía ya cuando la carta, meses después de escrita, llegó a su destino. El vengativo silencioso ejerció una noche su venganza sin causa: que quitó la vida en casa de Vinzot, abriéndose el pecho con un cuchillo de mesa. Llevado el religioso ante un tribunal, los mismos nativos convertidos al cristianismo, declararon espontáneamente que habían sido engañados por él con brujerías.

El padre Vinzot fué martirizado horriblemente: una expedición salida de Cantón días después de haber sido dictada la sentencia en su contra, encontró el cadáver sin piel, clavado en una estaca, en medio de un campo.



COMO MUEREN LOS CONQUISTADORES

Muy pocos han sido los conquistadores que, cual don Jaime I de Aragón, han muerto como cualquier otro mortal, en su cama a consecuencia de una vulgar enfermedad, rodeados de sus deudos y amigos y coronados por laureles de repetidas victorias. La mayor parte de los grandes reyes guerreros han perecido en medio de circunstancias extrañas, cuando no a manos de asesinos o sumidos en el infortunio. La prueba más conocida de ello es la muerte de César, víctima de la conjuración del senado, capitaneada por Bruto Casio. El mismo día en que el famoso conquistador de las Galias iba a recibir el título de rey, y momentos antes del señalado para otorgárselo, senadores le rodearon, y a una señal de Metelo Cimber, arrojáronse todos sobre él derribándolo al pie de la estatua de Pompeyo y asesándolo veintitrés puñaladas. Harto popular es la frase "¡Tú también, Bruto!" que, cubriéndose con su toca y sin intentar siquiera defenderse, pronunció el ilustre guerrero al gran patricio al comprender, en su agonía, quién era el verdadero causante de su muerte.

Otros caudillos asesinados

César no fué el único gran conquistador que murió asesinado; la misma suerte cupo a Omar I, segundo califa de los musulmanes, a quien éstos deben principalmente la extensión de su imperio y de sus creencias.

Su asesino fué un esclavo persa llamado Abu Lulu Firuz, que habiendo pedido al califa que obligase a su amo a rebajarle el tributo que le pagaba, vió contestada su petición con una negativa.

Firuz juró vengarse, y una mañana, al entrar Omar en la mezquita de Medina, el esclavo salió de detrás de una columna y le clavó tres veces un puñal. Todos los presentes se arrojaron sobre el asesino, que después de defenderse como un desesperado y de herir a trece personas, hundió el arma en su propio pecho. Omar sobrevivió cinco días a sus heridas, sucumbiendo al fin en medio de atroces dolores.

Como dijimos no hace mucho tiempo, a la muerte de Carlos XII de Suecia, muchos de sus más fieles soldados hicieron correr la voz de que el joven conquistador había sido víctima de un asesinato, y todavía hay historiadores que opinan de la misma manera.

Ramses II de Egipto, más conocido con el nombre de Sesostris, pereció como Carlos XII, a consecuencia de una herida en la cabeza, cuya señal todavía puede verse en su momia.

Un conquistador célebre, cuya muerte permanece todavía envuelta en el misterio, fué Ciro, el rey de Persia. La opinión más corriente es que murió en el campo de batalla, derrotado por sus enemigos, y es probable que, como refiere Herodoto, fuesen éstos los masagetas, la mano de cuya reina Tomiris, había pretendido en vano el monarca persa. Dícese que esta cruel soberana hizo cortar la cabeza y meterla en un odre lleno de sangre.

El oráculo de Cambises

Otro rey de Persia, célebre conquistador también, Cambises, murió de una manera verdaderamente extraña. Habiéndose hecho dueño de Egipto, mandó matar a todos los animales sagrados que en aquel país se adoraban. Los sacerdotes del buey Apis predijéronle entonces que moriría antes de volver a sus Estados, y en efecto, cuando sorprendido por la noticia de una insurrección en Persia, quiso tornar a

su corte, al llegar a Ecbátana cayó del caballo, con tan mala suerte, que su espada se desenvainó y se la clavó en el pecho, cumpliéndose así el vaticinio.

Guillermo el Conquistador, de Inglaterra, murió también a consecuencia de una caída de caballo, mas no porque se le clavase arma ninguna, sino por un terrible golpe que recibió en el vientre. El accidente le ocurrió en Normandía, a donde había acudido para evitar una invasión de los varones franceses. Maltrecho y lleno de contusiones, fué trasladado a Ruan, y pocos días después falleció en un monasterio que le había dado albergue.

Lo más extraño de su muerte, fué que los encargados de custodiar su cadáver lo abandonaron, dejándolo insepulto durante muchas horas, y dando lugar a que sus mismos servidores los despojasen de cuantos objetos de valor tenía sobre sí o en torno suyo.

Por comer mucho y beber agua helada

Acerca de la muerte de Alejandro el Grande, que dejó de existir cuando aún no había cumplido los treinta y tres años, no andan los historiadores muy acordes. Hay quien supone que fué víctima de un veneno, y quien cree que lo fué de la vida relajada que llevó durante sus últimos años; pero lo más probable es que la verdadera causa de su muerte fuesen los excesos cometidos en un banquete celebrado pocos días antes; ya es sabido que los héroes de aquellos tiempos eran tan voraces como valientes, y Alejandro no constituía una excepción. Sea como fuere, al morir dejó un hermano imbécil, un hijo demasiado pequeño y una reina encinta, y comprendiendo que cualquiera de estos herederos sería incapaz de sostener su inmenso imperio, se despidió de sus soldados diciéndoles que sus funerales serían sangrientos, como en efecto ocurrió, por los mil disturbios y complicaciones que inmediatamente surgieron.

Si Alejandro murió por comer mucho, a otro conquistador no menos famoso, al gran Tamerlán, le mató el beber demasiado, y no vino, por cierto. Cuando este prototipo de los conquistadores asiáticos se dirigía a la China dispuesto a apoderarse de ella, fué acometido por la fiebre, y para calmar la sed que acompaña siempre a la calentura, apenas hacía otra cosa que beber agua con hielo. Tanto abusó de ella, que en pocos días empeoró, falleciendo antes de penetrar en el país de que pretendía hacerse dueño. Algunos de sus más fieles soldados, comprendiendo que su muerte significaba la ruina del imperio tártaro, tuvieronla oculta una porción de días; mas al fin descubrióse la verdad del caso, y, como aquellos valientes suponían, sobrevino la desmoralización, quedando el imperio en decadencia y la China salvada.

La muerte de Napoleón

No han sido muchos los grandes monarcas conquistadores que han tenido la desgracia de morir prisioneros, como Napoleón I, cuyos últimos instantes no fueron seguramente todo lo gloriosos que parece debía corresponder al hombre que supo sujetar medio mundo a su capricho.

Cautivo de sus más acérrimos enemigos, lejos de su hijo y de su patria, y abandonado de todos, excepto de sus fieles partidarios Bertrand, Montholon, Gourgaud, el conde de Las Gases y O'Meara, sucumbió a larga y penosa enfermedad, sin otro consuelo en sus últimos instantes que el de ver un busto del rey de Roma, al que dirigió los más cariñosos epítetos, como si se tratase efectivamente de su hijo.

Duerme en la noche tranquila y sosegada el pueblo bajo el velo de nieve invernal, mientras en la cocina arde la trepitosa leña en la chimenea, cuyas llamas alumbran a los rostros de los que se hallan sentados a su alrededor. Es un hogar ni rico ni pobre del pueblo, ese hogar que posee filamentos de potentado envuelto en la misma mezquindad. El padre es ese militar anónimo de todos los pueblos que bien luchó

en las fraticidas guerras civiles o en los turbulentos desastres de nuestras postreras colonias: Cuba y Filipinas. En ellas ha luchado y ha sufrido todas las vicisitudes de las bélicas campañas coloniales, y a fuerza de estos sufrimientos y penalidades, a la vez de constancia y disciplina, ha logrado la graduación de oficial y ostentar unas bien merecidas estrellas en la bocamanga de su uniforme. Acabadas aquellas luchas, ha vuelto al pueblo natal, donde todos le admiran y las mozas del lugar le cortejan casándose al fin con una de ellas, que quizá ha amado desde niño y le ha animado en la pelea, pero la diferente situación social les separa—tris-

tes realidades de los pueblos—y que al final logra ser su esposa. El estado, provista su necesidad, les abandona y les retribuye con el mínimo a sus necesidades, y ellos siguen la vida estéril y aislada de los pueblos.

En uno de los hogares de estos militares anónimos sucede nuestro relato. Este militar, ya cuarentón como decimos, se halla en una noche de crudo invierno a la vera del fuego del hogar rodeado de su esposa y sus hijos. Con algún relato vulgar o monótono transcurren las horas lentas de la velada. El es feliz en medio de todos, como patriarca de la nueva sociedad. Tiene entre sus piernas al más chiquitín, que acaricia paternalmente y juguetea con él

infantilmente. Entre todos los hijos hay uno más seriecito, que, queriendo romper la monotonía de la nocturna reunión, le dice a su padre:

—Papá, ¿por qué no nos cuenta uno de aquellos “casos” que le sucedieron cuando usted estaba en la guerra, como otras noches?

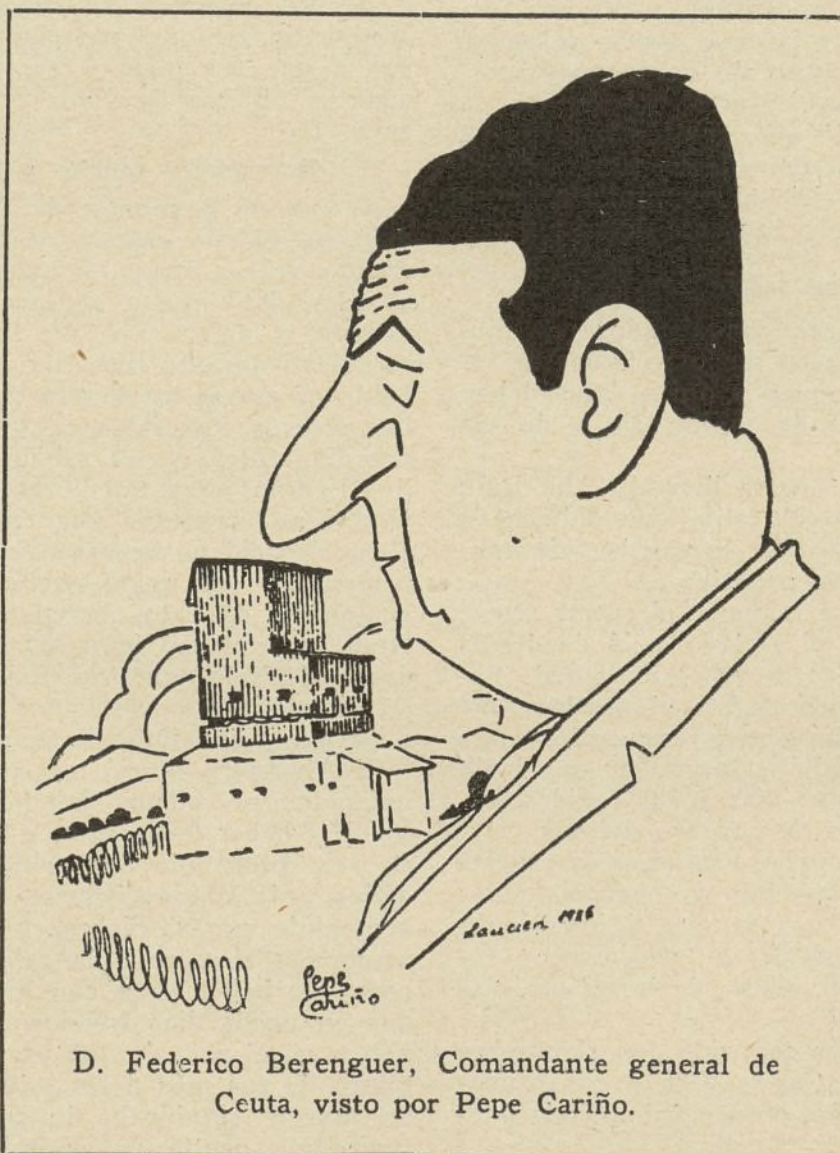
—¡Sí, sí, papá!—repitieron los demás a coro, como si hubieran adivinado el pensar de todos los demás hermanos.

—Si me prometéis guardarme silencio os contaré uno que me viene ahora a la memoria—dijo el padre mirando a todos con superioridad.

Y como si las palabras del padre hubieran causado hondo respeto en el corazón de todos sus hijos, callaron y se pusieron en situación de escucharle atentamente. Vista esta expectación, el padre empezó a relatar de esta manera:

—Me encontraba de comandante de las tropas de guarnición en una población llamada San Pedro, que era una de aquellas poblaciones que formaban el límite de seguridad de La Habana, la hermosa capital de la Perna de las Antillas, teniendo las tropas

acuarteladas por estricta necesidad y por orden de la superioridad de mis jefes, en el mismo templo del poblado, que ofrecía un cuartel, además de seguro, muy simpático y extraño, cuando una noche, una de esas noches tan cálidas y hermosas de la exuberante Cuba, que todo es armonía por la musicalidad de los pintados y exóticos pájaros de las maniguas y de las abundantes fuentes que corren entre los cañaverales de cintadas hojas y el rumor de mil frondas y bosques de árboles y palmeras llenos de ópimos frutos y piñas riquísimas; sentado en una mecedora, tomando aquel perfumado fresco de la noche del verano ecuatorial en el patio solitario, cuando divisó sobre las bajas y mal construídas casas o



D. Federico Berenguer, Comandante general de Ceuta, visto por Pepe Cariño.

bohíos hechos de palmas y troncos, de ramajes y tierra, un horrendo fulgor de llamas muy rojizas, a la par que unos soldados aparecían por una de las calles que desembocaban en la plaza con paso acelerado y dando unas voces que no comprendía hasta que se acercaron a mi lado, que ya levantado y alarmado, pero sin perder en nada la serenidad.

—“Mi teniente—me dijo un cabo que entre los soldados había, presa de gran sobresalto—los insurrectos nos queman las viviendas de las afueras y quieren asaltar el poblado. ¡Mire usted las llamas, mi teniente, mire usted las llamas!” Sin perder ni un momento la serenidad hice formar las tropas a mi mando con la mayor presteza posible en el patio, mandando al sargento que con una parte de la gente se quedase allí para asegurar una parte de la población, y yo con la otra me dirigí al lugar más cerca de donde ardían las casas. Una calle larga y estrecha daba al campo, donde había en el extremo de ella dos fuertes para la defensa del enemigo. Los soldados que venían conmigo caminaban escondiéndose a lo largo de la calle contra el muro de las viviendas y yo en medio del arroyo, sin otra arma que un simple bastoncito que tenía por costumbre llevar, animando a los soldados, que al ver al fondo de la calle un enorme haz de llamas que se ondulaban en el cielo y a su resplandor se divisaba todo el campo devastado por enemigos que lanzaban sobre nosotros constantes descargas de balas que silbaban cruzando por nuestros oídos. En medio de aquel espantoso tiroteo pude llegar con todas mis fuerzas

a los dos fuertes (que, como ya dije, se hallaban en el extremo de la calle, dando ya al campo), mandando a los soldados que penetrasen dentro de ellos a medida que iban llegando para que, con los pocos que allí hacían guardia, empezasen a tirar descargas cerradas cuando yo les mandase, diciéndoles que apuntasen a los grupos de insurrectos que se veían a la luz de las llamas, quedando yo de pie en medio de los fuertes, como desafiando cara a cara a la muerte, a la vez que, comprendiendo mi crítica situación, mis soldados me indicaban que me retirase de aquel sitio y me guareciese con ellos dentro de uno de los dos fuertes; pero yo, creyendo acertadamente que apartándome de allí perdía el punto de acertada visual para mandar que disparasen descargas cerradas mis soldados, no me moví de allí, siendo perfecto blanco de las balas de mis enemigos, que cruzaban por mi lado y sólo una de ellas vino a morir bajo mi pie, que se apoyaba sobre una piedra y que, como recuerdo, la recogí, guardándola en el bolsillo y como vosotros hijos míos, habéis visto, sigo guardando en el cajón de mi escritorio, envuelta con un papel que indica la fecha de este hecho y que espero que vosotros también guardaréis la mejor herencia de mi patrimonio y como reliquia sagrada de vuestro padre, que en una fecha desató a la muerte frente a frente y la venció.”

En este punto concluyó el relato y ya el fuego se había casi apagado y los ojos de los pequeños se cerraban cansados de sueño.

J. BORT-VELA



“¡Paz entre hermanos!” Alegoría de la pacificación de Cuba en 1878, dibujada por Balaca.

CUENTOS EXTRANJEROS

UNA SORPRESA

por JULES CLARETTE

El joven Isidro paseábase por la avenida del Bosque de Bolonia cuando tropezó con un zapato de mujer sumamente pequeño, como el que corresponde a una beldad.

A fuerza de dar vueltas a su hallazgo pudo descubrir que estaba marcado con unas letras en las que podía leerse claramente: Emilia Logred, 84 rue Mondoré.

Algo le sorprendió que la propietaria de la prenda hubiera caído en la extravagancia de marcarla; pero pensó que cada persona tiene sus costumbres y que él no estaba muy al tanto, dada su timidez, de los detalles íntimos de las bellas.

El joven Isidro metióse en un café, pidió recado de escribir y, después de trazar unas líneas, las entregó, juntamente con el zapato hallado en el bosque, a un demandadero de su confianza para hacerlos llegar hasta su dueña.

El demandadero se presentó en el sitio indicado, y una vez que preguntó por la señorita Logred encontróse ante una señora cuarentona y repulsiva. Cuando esta señora rompió el sobre que le presentaba el botones leyó:

“Señora: No se puede ver nada tan delicioso como la prenda que os adjunto. Quisiera tener mil iguales para hacerlas objeto de mi admiración más exquisita. A vuestros pies, Isidro Menetier.”

—¡Oh, qué lirismo!—exclamó madame Emilia cuando acabó de leerla. Y acto seguido preguntó al demandadero las señas de Isidro y si éste era comerciante.

—No, señora; tiene más de cuarenta y cinco mil francos de renta—contestó el muchacho.

—Está bien; puede usted retirarse. Hoy no he perdido el día.

* * *

Quince días más tarde, Isidro, que no había olvidado el encuentro del zapato y que pensaba ir a rondar el domicilio de madame Emilia Logred, se estaba afeitando cuando su criada entró muy extrañada, diciendo:

—Señor, ¿dónde vamos a colocar todas las cajas que traen en ese carro para usted?

—¿Qué carro? ¡Yo no he encargado nada!

—Pues en el vestíbulo está esperando un hombre con la factura, y las cajas ya han sido descargadas.

—Debe de ser un error—dijo Isidro corriendo hacia el vestíbulo sin acabar de afeitarse.

—Es usted Isidro Menetier, ¿verdad?—le preguntó que había llevado las cajas, presentándole la factura—. Pues aquí tiene usted: son treinta y dos mil francos.

Isidro se apoderó de un papel que le extendían y leyó:

“Casa Emilia Logred. Especialidad en zapatos de señora: Calle de Mondoné, 84. Don Isidro Menetier debe: Por mil pares de zapatos, con arreglo al pedido hecho en su atenta del 7 del corriente, según modelo que adjuntaba, treinta y dos mil francos. Recibí, Emilia Logred.”

Entonces fué cuando Isidro se dió cuenta de que aquel nombre en el que pensó con tanto amor era el de la propietaria de una fábrica de calzado, y que la prenda que él había devuelto fué tomada como modelo para el gran pedido que le entregaban ahora y que no tuvo más remedio que abonar religiosamente.





CUENTOS MILITARES . EL BUCHE DE AGUARDIENTE

—¡Maño! ¡Y qué bien vendrían ahora unas chuletas de carnero pa el postre!

—Manque fuán de huerta, chiquio.

Los dos baturros sorbieron en sus cucharas de estaño, mientras un madrileño muy corrido, de la clase de estudiantes, decía metiendo la suya en la olla:

—Pues señor, no falta más que el huevo frito para que parezca este rancho uno de los almuerzos que nos daba cierta espléndida pupilera, que en paz se tueste, de las de seis reales con vistas a la calle. Arroz liso y mondo, y café.

La compañía de línea, destacada de avanzadilla en lo alto de aquel repecho, al amparo de una trinchera y de un fortín que custodiaba un centinela, comenzaba a comer su rancho de la tarde, junto a los fusiles agrupados en pabellones. Cada soldado engullía de su escudilla, sentados todos sobre el espeso césped, y apenas ver subir de las marmitas, llenas de arroz cocido, un humillo triste que no esparcía en el aire olor alguno a guiso sustancioso. Era el alimento del castro estrechamente sitiado, imprescindible para no morir de hambre; el epílogo de una serie de sufrimientos inauditos, del sol de fuego, de la lluvia torrencial, de la intemperie, del no dormir, del mucho batirse, revelados en los rostros de bronce en fuerza de curtidos, en los pelos y barbas largos, zarzosos, en los uniformes de rayadillo hechos pedazos. Pero allí estaba la clásica resignación española, el desprecio legendario a la mala suerte, el estoicismo de raza: los soldados bromeaban, canturriaban, decían cuchufletas. El rancho iba a mejorar de un instante a otro. Había llegado ya una de las columnas de socorro y se esperaba otra con víveres. Hasta

puede que les dieran jamón... "con horreras", agregó el madrileño.

—¡Pues no será porque no hay material a la vista! dijo uno de los baturros señalando al valle en el que acampaba entre las seculares arboledas el ejército norteamericano.

Los dos aragoneses y el madrileño formaban grupo aparte al pie de un plátano con un cabo de la misma escuadra, poco hablador. Dos cruces rojas colgaban en su pecho. En las sangrientas jornadas de la víspera y antevíspera todo el mundo le había visto batirse con unos bríos tremendos, sin cansarse, sin volver la cabeza, cargando el primero al machete al contener al enemigo con falsos ataques. Y ahora, escuchando a sus camaradas, mostró su bota reglamentaria, diciéndoles:

—Yo no os puedo ofrecer carne ni patatas; pero vamos, que no os vendra mal un poquito de aguardiente. Algunos meses hace que no lo probamos.

Todas las miradas se clavaron en el cabo, sorprendidas. Otro cabo del mismo pueblo, cazado de la columna llegada en socorro de la plaza, le había dado la mitad de medio cuartillo que le quedaba. Regalo inapreciable. Poco era, pero lo repartían entre los cuatro, aunque tocaran a chupito sólo. La fraternidad nacida en campaña encierra una verdadera ternura. El rasgo de compañerismo hizo asomar una honda satisfacción en aquellos cuatro hombres, que a diario desafiaban juntos la muerte.

Un grito, seguido de un disparo, estalló en éstas, en las trincheras, repercutiendo en la serenidad del crepúsculo. "¡A las armas!" se oyó al centinela. In-

terrumpióse el rancho, requirió la compañía los fusiles y se lanzó a la carrera al parapeto.

II

Cuando el centinela descubrió al enemigo, estaba casi encima. Había subido la loma de silencio, arrastrándose, ocultándose detrás de las matas. Sería un medio batallón conducido por un jefe a caballo, un verdadero yanqui gigantesco que hacía un blanco magnífico. A lo lejos, en el fondo del valle, se distinguían más tropas a pie firme, a trechos ocultas en la espesura de la vegetación. Era temprano para una sorpresa. El crepúsculo alumbraba el paisaje con una tibia claridad. Más bien parecía tratarse de un ataque aislado, sin duda con objeto de tantear la fortaleza de la línea enemiga.

La compañía esperó serenamente al amparo de la trinchera la voz de mando. No se oía ni el vuelo de un insecto. Diríase defendida por estatuas. Sólo uno de los aragoneses murmuró con ingenuo orgullo:

—¡Recontra, que tíos! Tién la cabeza tan dura como nosotros. ¡Cuidiau que son tozudos! Pero lo que es en valor, que se limpien, ¡porra! Les ganamos.

Preparen... Apunten... Fuego. La corneta de órdenes tocó los tres puntos, y una descarga cerrada detuvo el avance del medio batallón yanqui, que a su vez contestó con otra y siguió loma arriba. La fuerza española volvió a disparar sin apresurarse, con admirable disciplina. Y cuando la infantería norteamericana llegó al pie de la trinchera, la nuestra la fusiló sin piedad, a granel. El encuentro fué breve, pero reñido. Cada uno de nuestros soldados tenía que hacer frente a seis o siete enemigos. Y lo hicieron sin desconcertarse, con un valor heroico, rechazando a machetazos el asalto. Eran los de siempre, los inmortales de la historia, los de Ceriñola, los de Tetuán.

Los dos baturros, el andaluz, el madrileño y el cabo combatían juntos. Todos habían apuntado al jefe yanqui, sin tocarle.

—Es valiente ese tío que los manda, dijo el madrileño.

Entre un diluvio de balas que despreciaba, espada en mano arengaba a los suyos, ya a pie. Habíanle matado el caballo. Y predicando con el ejemplo, se abalanzó también a la trinchera con tal ímpetu, que por poco la traspasa. Los cuatro camaradas le salieron al encuentro con otros varios. Todo un pelotón treinta o cuarenta hombres, siguiendo al jefe yanqui, intentaban colarse por el trozo derrumbado del parapeto. Los cuatro machetes se movían con un vértigo irresistible. Al cabo uno de los baturros abrió el pecho al caudillo con su machete, y el otro le cogió fuertemente del cuello al caer, arrastrándolo hacia dentro de la trinchera. Quisieron los nor-

teamericanos recobrar a su jefe, y arreciaron en su embestida; pero sus cornetas tocaban retirada, acudían más soldados españoles, y al fin volvieron las espaldas, replegándose al valle y dejando la altura de la loma cubierta de cadáveres, sobre los que la noche quizás horrorizándose de la matanza, lloró su fresco rocío al envolverlos en sus caritativas sombras.

III

La noticia de que la primera sección de la compañía había hecho prisionero un jefe enemigo, se supo en seguida en toda la trinchera. El jefe yanqui había sido acostado sobre una manta, y un sargento, antiguo practicante de hospital, le reconocía a la luz de una linterna del fortín ante el capitán y otro oficial, de pie junto al cuerpo. El baturro acababa de ganarse la roja pensionada. Los cuatro camaradas presenciaban la operación apoyados en sus fusiles. Todos los demás heridos se quejaban a lo largo del parapeto, asistidos provisionalmente por otros soldados en tanto negaban las ambulancias pedidas por el telégrafo al campamento.

—¡Si pudiéramos reaccionar de algún modo! exclamó el sargento. Es hombre duro.

El cabo entonces cuchicheó con sus tres camaradas. Oyóse a uno de los baturros responder con ahínco: "¡Se lo ha ganao por valiente ¡porra!, man-que sea yanqui"; y a otro de los soldados que exclamaba con noble rudeza: "Pa un español no hay enemigo que no lo merezca tío cuando se le vence". Y el cabo entonces se adelantó al capitán, y cuadrándose y a la vez que le enseñaba la bota, le dijo con sencillez:

—Mi capitán. Un paisano de mi pueblo que vino ayer con la columna de socorro me ha regalao la metá de medio cuartajeo de aguardiente que nos íbamos a beber éstos y yo después del rancho, a buche por barba. Pero a los valientes debe dárselos tío aunque sean enemigos, y como ese jefe lo es, si es que pué salvarse reaccionando como dice el sargento, ahí va nuestro aguardiente. Que le hagan tragar lo que necesite, y lo otro pa los demás heridos nuestros. Que icir que nos pasaremos sin él.

El capitán no dijo nada, no pudo decir nada; estrechó las manos al cabo y entregó la bota al sargento. Y como si los heridos comprendieran que algo bienhechor caía de pronto sobre ellos, por un instante cesaron los lamentos en la obscuridad.

¡Oh, que no tuviera una laureada de San Fernando la compasión después del combate, como la tiene el heroísmo en la batalla!

ALONSO PEREZ NIEVA

EL REY DE SUECIA EN ESPAÑA

NUESTRO SALUDO

Concurren en la augusta persona del Rey Gustavo de Suecia, primer Monarca escandinavo que visita nuestro país, todas las características que enaltecen la figura del Jefe de Estado en los modernos tiempos.

No existen entre España y Suecia grandes relaciones económicas. Los dos países están, materialmente, a gran distancia. Pero hay una relación cultural apreciable. Muchas obras españolas hallanse vertidas a aquel idioma. Y los lazos de inteligencia afectuosa entre ambas naciones no han sido nunca desmentidos ni rotos. España entera, pues, saluda con simpatía la egregia figura del Soberano que es nuestro huésped y que honra con su visita el patrio solar.

SUECIA Y ESPAÑA

Situados estos dos países en lugares del Continente diametralmente opuestos, es lógico que sus respectivos pueblos no se conocieran muy bien, o mejor dicho, tuvieran mutuas creencias erróneas, basadas en convencionalismos y prejuicios fundados en generalizaciones equivocadas. Pero el mundo, merced a la rapidez de las comunicaciones, se hace cada vez más pequeño, y por ende, los pueblos se conocen mejor y los viejos prejuicios desaparecen, borrados por la verdad triunfante.

Suecia no es para España ya un hiperbóreo país envuelto en nieblas, tras de las que se oculta el misterio, y España no es para Suecia un país de pandetera. La francesa Carmen no es ya para los suecos la típica mujer española, y los hidalgos españoles, ya lo saben los suecos, se alimentan con algo más que con cebolla y vino. Los intelectuales de uno y otro país han contribuido, con la intensificación del intercambio cultural, a poner en claro las cosas. Por parte de Suecia, la persona que más ha contribuido a dar a conocer su país en el nuestro es Selma Lagerlov, la augusta autora sueca, y muy especialmente con su magnífica novela "El maravilloso viaje de Nils Hol-

gerson a través de Suecia". Millares de niños españoles, por medio de este libro, han llegado a conocer el hermoso país escandinavo, sus costumbres, sus cuentos y su historia.

El número de españoles que visita Suecia aumenta de año en año; unos son turistas que quieren ver su sol de media noche, sus cascadas y sus archipiélagos, o recrearse en sus balnearios encantadores, donde el clima, en el verano, es más agradable que en ningún otro lado; otros son intelectuales o industriales que van a estudiar las instituciones sociales o los establecimientos técnicos de aquel país modelo.

Todos, a la vuelta, tienen mucho que contar de la maravillosa nación y de su pueblo noble y valiente, cuya hospitalidad solamente puede ser comparada con la de los españoles. Afirman todos que es una alegría viajar en Suecia, debido a la precisión y la limpieza de sus trenes y a la comodidad de sus hoteles.

A España los turistas suecos están viniendo siempre en número creciente, y en los últimos dos años, especialmente, la concurrencia sueca en nuestras ciudades típicas del Sur ha sido muy notable. Lo que en primer lugar interesa a estos representantes de una nación joven son nuestros edificios y monu-

mentos de los tiempos pasados, signos de una cultura tan rica como antigua. Vienen también para admirar las bellezas de nuestros paisajes maravillosos o para gozar del excelente clima invernal de Málaga, el paraíso de Europa. Después de semanas o meses pasados en nuestras antiguas ciudades y en nuestros pueblos pintorescos e interesantes, regresan a su país llenos de entusiasmos para los encantos de nuestra tierra.

Muchas veces relatan en periódicos o libros las impresiones de su viaje, difundiendo el interés para el país y el pueblo español. Siendo así, no puede extrañar que el interés por España actualmente sea muy vivo en Suecia. Los periódicos dedican gran espacio a nuestra Patria, sus asuntos oficiales, su arte y su



literatura. Entre los autores españoles contemporáneos, Benavente es el más leído, debido al premio Nóbel que le fué concedido por la Academia sueca, y también varios de nuestros novelistas tienen muchos admiradores. Desde antiguo, Cervantes es admirado en Suecia, no existiendo un escolar sueco que no conozca el "Quijote".

Como ningún otro pueblo, el sueco sabe apreciar las hazañas y los hombres valientes, y es, por consiguiente, natural que el vuelo de Franco haya entu-

siasmado a todos. Otro nombre español que en Suecia suena con gran frecuencia es el de Uzcudun, y se espera con gran impaciencia el encuentro entre éste y el "as" sueco Harry Persson.

Sin duda alguna, la visita del Monarca sueco a nuestra corte aumentará aún más el interés que los dos pueblos sienten el uno por el otro, por lo que parece que las relaciones entre los dos países se estrechen cada vez más.

ACON

GRANDES FAMILIAS DE ORIGEN HUMILDE

Nadie debe envanecerse de ilustres prosapias, por cuanto nadie puede estar seguro, por alta que sea su esfera, de no proceder de humildes antepasados. Es, en efecto, ciertísimo que muchas personalidades notables de hoy tuvieron modestísimos ascendientes.

Con objeto de comenzar nuestra demostración, presentando un ejemplo lo más elevado posible, citaremos al ex emperador de Alemania, quien en casi todos sus discursos recordaba "los nombres gloriosos e inolvidables" de su abuelo y de Federico el Grande, absteniéndose de mencionar a los primeros Hohenzollern; lo que a primera vista parece censurable omisión por parte de su augusto descendiente. Y sin embargo, no es así; el mutismo del ex Kaiser sobre los fundadores de la casa Hohenzollern reconoce por causa el que los primeros varones que ostentaron ese título se dedicaban a hacer *razzias* fructuosas por las inmediaciones de sus castillos del Rhin, llevándose por delante cuanto ganado o numerario encontraban. Verdad es que ese era un *sport* extendidísimo entre la nobleza de la Edad Media; razón por la que, estos hechos que hoy califica duramente nuestra moral moderna, entonces eran, como decía el otro, *peccata minuta*, y en algunos casos, estimados como valientes hazañas guerreras.

En fin, lo cierto es que los primeros Hohenzollern, muy ajenos, naturalmente, de que sus sucesores habrían de ocupar un trono imperial, se ocuparon en menesteres un tanto *raisulescos*, anexionándose las propiedades muebles de sus convecinos. Mas al pasar los años, uno de ellos, poseedor de grandes riquezas, acumuladas por la fuerza de las armas, se otorgó a sí mismo el título de marqués de Brandenburgo. Uno de sus descendientes fué nombrado Elector del Sacro Romano Imperio, y, finalmente, otro Elector de la familia de los Hohenzollern se hizo reconocer rey de Prusia por los poderes de Europa. Tal dice la Historia.

Continuemos ahora nuestra enumeración. El padre del archimillonario inglés Cecil Rhodes, llamado "el Napoleón de Africa", había sido vendedor de leche. Todavía viven gentes en Londres que recuerdan haber visto al viejo Rhodes llevando su carretoncillo a través de las calles de la metrópoli.

El fundador de la familia inglesa de los Rosebery, a la que ha dado lustre el insigne político de ese nombre, tenía una humilde tienda de abacería en Edimburgo; circunstancia que, dicho sea de pasada, cita frecuentemente en sus conversaciones íntimas el famoso hombre de Estado.

No menos humilde es el origen de los poderosísimos Rothschild. El primer individuo de esta dinastía de millonarios se llamaba simplemente Meyer Anselm Bauer, y era hijo de un modesto comerciante judío. Muy joven aun se dedicó al comercio, abriendo una casa de préstamos en Frankfort del Mein. La muestra del establecimiento ostentaba un escudo rojo, lo que en alemán se traduce por la palabra *Rothschild*, adoptada más tarde por el prestamista como apellido.

Tan extendida llegó a hallarse la fama de seriedad y de honradez de la casa, que poco antes de estallar la Revolución de 1793, muchos aristócratas franceses se apresuraron a enviar secretamente a Rothschild sus vajillas de oro y plata y sus alhajas más valiosas. El prestamista, temiendo ser robado, se apresuró a esconder aquellos tesoros en un rincón de su huerto, manteniéndolos allí hasta que se presentaron a reclamarlos sus legítimos propietarios. Pero como muchos de éstos murieron en la guillotina, quedó en poder de Rothschild una riqueza considerable y que, no habiendo sido reclamada por nadie, constituyó sólido cimiento de la inmensa fortuna dejada a sus descendientes por el prestamista.

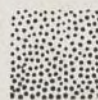
El millonario inglés Lord Brassey pertenece a una familia de capitalistas fundada por Tom Brassey, un obrero de pala y pico, que trabajaba en las obras de desmonte para el primer ferrocarril construido en la Gran Bretaña. En cuanto al duque de Fife, hijo político del Rey Eduardo, descende de un pobre buhonero que, hace dos siglos, iba por los pueblos de Escocia vendiendo a voces sus mercancías. Este individuo, al que llamaban los escoceses de mote *Creely Duff*, reunió una fortunita, que legó con el *Duff*, ya convertido en apellido a sus descendientes.

El Rey Alejandro de Servia pertenecía a los Obrenovitch, dinastía nacida de un guardador de cerdos.





VULGARIZACIONES MARROQUIES COSTUMBRES DE LAS MORAS



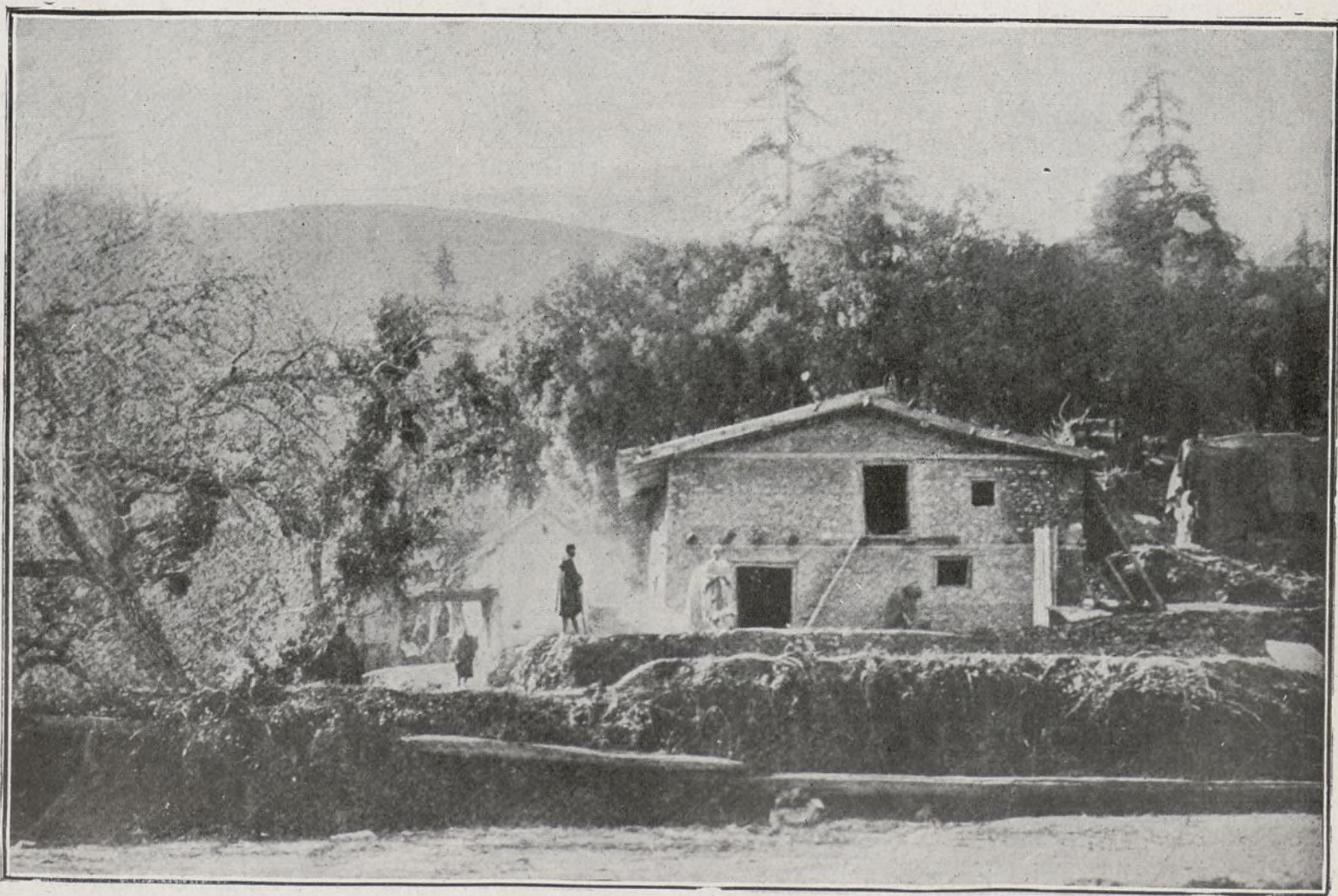
Entre las prescripciones que nuestro amado y respetable patriarca Sid Ibrahim-el-Jelil, a quien los cristianos llamamos impropriamente Abraham, impuso a los creyentes, relativos a los cuidados que se deben al cuerpo, hay unas que son privativas del hombre, otras que sólo corresponden a las mujeres y otras que son comunes a los dos sexos.

El padre de Ismail ordenó a su pueblo que se cortase las uñas, que se arrancara los pelos de la axila, que se afeitasen todas las demás partes que la Naturaleza ha velado; que se circundara a los niños varones, que los hombres se cortaran los bigotes a la altura del labio superior; que se practicara la gran ablución (el baño) y que las mujeres usaran, para embellecerse y parecer mejor a sus maridos, el "kohol", el "henna" y el "suak". Así lo hicieron Sarah y Hadjira (nosotros la llamamos bárbaramente Agar), las mujeres de Sid Ibrahim, y al Profeta verdadero—¡no hay más que uno!—, Sidi Mohamed, que no era precisamente un enemigo de las mujeres o misógino, para decirlo en griego, le pareció de perlas lo

que había ordenado el santo Ibrahim, y refrendó sus mandatos.

Desde entonces, en todo tocador de una buena musulmana figuran en primer lugar el kohol, el henna y el suak, aparte de otras porquerías modernas que el roce con los infieles ha introducido en las familias de los creyentes. Así se usa la bandolina, fabricada con semillas de membrillo; el agua de rosas, la emulsión de almendras de albaricoque (*en nich*) y el "jarjus", que es un menjurge oscuro con el cual se sombrea el labio inferior y se pintan lunares en las mejillas y en la barba, como hacían—¡Oh, impudor!—las marquesas y las cortesanas retratadas por Wateau y por Boucher.

El kohol o khol procede directamente de Dios. Cuando Al-lah se manifestó encendido en cólera sobre la cumbre del Yebe-et-Thor (por otro nombre el Sinaí), quedaron calcinadas todas las piedras del monte y se convirtieron en khol. Una mujer del país de Yemama, en el Yemen, que padecía una inflamación incurable en los párpados, fué la primera que usó la piedra tocada por la



Aspecto del poblado de Zarca, en la región de Alhucemas, que fué ocupado por nuestras tropas después de infligir un duro castigo a las partidas rebeldes refugiadas en él

cólera de Al-hah, con el objeto de disimular aquel defecto; y se cuenta que al poco tiempo de pintarse los párpados con el khol adquirió una vista tan penetrante, que sus ojos distinguían un hombre de una mujer a dos días de camino.

Para contar un milagro, contarlo gordo. En esto andamos bastante acordes moros y cristianos.

Es claro que no todo el khol procede del Sinaí. Ya se habría acabado la montaña. El khol se fabrica artificialmente con el tufia (sulfato de cobre), el cheubb (alumbre calcinado), el zenjar (carbonato cúprico) y algunos granos de clavo, reducido todo a polvo finísimo en un mortero. Suele añadirse negro de humo y algún perfume inofensivo; y todo ello se mete en un lindo canuto o frasquito de madera, de plata o de oro, que se llama "mejalel", y es una de las joyas más preciadas del tocador. Para usar el khol se introduce en el "mejalel" una espina de puercoespín y se pasa por el borde de los ojos.

El henna (de donde nosotros hemos hecho "alheña") es un arbusto de la familia del cedro. En Andalucía es uno de los adornos del monte. La alheña se prepara hirviendo las hojas hasta reducirlas a pasta. Tiene un color rojizo, como de naranja, y con él se pintan los pies, las manos, las uñas...

La costumbre varía según los países.

En unos sólo se pintan las palmas de las manos, las uñas, el talón y la planta del pie. En otros, en toda la mano y parte del antebrazo y los pies hasta el tobillo.

El "suak", que también se llama "irak", es otra matuja, probablemente de las liliáceas, cuyas ramillas despiden un olor parecido al del nardo.

Las moras mascan las ramillas de suak y se perfuman el aliento con ellas.

No me atreveré a decir que las haga falta;

pero es tal el consumo que las moras hacen del sebo de carnero, y es tan "agradecido" este manjar, y hay entre los moros tal libertad para el regüeldo, que hasta es en ellos cortesía, que, vamos, no debe estar de más lo del "suak"...

Hablemos un poco del peinado. Raras veces se verá a una mora con la cabeza descubierta.

A los muchachos se les rapa la cabeza, dejándoles una cresta en medio y una trenza al lado derecho; pero a las muchachas se las dejan dos trenzas.

Cuando la joven llega a la pubertad se deja de raparlas la cabeza entre las dos trenzas.

El cabello queda entonces en desorden hasta el día en que se puede peinar; y entonces se hacen las trenzas que caen sobre los hombros.

El pelo de las moras, que suele ser negro—las hay rubias también, pero pocas—, se oscurece todavía más con el uso del aceite y el añadido de unos cordones de lana negra que se trenzan con el cabello.

Las viudas se cubren el pelo con una tela que ha servido para la mortaja del marido, y en algunas tribus la mujer y las hermanas del difunto se cortan la cabellera hasta mitad de cabeza.

Estos tocados apenas si trascienden fuera de la vida familiar, pues como se ha dicho al hablar del traje, las moras se cubren la cabeza con una porción de cosas, y hasta las más pobres disponen de algunos "sbniat" o pañuelos para no sufrir la vergüenza de presentarse ante los hombres con la cabeza al descubierto.

Estos tocados adoptan a veces caracteres monumentales; con enormes cucuruchos adornados de galón de oro y plata y monedas de oro, a pesar de que el Korán tiene proscripto el oro como adorno. Pero la vanidad femenina se ríe del Korán. La mujer es la misma en todas partes.

F. MARTINEZ YAGUES

EL INVENTOR DEL TELESCOPIO

Aunque se suele decir que el telescopio fué inventado en la segunda mitad del siglo XVII por el P. Zucchi, es indudable que el primer telescopio fué el anteojo llamado de Galileo, que se conocía mucho antes. La invención de este aparato ha sido atribuida por unos al mismo Galileo, y por otros a un óptico holandés. Desde luego, merece más crédito la opinión en favor de Galileo; véase lo que él mismo dejó escrito acerca del asunto:

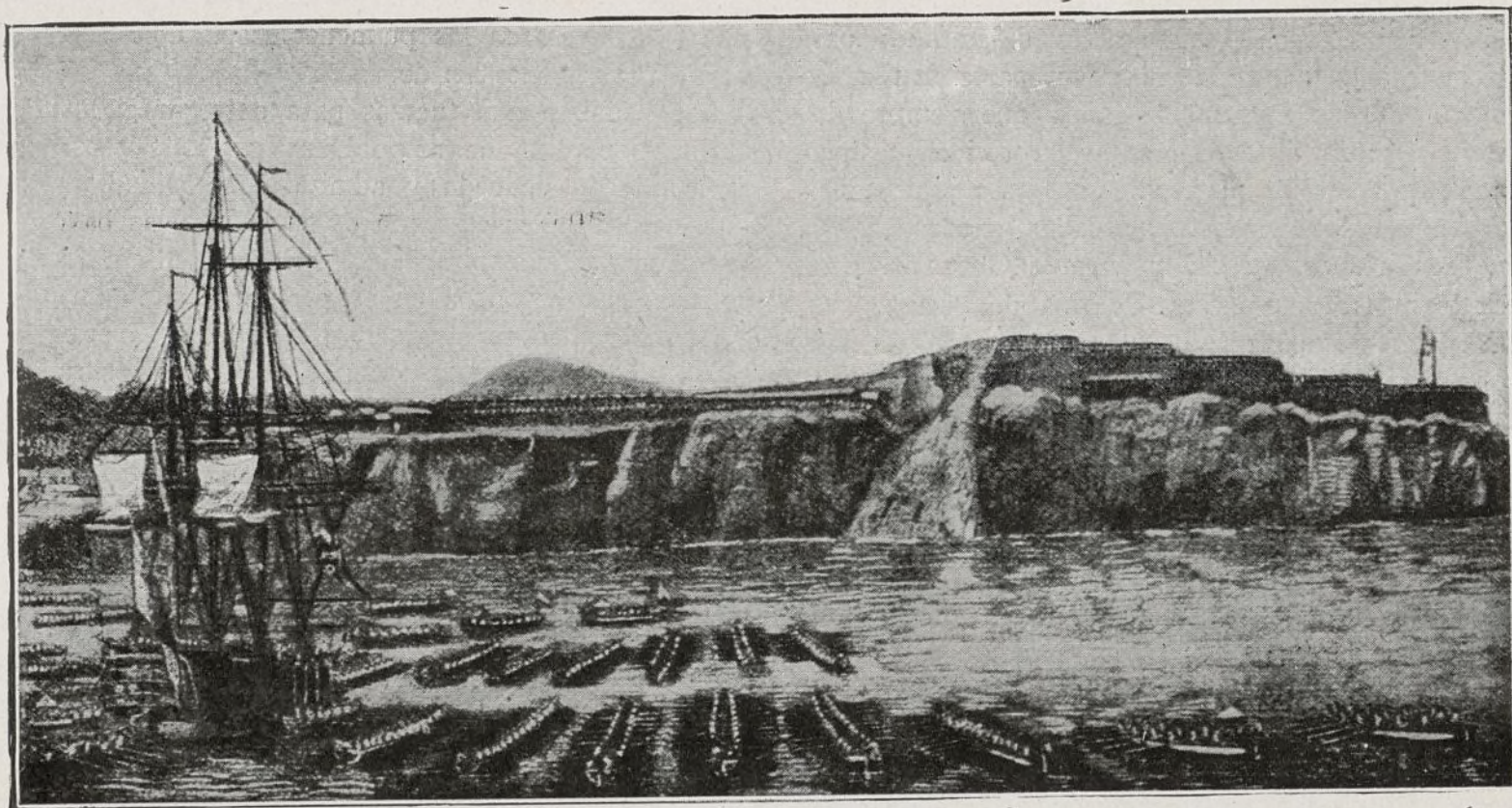
"¿Qué parte me corresponde en la invención del telescopio? Esto es lo que hace poco demostré en mi *Correo Celeste*, refiriendo cómo llegó a Venecia, donde yo me hallaba, la noticia de que un holandés había presentado al conde Mauricio de Nassau un anteojo, por medio del cual se veían las cosas lejanas tan perfectamente como si estuviesen realmente próximas, sin más explicación. Con este simple dato volví a Padua, donde residía entonces, y me puse a reflexionar sobre el problema. Encontré la solución la primera noche que siguió

a mi regreso, y al día siguiente fabriqué el instrumento."

Es cosa sabida, en efecto, que el anteojo presentado al conde de Nassau por un óptico de Middleburgo (son tres los que se disputan este honor), se consideró sólo como un objeto de curiosidad. El mismo conde fué el primero en hacer notar que podría ser de gran utilidad... en la guerra. En 1637, todavía no se fabricaban en Holanda telescopios que permitiesen ver los satélites de Júpiter. Galileo fué quien, durante veintiocho años, hizo fabricar bajo su dirección los únicos telescopios de que se hacía uso en Europa para las observaciones astronómicas.

El óptico holandés pudo, por consiguiente, descubrir el principio en que se funda el telescopio; pero la aplicación de este principio a la ciencia astronómica se debe, indudablemente, a Galileo.

Poco después, el P. Mersenne perfeccionó el invento, aunque sólo en teoría. El P. Zucchi, en 1652, dijo que él lo tenía pensado ya en 1616, pero no demuestra la exactitud de esta afirmación.



Defensa de la Habana, contra los ingleses, en 1762

Se tuvieron las primeras noticias de aquel formidable ataque, sigilosamente preparado por los ingleses, gracias a la heroica tenacidad de un patriota llamado Martín de Arana.

Aunque el entonces capitán general de Cuba, mariscal D. Juan de Prado, había recibido especiales exhortaciones de Carlos III para que estuviese en actitud de rechazar cualquiera extranjera invasión, lo cierto es que permanecía impasible, sin tomar la más elemental y prudente medida defensiva. El extraño comportamiento del jefe superior de la Isla no varió ni aun después de conocida oficialmente la ruptura de hostilidades con la Gran Bretaña.

Hallándose en Kingston Martín de Arana, modesto comerciante que se dedicaba al tráfico entre Santiago y Jamaica, pudo enterarse de los considerables aprestos guerreros que hacían con inusitada actividad los buques de la escuadra inglesa.

Creyó que era su deber, como buen español, informar con toda urgencia a las autoridades superiores de Cuba de los planes que allí se fraguaban. Logró embarcarse en una mala lancha dedicada al contrabando, que salía para Wallis, y a fuerza de energía y de dinero obtuvo que el patrón le echase en tierra hacia el cabo de San Antonio.

Desde aquel sitio, andando de día y de noche a caballo y a pie, sufriendo los rigores del clima y sin hallar muchas veces alimento se dirigió a la Habana. Llegó a esta capital el 21 de mayo al nocheecer, y se dirigió apresuradamente al castillo de la Fuerza, residencia de Prado. No era hora de audiencias, y fué despedido con la menor cantidad de finura y cortesía.

Insistió en sus pretensiones, y pudo al fin, en virtud de poderosas influencias que mediaron, ver y hablar al capitán general. ¡Esfuerzo gigantesco en absoluto estéril, dada la punible pasividad del desdichado gobernante!

No tardó mucho en presentarse ante el puerto la flota enemiga. La casualidad hizo que Prado encontrase a Martín de Arana hablando con Ulloa y otras personas.

—“¿Qué es esto, Sr. Arana?”—preguntóle aquél.

—“¡Qué ha de ser, señor!—le respondió el interrogado. Lo que yo vine a anunciar a V. S. quince días hace, atropellando todos los peligros, como buen vasallo del rey y buen español.”

De todos los incidentes que hubo con motivo del sitio de la Habana por los ingleses, ninguno tan interesante como el de la defensa del castillo del Morro.

Constituía la toma de la citada fortaleza el objetivo principal de los sitiadores. Extendíase en un recinto de ochocientas cincuenta varas de circunferencia, que era la superficie de un peñón saliente de veintidós pies de alto sobre el nivel del mar.

Aquel castillo, fabricado a fines del siglo XVI por Antonelli, tenía la forma de un polígono irregular; se hallaba defendido en su parte Sur por un gran foso con portalón de rastrillo y rebellín al centro, y flanqueado en los extremos por dos baluartes triangulares.

El jefe de las tropas de desembarco, lord Albemarle, confió el ataque al Morro, que tanta importancia tenía por su magnífica posición estratégica, pues era el remate de la bahía por la orilla fronteriza a la ciudad, a su hermano Guillermo Keppel.

Este tropezó con innumerables dificultades para realizar la empresa, siendo la mayor parte de todas el heroico valor de nuestros soldados, que siempre dispuestos a morir antes que capitular con el enemigo, sosteníanse hasta última hora en sus puestos de honor.

En aquellas sangrientas jornadas ganaron gloria inmortal Luis de Velasco y Vicente González. Eran oficiales ilustres de nuestra Marina de guerra.

El ejército invasor había tomado excelentes posiciones, y se movía obedeciendo a órdenes previamente discutidas y meditadas. Las fuerzas de tierra podían operar en combinación con una poderosa escuadra. En fin, todas las circunstancias eran a ellos favorables y a nosotros adversas.

La imprevisión hizo que estuvieran en la Habana desprevenidos para repeler con fortuna un golpe de mano que se realizaba con tantos elementos de fuerza.

En aquella ocasión, como en tantas otras de nuestra historia, demostramos lo que ya nadie ignora en el mundo: que tenemos más corazón que cabeza; que nos falta cálculo para medir el peligro, pero nos sobra arrojo en la lucha contra la desgracia y el infortunio.

Los ingleses llevaban órdenes precisas y terminantes para respetar la vida de Velasco, pero éste prefirió sacrificar la existencia en holocausto de la patria, rechazando cortésmente las muy atentas intimaciones de rendición que le dirigieron, animando a los suyos con hermosos rasgos de valentía, trabajando a todas horas sin el más ligero descanso en la dirección de aquella numantina defensa, colocándose en los sitios de más riesgo cuando el peligro era mayor, presentando, en fin, su noble pecho a las balas enemigas,

que le atravesaron los pulmones, haciéndole caer en tierra mortalmente herido.

Le quedaban aún fuerzas para entregar el mando al bravo capitán de navío González. Este prosiguió la lucha con denuedo y admirable serenidad, hasta que los asaltantes clavaron en su cuerpo las bayonetas. Todavía al expirar cuéntase que dió tan fuerte golpe con su espada a un inglés, que le saltó un ojo.

Cuando entró en el Morro Keppel, lo primero que hizo fué correr presuroso a la sala donde curaban a Velasco. Le besó y abrazó lleno de emoción, desarrollándose con tal motivo una escena altamente conmovedora. Pidió la espada del héroe para conservarla como preciosa reliquia, y dispuso, cumpliendo órdenes recibidas de su hermano el conde de Alburquerque, que fuese Velasco trasladado a la Habana con toda clase de precauciones para que no se agravase y con la asistencia solícita de los mejores médicos del ejército inglés expedicionario.

Cumplido este deseo generoso, hijo de la admiración que sentían por nuestro compatriota, se procedió a la extracción de una bala, con tan poca fortuna, que sobrevino el tétano, falleciendo Velasco rodeado y cariñosamente atendido por aquellos mismos que habían sido causa de tan honrosa muerte.

Se le dió cristiana sepultura en el convento de San Francisco; y cuando atronaban el espacio las salvas de ordenanza disparadas por las tropas españolas como último tributo al cadáver del jefe esclarecido, los soldados ingleses, en correcta formación y con su general a la cabeza, se asociaron noblemente a aquella manifestación de dolor contestando con una descarga cerrada y descubriéndose llenos de respeto todos los jefes y oficiales.

BIBLIOGRAFIA

Temas de protectorado, por el capitán García Figueras

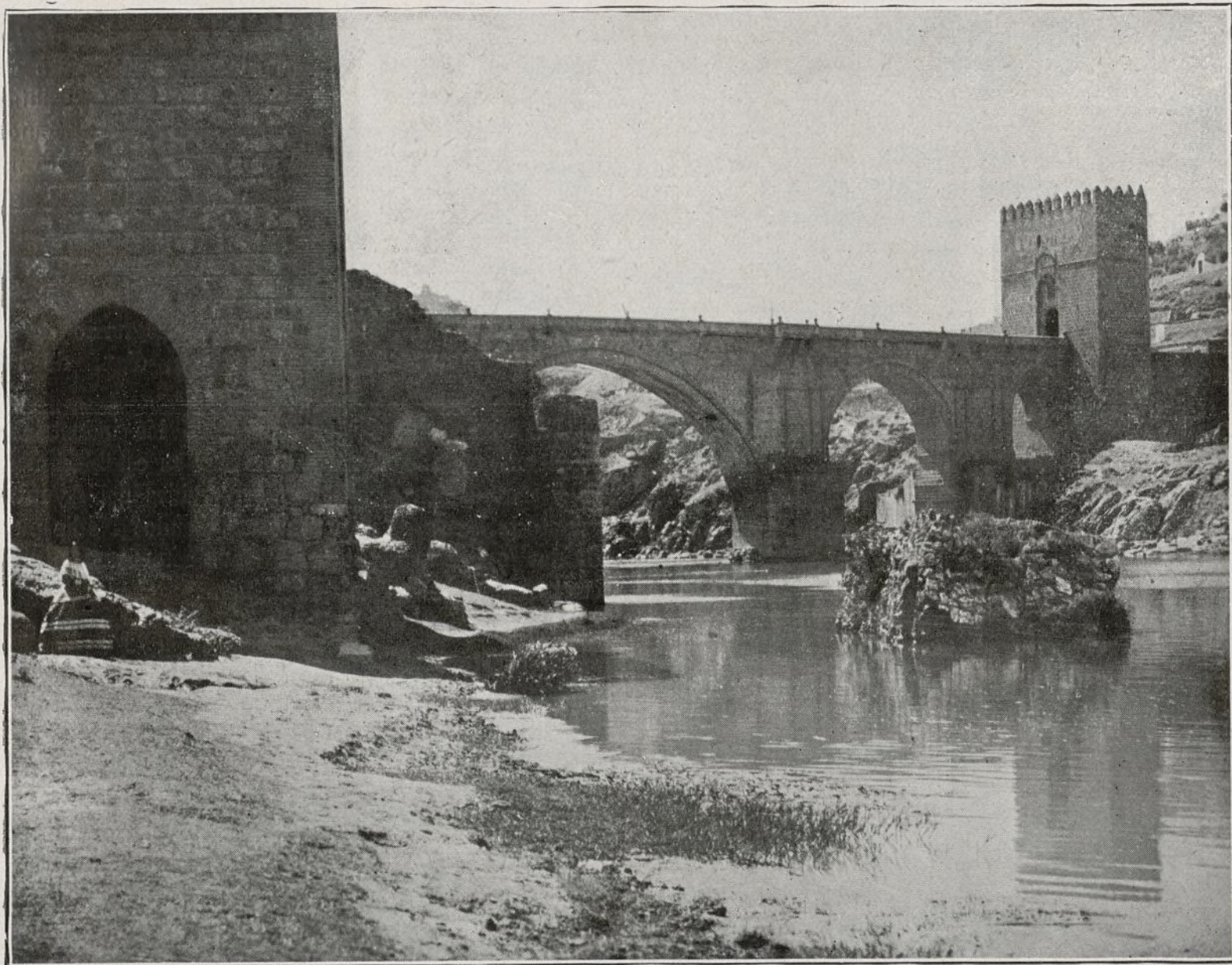
No es un desconocido de los africanistas españoles el capitán García Figueras. En otras obras de técnica militar o de vulgarización de nuestra política africana ha dado muestras brillantes de su competencia y su cultura en estas arduas materias, tan necesitadas de extenderse para que todo el país conozca bien un problema que ahora sabe sólo de oídas, a pesar de que va unido a la misma vida de la nacionalidad. Pero el mejor libro del Sr. García Figueras, con ser interesantísimos *El problema de Tánger*, *Recuerdos de la campaña* y *La misión civilizadora de España en Marruecos*, es este que sale hoy a la luz y que se titula *Temas de protectorado*.

Hay en la obra una parte de especialización y otra de generalidades. La más práctica es la primera, referente al aprovechamiento de las fuentes de riqueza de la zona de Larache; a la influencia de las Intervenciones militares, etc., etc. Todos estos temas, que la

observación del Sr. García Figueras ha ido acotando, pertenecen a un orden de fin inmediato; son la labor experimentada de un colonizador hábil de amplia visión y atento a la realidad. Como, en definitiva, lo que ha de posesionarnos para siempre de nuestra zona africana es el momento de los intereses, los capítulos que a ello aluden son una piedra en el gran edificio del Protectorado; tienen un sentido constructivo, y además un vigor científico loable.

También en las generalidades es interesante *Temas de protectorado*. Los bienes habús, organizador peculiar de Marruecos, que acaban de ser objeto de una disposición oficial; el desarrollo de los Consultorios indígenas, etc., así como las pintorescas cofradías, son asuntos que completan la visión marroquí y que debe conocer todo el que se preocupe de este problema, que es el fundamental de España.

El Sr. García Figueras comprueba la preparación brillante y el cariño a Marruecos de nuestra oficialidad, que si unas veces es demostrado con el heroísmo y la generosa sangre, otras tiene exponentes de cultura tan notables como el nuevo libro de García Figueras.



LAS ARMAS DE TOLEDO (1)

Es cosa incomprensible, por no decir asombrosa, que en este segundo cuarto del siglo xx se haya venido a dudar y a poner en tela de juicio si tiene derecho Toledo a ostentar los blasones de su nobleza, fijados y definidos en el siglo xvi; siglo el más grande de nuestra historia patria.

*Siglo de gigantes,
que empieza con Colón
y acaba con Cervantes*

en el cual descolló la ciudad tres veces imperial; desde donde se dictaron leyes al mundo entero; irguiendo su coronada cabeza, la *cabeza de España*, como la titularon todos los monarcas desde la reconquista, para asomarse, encumbrada por las bellas artes, a través de las montañas y de los océanos, e irradiar con los efluvios de su grandeza por los ámbitos de todos los continentes y archipiélagos.

Dice Balmes en su *Criterio* (Cap. XI): "El estudio

(1) En la sesión del Ayuntamiento en pleno celebrada en la noche de 19 de febrero de 1927, fué leído por el Concejal que suscribe siguiente informe, que después de una ligera discusión fué aprobado en su totalidad.

de la Historia es no sólo útil, sino también necesario. Los más escépticos no lo descuidan, porque aun cuando no lo admitiesen como propio para conocer la verdad, al menos no lo desdeñarían como indispensable ornamento. Además, la duda, llevada a su mayor exageración, no puede destruir un número considerable de hechos, que es preciso dar por ciertos si no queremos luchar contra el sentido común."

Y luchar contra el sentido común de un pueblo, y llevar hasta la máxima exageración en el presente caso, es dudar de los derechos imprescindibles y consuetudinarios que tiene Toledo para ostentar en todos sus monumentos, documentos y objetos santuarios, a través de cuatro siglos, esos gloriosos blasones, legados por sus reyes y adoptados por sus regidores y jurados, no disputados por nadie. Que fueron siempre de progenie en progenie el orgullo de los toledanos.

Preciso era que en este siglo de escepticismo, de incredulidad, de materialismo, de empequeñecimiento espiritual, se llegase por algunos contaminados por esas desdichas, tal vez por afán de notoriedad, a manifestar vacilaciones y negaciones gratuitas, lesivas para lo más querido, lo más ostentoso que tiene la

Sultana del Tajo: sus símbolos de nobleza, sus emblemas de honor, testimonios de su pasada grandeza y altivez.

Esos señores pretenden a estas alturas plantear un *problema*, en cuya ecuación figuren expresiones desconocidas en función de otras conocidas, y no hay tal *problema*, sino un *teorema*, demostrado hasta la saciedad, que para destruirlo es preciso demostrar lo contrario con premisas ciertas e incontrovertibles, y con argumentación convincente, que lleve al ánimo a una conclusión negativa, despojada de sofismas, paralogismos y falacias.

¿Cómo negar a Toledo el derecho indiscutible a usar los signos heráldicos, fundamentados en sus antiguos fueros, ejecutorias y prerrogativas, narrados por sus historiadores?

Estos nos aseguran que las primitivas armas que usó la ciudad en los tiempos carpetanos eran un jinete desnudo, tocado con casco, montado en pelo y lanza en ristre, mirando a la derecha, emblema de libertad e independencia; así figuran en las monedas de la época. Dicen también que en los tiempos de Leovigildo tuvo por empresa un águila negra, rampante en campo de oro, y que Recesvinto le dió después la suya, que era un león rojo, asimismo rampante, en campo de plata. Que en la época árabe ostentó dos estrellas, y en el último reinado tres, formando triángulo. Que Alfonso VII le otorgó un emperador sedente en un trono, con manto y corona a la romana, y el cetro en una mano y espada desnuda en la otra. Patente está en el despacho de la Alcaldía el privilegio del rey Don Pedro, en el que confirma el derecho de esta ciudad para usar el pendón y el escudo reales de Castilla, cuartelado el segundo con castillos y leones. *Felipe el Hermoso*, gran maestro de la Orden borgoñona del Toisón de Oro, al casarse con la propietaria, reina de España Doña Juana, orla al escudo toledano con aquella noble insignia; y por último, en los tiempos de su hijo Carlos I. fija la ciudad sus armas sobre el águila bicéfala con corona imperial, flanqueada por las columnas de Hércules y el lema *Plus Ultra*, colocando a cada lado un emperador en la actitud antes dicha, simbolizando de este modo las *tres veces* que Toledo fué cabeza de imperio, en los gloriosos reinados de Alfonso VI, Alfonso VII y Carlos I, que los tres se llamaron emperadores.

¿Estos incrédulos pretenderán que se les presenten los testimonios de los derechos que tiene Toledo y su Ayuntamiento para usar las armas imperiales últimamente referidas? Pues suban al salón alto del mismo y allí verán bien ostensiblemente la voluntad de los antiguos *nobles y discretos varones*, que nos dicen cuáles son las armas definitivas que adoptaron para la ciudad; y a mayor abundamiento que se lo pregunten a la grandiosa puerta nueva de Bisagra, y ella les contestará con testimonios escultóricos y epigráficos que en 1550, el Ayuntamiento, S. P. Q. T., SENATUS POPU-

LUS QUE TOLETANORUM, *el Senado y el pueblo de los toledanos*, presidido por el Corregidor D. Pedro de Córdoba, dispuso la erección de ese ingente militar y artístico monumento, blasonado con los atributos majestáticos que fijaba y determinaba por siempre jamás, en honor y magnificencia de esta ciudad.

¿Y piden ahora que el actual Ayuntamiento, revolviéndose contra cosa juzgada y sancionada por el uso constante y no interrumpido a través de los siglos, varíe, altere y trastrueque los ideogramas de su glorioso escudo? Temeraria quimera, digna de repulsa.

¿No vemos frecuentemente cómo los industriales toledanos, cuando llegan a acreditar su establecimiento y manufacturas, solicitan con avidez del Ayuntamiento la honra de usar el actual escudo? Nadie puede dar lo que no tiene; es así que este Concejo concede ese uso, luego es que lo tiene.

Se me puede objetar que en el archivo de este Ayuntamiento, en viñetas de documentos, en libros becerros y en sellos, aparecen como divisa de la ciudad un solo emperador, más no embargante, si el *Senado y el pueblo de los toledanos*, en la mitad del siglo XVI, en pleno renacimiento de las letras y de las artes, incluso de la militar, acordó, adoptó yujo las que defendió, no hay para qué y por qué volver sobre aquel acuerdo. Los actuales toledanos no han conocido ni quieren otros blasones que los que ven de la puerta de Bisagra.

El soberbio escudo de esta majestuosa puerta, labrado por los buriles de insigne artista, a expensas del excelentísimo Ayuntamiento, para fijar de una manera decisiva las armas completas de la ciudad, tuvieron el felicísimo acuerdo aquellos *nobles y discretos varones* que entonces la gobernaban, de ponerlas bajo la égida protectora del Arcángel San Miguel, cuya estatua culmina toda la obra, en recuerdo de piadosa y marcial tradición.

Era ésta la referida por los cronistas cuando la apurada situación en que se vió Toledo al ser acometida a la muerte de Alfonso VI por numeroso ejército de almoravides al mando de Ali-ben-Yucuf, en ocasión en que la Plaza se veía desguarnecida, sin más defensas que sus vecinos y el clero, que alentados por los ya ancianos Alvar Fáñez y arzobispo D. Bernardo, se dispusieron a la resistencia.

Ya habían sido rechazados por los veteranos supervivientes de la desgraciada batalla de Uclés, de las furiosas acometidas a las puertas del Cambrón y Bisagra, cuando asaltaron la muralla comprendida entre ambas, con el propósito de apoderarse de la puerta de *Almaquera* o de la *Granja*, abierta en el recinto alto construido en los días de Wamba, que estaba entre el actual palacio de la Diputación y las

ruinas del de los Vargas (1). Heroica defensa hizo el clero desde la flanqueante torre albarrana que desde entonces se llama de los *Abades*, mas todo fué inútil. El recinto exterior fué escalado. Ya como ola infernal se arrojaron los enemigos sobre la citada y desaparecida puerta, cuando de improviso se vió ésta iluminada por los resplandores de una exhalación, y en medio de sus destellos apareció sobre ella el Arcángel San Miguel, blandiendo espada de fuego, lo que hizo huir despavorida a la morisma, alejándose aterrada en precipitada fuga.

Este sagrado recuerdo lo conservaban los toledanos incólume cuando se erigió la nueva puerta de Bisagra, y respetándolo los munícipes de entonces, quisieron que la imagen del Príncipe de la Milicia

(1) Entre el recinto visigodo y el árabe de abajo, existía una granja que se extendió desde la torre de los Abades hasta la puerta vieja de Bisagra, por lo que a la que nos referimos arriba se la llamó puerta o portillo de la *Granja*, que algunos han confundido con la hoy llamada de Alfonso VI.

Celestial, el Caballero Andante del Empíreo, coronara la fábrica en actitud amenazadora, con la espada enhiesta, mirando a las armas de la Ciudad como diciendo:

*Nadie las mueva
que estar no pueda
con San Miguel a prueba;*

y vosotros, actuales munícipes, ¿seríais capaces de moverlas y alterarlas? No creo que lo intentéis.

Así es, que en conclusión, yo ruego al Excmo. Ayuntamiento, que haciendo caso omiso de la pretensión de esos neo-reformistas, se afirme una vez más detrás de su intangible escudo nobiliario, y enarbolando su indiscutible real pendón carmesí (que también se lo quieren negar), ratifique de una manera solemne y definitiva el uso de ambas excelsas enseñas, fundándose en el derecho consuetudinario y en el hecho de su secular posesión, y así evitar ya para siempre, que no vuelva a haber más dudas, vacilaciones ni discusiones sobre estos linajudos y honorables extremos

MANUEL CASTAÑOS Y MONTIJANO

LA CARICATURA EXTRANJERA



La señorita mosquito.—¿Por qué picas a ese tío tan negro?

El joven díptero.—¿Ignora, señorita, que estoy de luto?

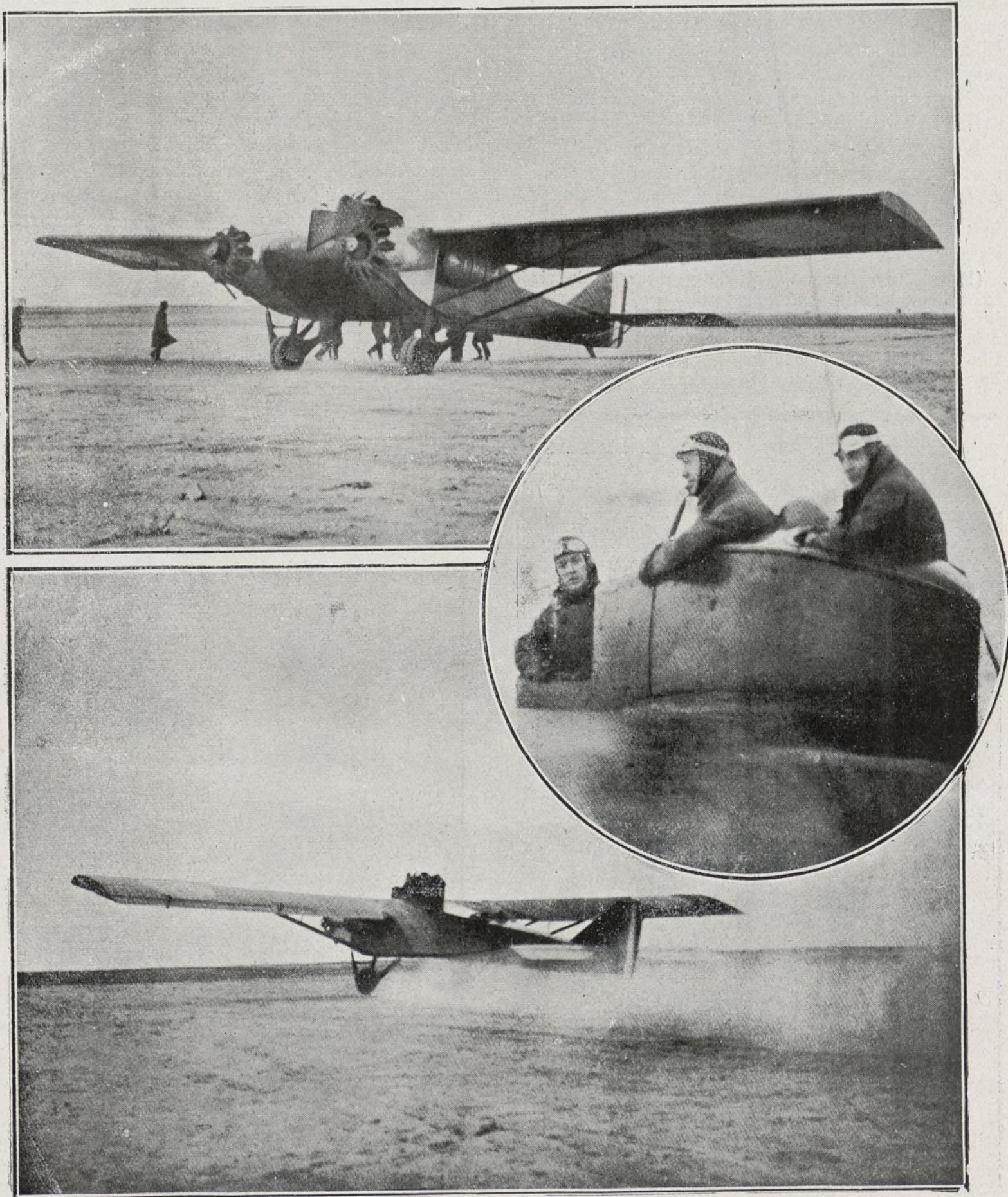


Un gracioso dibujo de Stnddy en que nos muestra a un perrito y un gato en el acto de reconciliación forzada



LA AVIACION FRANCESA

Descamps realiza el vuelo Burdeos-Madrid



El aparato gigante francés "D. B. 10", tripulado por el "as" de la Aviación francesa M. Descamps, que ha efectuado el vuelo Burdeos-Madrid, en el momento de tomar tierra en Cuatro Vientos, y al despegar en dicho aerodromo para trasladarse al de Getafe. En dicho círculo, el bravo aviador con los tripulantes que le acompañan.

LA ESCUELA MILITAR NORTEAMERICANA

Situada en el Estado de New-York, a unos 80 kilómetros de la capital de la Nación, en los edificios de la *United States Military Academy*, ofrece al visitante no escasa curiosidad.

El encontrarse en las orillas del río Hudson, tan cargado de recuerdos para los norteamericanos, enfrente de las pintorescas montañas de los Highlands, la da una magnífica y sugestiva situación.

Ciento veinte años lleva funcionando la Escuela, cuyos primeros tiempos estuvieron tan erizados de obstáculos y de tal naturaleza, que no faltó quien los llamara trágicos.

En los principios de la independencia yanqui, cuando aún estaba por organizar la gran República, Wáshington, el insigne caudillo y político, ensayó la fundación de un establecimiento de instrucción militar, en el que pudieran formarse los oficiales del ejército regular.

A pesar del inmenso prestigio del fundador, sólo después de veinte años de lucha, puede decirse que comenzó a funcionar la escuela actual de West-Point.

En aquellas épocas, y poco cambió la cosa después, la idea Ejército era muy poco popular.

Los jóvenes que sentían el valor y la intrepidez buscaban campo para su actividad en los países nuevos que les ofrecían un porvenir más brillante y, sobre todo, más rápido, que la profesión militar.

La institución tropa no gozaba de ningún prestigio; en las guerras con Francia y en la de la Independencia pudo verse que las milicias improvisadas prestaran tan útiles servicios como los cuerpos regulares.

Los primeros años de la existencia de la Escuela fueron desastrosos; la desorganización llegó a ser tan completa, que en diez años, salieron 72 oficiales.

Los gobiernos, dándose cuenta de la necesidad de tener una Escuela seriamente organizada, desarrollando una constante labor, llegaron a conseguir que sea lo que hoy es.

Antes de la guerra de Sucesión (1865) estaba tan poco desarrollado el espíritu nacional en aquellos países, que los pocos oficiales salidos de West-Point, lucharon unos con otros, por haberse distribuido entre las tropas Suristas y sus contrarias.

La organización actual de la Escuela y su funcionamiento no pueden ser mejores, ofreciendo una originalidad característica.

Los alumnos, a quienes se exigen las naturales condiciones físicas, ingresan en la Escuela, previos exámenes sobre materias de cultura general elemental, entre los diez y siete y los veintidós años.

Al entrar en ella prestan juramento de obediencia y se comprometen a servir en el ejército, en calidad de voluntarios, ocho años: dicho compromiso es rescindible en determinados casos.

La permanencia en la Escuela es de cuatro años, durante los cuales se atiende a que los

alumnos sean espíritus abiertos a todas las actividades de la inteligencia humana.

Distribuidos en clases, lo más de 12 alumnos, cada una de ellas tiene su instructor, a quien es fácil seguir al día los progresos de sus discípulos y estimular a los perezosos.

La instrucción tiene una parte científica profesional, base de la militar: en idiomas, se estudian el Francés y el Español.

La enseñanza militar, propiamente dicha, abarca dos extremos: la parte técnica, a la que se atiende por medio de ejercicios y maniobras, y la física, obtenida por la práctica constante de toda clase de deportes.

Durante los dos primeros años puede decirse que los alumnos no salen de la Escuela: muy de tarde en tarde se les conceden permisos semanales.

Desde mediados de junio a fin de agosto, los alumnos viven constantemente en el campo, haciendo vida de campaña, sin más distracciones que juego de *sport*.



El coronel jefe del Tercio, Sr. Millán Astray, entregando al general D. Francisco Franco el sable de honor que le ha sido regalado por la oficialidad de aquel heroico cuerpo, del que fué dignísimo jefe

Viene a ser esa temporada en la vida de los cadetes, a modo de *retiro militar*, parecido a los religiosos: con ello se explota la edad y lo que persisten, durante toda la vida, las sensaciones en aquella experimentadas.

Es de notar, como constitutivo de la originalidad antes nombrada, que todos los oficiales reciben la misma enseñanza, sin especializaciones de ningún ge-

nero; sin embargo, existen éstas, pues al terminar los estudios, los que más estudiosos fueron, van destinados a los cuerpos de Ingenieros, distribuyéndose los demás, en los restantes, también según sus condiciones escolares.

Después de la guerra mundial, los cadetes de West-Pont, son mirados mucho mejor, aunque aumentó muy poco en el país la fe en los ejércitos regulares.

LA BUENA FAMA DE ANDARIN

Me lo refirió un jurisconsulto notable que para nada necesita que yo le haga el reclamo nombrándole, ya que hace tiempo le nombraron, reconocidos sus muchos méritos, para un alto puesto en la Magistratura.

Sabido es que de tierras de Aragón han salido grandes andarines, y fama grande adquirieron Bielsa, vencedor del extranjero Bargossi; el de Alcalá de Gurrea, vencedor primero y vencido después de Bielsa; el andarín de Cariñena, que después de correr ochenta kilómetros en poco rato, bailaba una jota de las más movidas y adornadas, y, en fin, tantos otros de que no me acuerdo y que de cierto no hubieran hecho un mal papel en los juegos olímpicos, y entre ellos el de mi cuento, que no es tal, sino una historia, y muy cierta, el *Royico* de Fuentes, y hace de esto muchos años y con ellos puede que algún detalle se me haya borrado o confundido.

El caso fué que a unas monjas de Sahum (Huesca) les habían saqueado la iglesia, con gran escándalo de los fieles y sentimiento de los del pueblo, que juraban y perjuraban que no podían ser de allí el autor o autores del sacrilegio.

Comenzaron las diligencias judiciales de rigor, y se vió y reconoció que los ladrones habían violado puertas arcones y se habían llevado algunos objetos de metal más o menos vil, porque de todo había, y hete aquí en movimiento a la Guardia Civil y alguaciles, alcaldes y golillas, resultando de lo actuado gravísimos indicios y sospechas vehementes de que uno de los autores del desaguisado era el *Royico*.

Declarósele procesado; pero el hombre apeló a la negativa sistemática, y no hubo medio de hacerle salir de ella, sino que, al contrario, para probar la coartada, citó el testimonio de sus compañeros de trabajo, con quienes el día anterior al del robo había estado de sol a sol arrancando regaliz y al día siguiente, al apuntar el alba estaba también. Los testigos afirmaron lo dicho, y quedó demostrado que el *Royico* había dispuesto de una noche para ir a Sahum, cometer el robo y volver a Fuentes, cosa que se juzgó imposible hasta por peritos.

Tales eran los indicios de criminalidad que, aun cuan-

do la razón del tiempo parecía contradecirlos, la causa llegó a la Audiencia, y en el banquillo de los acusados se sentó el *Royico*.

Practicáronse las pruebas, declararon ante la Sala testigos y peritos, y todo marchaba a pedir de boca para que el acusado fuese declarado inocente, pues aunque todos los indicios decían *ha debido* ser, el tiempo parecía decir *no ha podido*. Levantóse el fiscal a pronunciar su requisitoria, y después de haber examinado todos los cargos que para el encartado resultaban, llegó al único descargo alegado, y ante él, con un recto espíritu de justicia comenzaba a inclinarse y...

—Todos los indicios, señores magistrados, dijo, sumados, indican que el individuo que se sienta en ese banquillo fué a Sahum, robó la iglesia de las monjas y volvió a Fuentes; pero, ¿era capaz ese hombre de correr tan velozmente que tuviera tiempo para cometer el delito que se persigue?, ¿podía en una noche ir, robar y volver? La prueba aquí aducida dice que no, y el Ministerio público, ateniéndose a ella, tiene también que decirlo: el procesado no pudo hacer esa carrera en el tiempo de que dispuso, y por tanto...

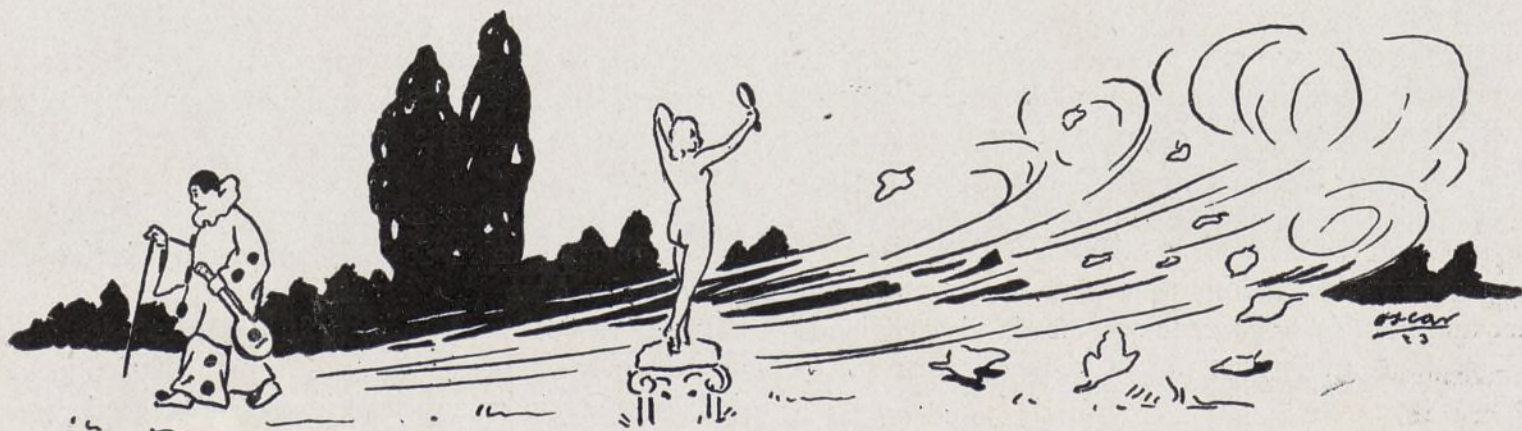
—¿A que no se juega usted cincuenta duros que lo hago? ¡Mira que no correr más que eso!

Esta interrupción del procesado produjo en la Sala la impresión que es de suponer. El *Royico*, gran andarín, tenía en mucho su fama de tal, y sublevado ante la idea de perderla olvidóse que en aquel caso le convenía andar con pies de plomo, y tanto corrió que alcanzó una sentencia condenatoria de que estaba bien lejos, explicando cómo fué, robó y volvió en una noche.

Su buena fama de hombre ligero se confirmó dejando mal parada la que tenía de hombre honrado.

Moraleja de esta verídica historia, que está archivada en la Audiencia territorial de Aragón: Es mucho más fácil correr cruzando bosques, saltando circos y vadeando ríos, que hacerlo sin un traspies entre providencias y autos y diligencias.

R. MAINAR LAHUERTA



EL SONDEO ULTRASONORO

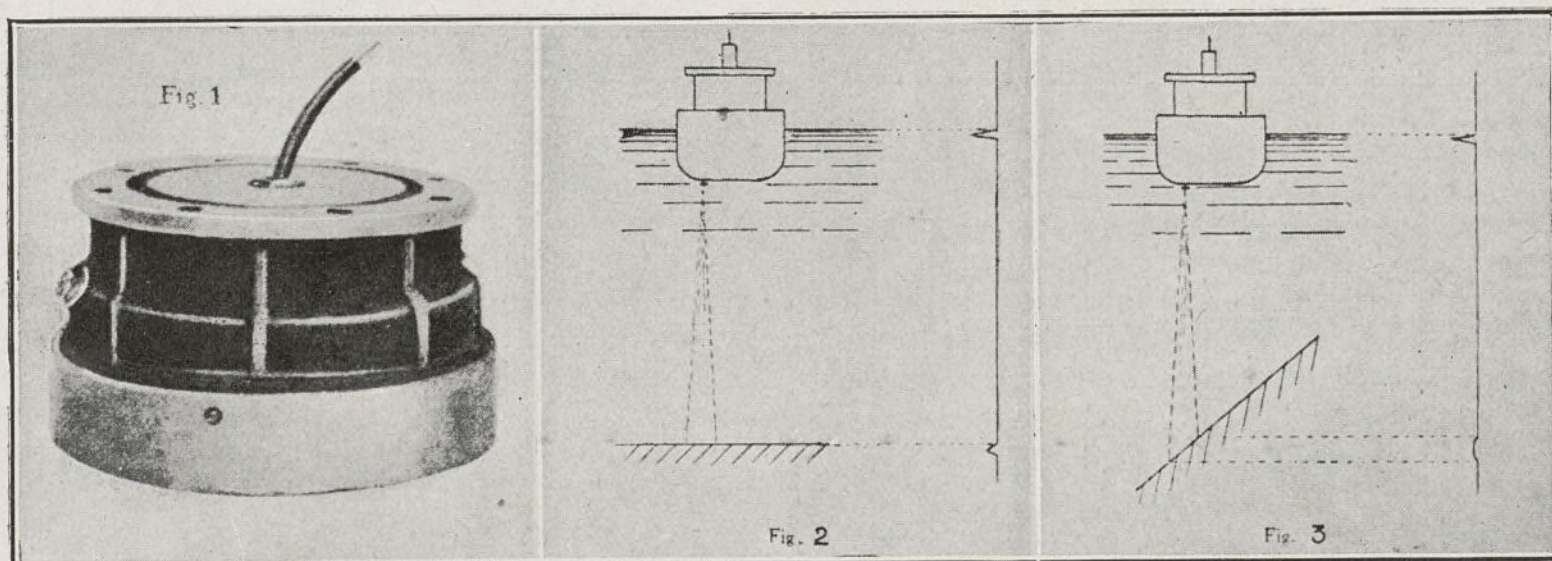
En mi última correspondencia para *La Prensa* he expuesto cómo el profesor Langevin, utilizando una idea de Mr. Chilowski, ha conseguido producir "ondas ultrasonoras", extraordinariamente cortas, es decir, ondas de la misma naturaleza que las ondas sonoras, pero mucho más frecuentes, mucho más cortas, mucho más agudas que los más agudos sonidos perceptibles por el oído humano.

En pocas palabras recordaré únicamente aquí que este resultado se obtiene conectando con un dínamo de corriente alternada las dos caras de una lámina de cuarzo convenientemente tallada. Esta lámina tiene la propiedad descubierta por Curie, de contraerse y

expandirse perpendicular a su plano. De ahí se deduce que la dirección de las ondas emitidas por ella es perpendicular a dicho plano, y por consiguiente, son dirigidas, son concentradas casi exclusivamente en la dirección perpendicular a la lámina.

En resumen, se ha realizado así un proyector de ondas ultrasonoras comprimiendo, sencillamente, una lámina de cuarzo entre dos armaduras metálicas de dimensiones convenientes. El conjunto del "proyector de cuarzo" se presenta bajo la forma representada en la figura 1.

El cable que se ve emerger de la parte superior del proyector contiene alambres eléctricos aislados,



luego dilatarse según sea cargada o descargada de electricidad. Bajo la influencia de una corriente alternada vibra, pues, como lo haría un diapasón, pero un diapasón capaz de vibrar mucho más rápidamente que todos los conocidos. Sumergida entonces en el agua la "lámina de cuarzo piezoeléctrica"—tal es su nombre—, produce en ella ondas sonoras extraordinariamente cortas, tan cortas como se quiera y tan rápidas como la alternancia de la corriente eléctrica utilizada.

"Cuando el vino está servido, hay que beberlo"—dice un proverbio francés—. Análogamente, cuando una idea teórica ha sido realizada, falta aplicarla, hacerla prácticamente útil. Sólo me falta exponer ahora cómo se emplean las ondas ultrasonoras y para qué sirven.

Estas ondas son extremadamente cortas, y, por lo tanto, susceptibles de ser concentradas, reflejadas, dirigidas, a la manera de las ondas luminosas, por medio de espejos de pequeña dimensión. Pero por una feliz circunstancia, resulta que ni siquiera hace falta espejo para obtener este resultado. En efecto, la lámina de cuarzo piezoeléctrica no vibra, no se dilata ni se contrae más que en la dirección perpen-

dicular a su plano. De ahí se deduce que la dirección de las ondas emitidas por ella es perpendicular a dicho plano, y por consiguiente, son dirigidas, son concentradas casi exclusivamente en la dirección perpendicular a la lámina.

En cuanto a las indicaciones del aparato, vamos a ver cómo se obtienen.

Imaginemos, por ejemplo, que el proyector de cuarzo esté fijo a la manera de un ojo de buey, bajo la quilla de un barco, de modo que proyecte hacia abajo un haz vertical de ondas ultrasonoras. En el agua, estas ondas se propagan con una velocidad de 1.500 metros por segundo, aproximadamente. Si el fondo del mar está a 75 metros bajo la quilla, las ondas recorrerán otros 75 metros para volver hasta el aparato, o sea 150 metros en total, es decir, que entre su emisión y su recepción transcurrirá un décimo de segundo.

Ahora bien; resulta que por uno de esos fenómenos de reversibilidad tan frecuentes en física, si las vibraciones eléctricas del cuarzo producen ondas mecánicas, ondas ultrasonoras, inversamente, cuando las ondas ultrasonoras son recibidas por el cuarzo, producen sobre la cara de éste cargas alternantes. Estas

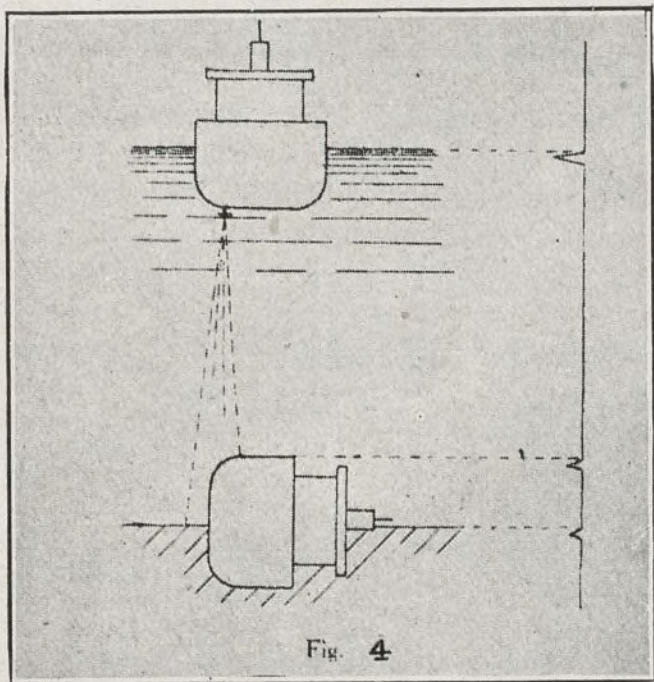


Fig. 4

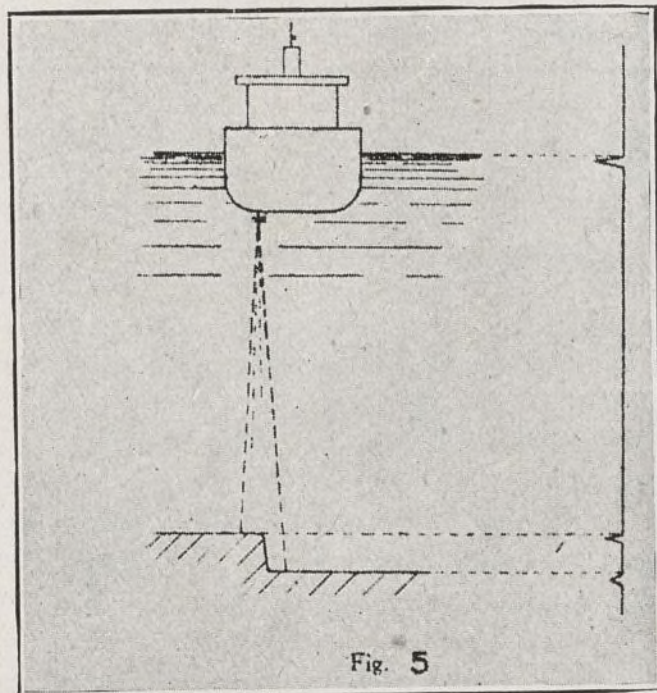


Fig. 5

cargas eléctricas pueden ser descubiertas por galvanómetros apropiados, colocados en el interior del navío y unidos por alambres a las dos caras del cuarzo.

De ahí resulta que el cuarzo puede actuar simultáneamente como emisor y como receptor de ondas ultrasónicas. Para que las ondas emitidas y las ondas recibidas no se mezclen, no se superpongan, basta que la emisión sea muy corta, esto es, que sea prácticamente instantánea.

Cuando describí el método de localización de los cañones por el sonido durante la guerra, expliqué como habían conducido a construir especies de cronógrafos, aparatos capaces de registrar y medir duraciones muy breves, intervalos de tiempo muy cortos.

Sin entrar a este respecto en detalles técnicos ociosos, las explicaciones esquemáticas siguientes bastarán para hacer comprender cómo puede funcionar a la vez como emisor y como receptor el proyector de cuarzo.

Imaginemos que en el interior del navío, en la cabina de observación, se encuentre un cilindro registrador que gire rápida y uniformemente, movido por un mecanismo de relojería, y cuyo "estilo" registrador esté sobre el circuito eléctrico unido al proyector. Cuando se envía por éste una corriente eléctrica oscilante, el estilo marca una muesca sobre el cilindro registrador; cuando después de la reflexión contra el fondo del mar, las ondas ultrasónicas regresan al cuarzo y producen en él una oscilación eléctrica, el estilo marca una nueva muesca en el cilindro registrador. La distancia entre las dos muescas indica el intervalo de tiempo que ha transcurrido entre la emisión y la recepción al regreso. Si, por ejemplo, el cilindro da una vuelta por segundo y la distancia entre las dos muescas corresponde a un décimo de vuel-

ta, esto probará que el fondo del mar en ese sitio está a 75 metros debajo del navío.

Se ha realizado este registro mediante diversos dispositivos ingeniosos, cuyo principio se reduce a lo que se acaba de decir y cuyos detalles de ejecución no interesan.

Se ve que gracias a este método el navío puede obtener un registro exacto y continuo de los fondos situados debajo, y esto sin detener ni siquiera disminuir la marcha. ¡Qué progreso sobre los antiguos métodos de sondeo, donde había que hacer bajar hasta el fondo del mar sondas molestas y pesadas, lo que exigía a menudo horas para el sondeo de un solo punto y, además, la inmovilización previa del navío, so pena de que las indicaciones resultasen falseadas por la inclinación que el movimiento del buque da a los cables de sonda.

En la hora actual, el alcance del "sondador ultrasónico" alcanza a varios cientos de metros, es decir, sobrepasa ampliamente las necesidades de la seguridad de los navíos. Es indudable que este alcance será aumentado en breve plazo, y que así el establecimiento del mapa submarino del océano será dotado de un útil de exploración no igualado aún por su rapidez y su precisión. La Hidrografía también se halla armada de un procedimiento con el cual puede alcanzar la más rica cosecha de resultados.

Esto no es todo. El "sondador ultrasónico", no sólo permite conocer la profundidad bruta, sino que proporciona también indicaciones sobre la forma y la naturaleza del suelo submarino.

Si el fondo es horizontal (figura 2), las ondas reflejadas conservan la misma forma que las ondas emitidas, como lo muestra el examen de la hora de registro. La muesca marcada por el estilo tiene la misma forma y longitud en los dos casos.

Si el fondo es plano pero muy inclinado con respecto a la horizontal, se ve (figura 3) que una parte del haz de ondas ultrasonoras es reflejada antes que la otra; por consiguiente, la muesca de registro resulta alargada, puesto que el "eco ultrasonoro" dura más tiempo.

Si el fondo presenta accidentes muy marcados en el interior de la superficie explorada por el haz ultrasonoro, la muesca de registro es irregular y presenta ondulaciones sucesivas, correspondientes a los niveles principales que son tocados sucesivamente por el "tren de ondas". Tal es el caso cuando el navío pasa por sobre un barranco o sobre los restos de un naufragio (figuras 4 y 5).

No se necesita más de un segundo con el proyector ultrasonoro para efectuar un sondeo. Se necesitaba mucho más, a veces eran necesarias horas, con los aparatos anteriores, con las sondas de alambre.

La extrema concentración de los sondeos con un segundo de intervalo en cada dirección, permite no dejar pasar ninguna particularidad del relieve submarino sin que se inscriba por sí misma en los registradores. No era ese el caso para los fondos rocosos cuando se operaba con las sondas de alambre utilizadas hasta ahora.

La construcción de cartas submarinas se hace, pues, por el empleo del proyector de ultrasonidos, infinitamente

tamente más exacta, más rápida, más cómoda, y por tanto menos costosa. Gracias al nuevo método, se podrán buscar fácilmente los accidentes bruscos del relieve submarino; y, en particular, se obtiene con él un procedimiento perfecto para localizar los cascos de buques hundidos.

Por otra parte, las ventajas proporcionadas a la seguridad de la navegación saltan a la vista. En adelante, el oficial de cuarto, teniendo ante la vista el registrador ultrasonoro, podrá conocer a cada instante, inmediatamente, la profundidad del mar bajo su navío. Con mayor seguridad que antes podrá tomar contacto, sin tardanza, con una plataforma continental, lo que facilitará grandemente su atraque en ciertas costas. En fin, en tiempo brumoso o de invisibilidad, podrá, por así decir, "palpar" el fondo de un modo continuo, lo que da a la navegación una facilidad desconocida hasta ahora.

Tal es esta invención del "sondador ultrasonoro", invención realizada por sabios franceses y mediante la cual el poder del viejo Neptuno resulta multiplicado y acrecido. A su viejo tridente inútil hemos sustituido ondas sutiles, invisibles y mudas, pero cuyo alcance y radio de acción son infinitamente más fuertes y dominadores. ¿No es mejor así?

Observatorio de París, 1926.

Dónde situaban los cartógrafos el Brasil antes de conocerse América

El nombre del Brasil es muy anterior al descubrimiento del Nuevo Mundo. Una tradición de los siglos XIII y XIV afirmaba que en el Atlántico había una región misteriosa, donde los bosques producían gran cantidad de madera tintórea, de la que entonces se usaba para teñir de rojo, madera que, por el color de fuego o de brasas que daba, se llamaba palo Brasil. De aquí que al país en cuestión le llamasen "País del Brasil", o simplemente "Brasil". Los cartógrafos de aquella época lo tenían por una isla, que pintaban en medio del Atlántico y en la misma latitud del cabo Finisterre, de Inglaterra, o Land's End de los ingleses. Todavía llaman los ingleses Peña del Brasil a un islote situado a poca distancia del extremo sur de Irlanda, aunque se cree que, de haber existido la isla, fué una de las Azores, pintada fuera

de su sitio por los antiguos. También hay quien sostiene que la isla del Brasil se hundió hace muchos siglos, y que lo único que de ella queda es el banco del Puercoespín, situado en la costa occidental de Irlanda, junto a la bahía de Galway.

Sea como fuere, cuando los primeros viajeros que penetraron en Vera Cruz (como se llamaba entonces a la actual república brasileña), encontraron allí gran abundancia de madera tintórea, creyeron haber descubierto el verdadero país del Brasil, y el vulgo empezó a designar con este nombre a los vastos territorios descubiertos, con lo que vino a resultar que a mediados del siglo XVI ya nadie los llamaba de otro modo, y pronto en libros y mapas el nombre de Brasil sustituyó por completo al ya olvidado de Vera Cruz.



ESTAMPAS MILITARES



Batidor de Cazadores de Caballería, en 1886

LA CONFERENCIA DEL DESARME

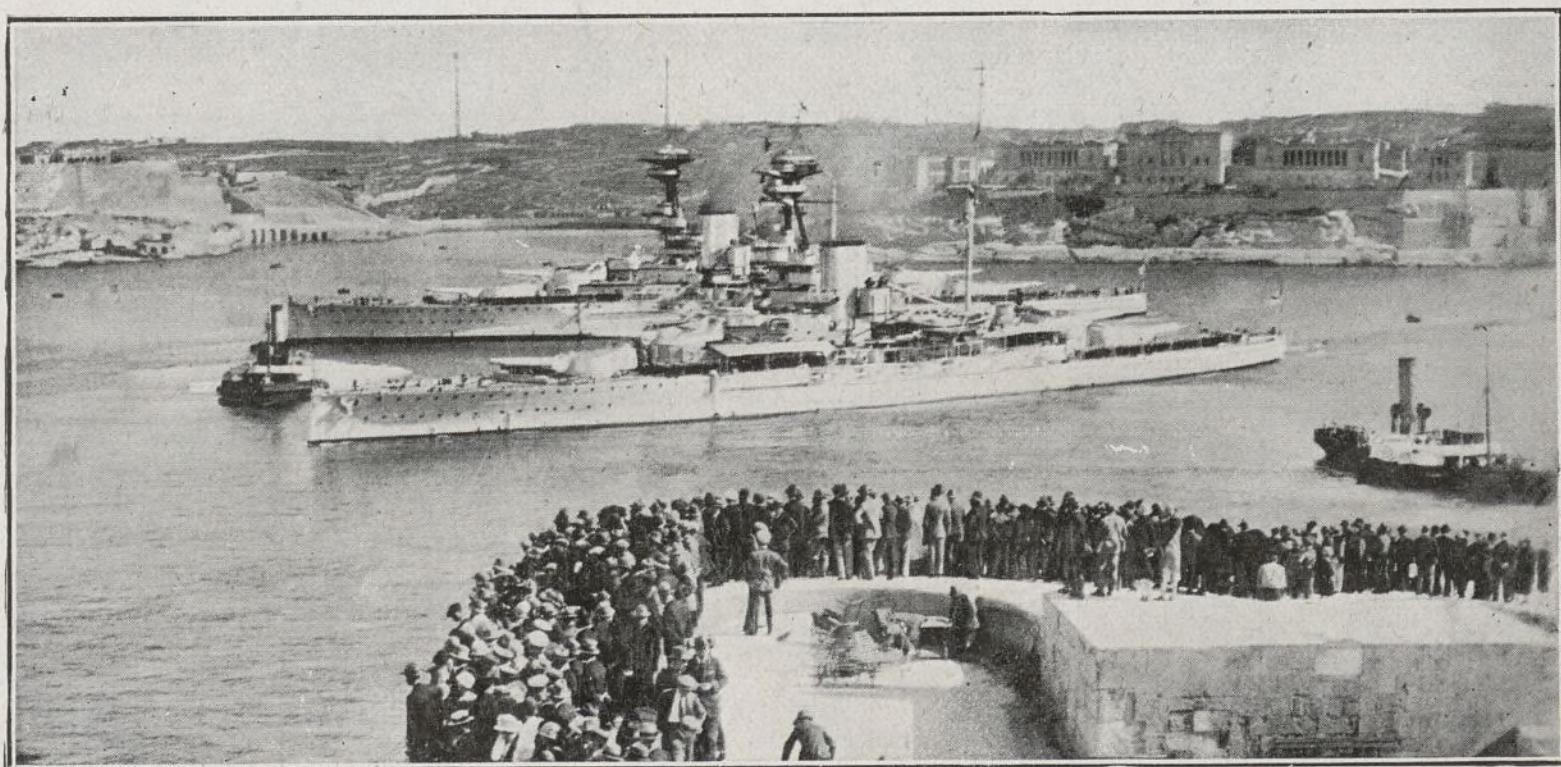
INGLATERRA NO QUIERE SUBMARINOS

La Conferencia preparatoria del Desarme ha tenido que suspender sus sesiones hasta el jueves, sin duda para buscar en este intervalo una fórmula de armonía que le permitiera dar fin a sus tareas.

¿Encontrará esa fórmula? Tal como está planteada la divergencia que ha paralizado las deliberaciones de la Conferencia, nos parece difícil. La Conferencia ha venido siendo un constante *corp a corp* entre lord Robert Cecil y Paul Boncour, representantes respectivos de Inglaterra y Francia: Lord Cecil es el hom-

cir, que cada nación podría distribuir como mejor le pareciese el número total de toneladas asignadas, construyendo los tipos de barcos más adecuados para sus necesidades. Esta demanda se funda en tan buenas razones, que toda la Asamblea—salvo el representante inglés—la acogió favorablemente.

Es evidente que cada país tiene sus necesidades: que la estructura de sus costas, la importancia y situación de su imperio colonial, etc., exigen la mayor libertad para la distribución de su flota. Sería absurdo



Los acorazados de la escuadra inglesa en maniobras

bre del pacifismo en su país; pero el pacifismo británico tiene como postulado organizar el mundo según las conveniencias de Inglaterra y a base de la intangibilidad de su poderío marítimo. En cuanto a Paul Boncour, el haber confiado Francia su representación a un socialista es la mejor prueba de la sinceridad de las intenciones pacíficas con que ha acudido a la Conferencia.

Las divergencias entre los dos criterios, francés e inglés, se han hecho ostensibles en cuantos temas ha tratado la Conferencia; pero el antagonismo entre las dos tesis ha surgido principalmente al llegar al punto escabroso; es decir, a la limitación de los armamentos navales.

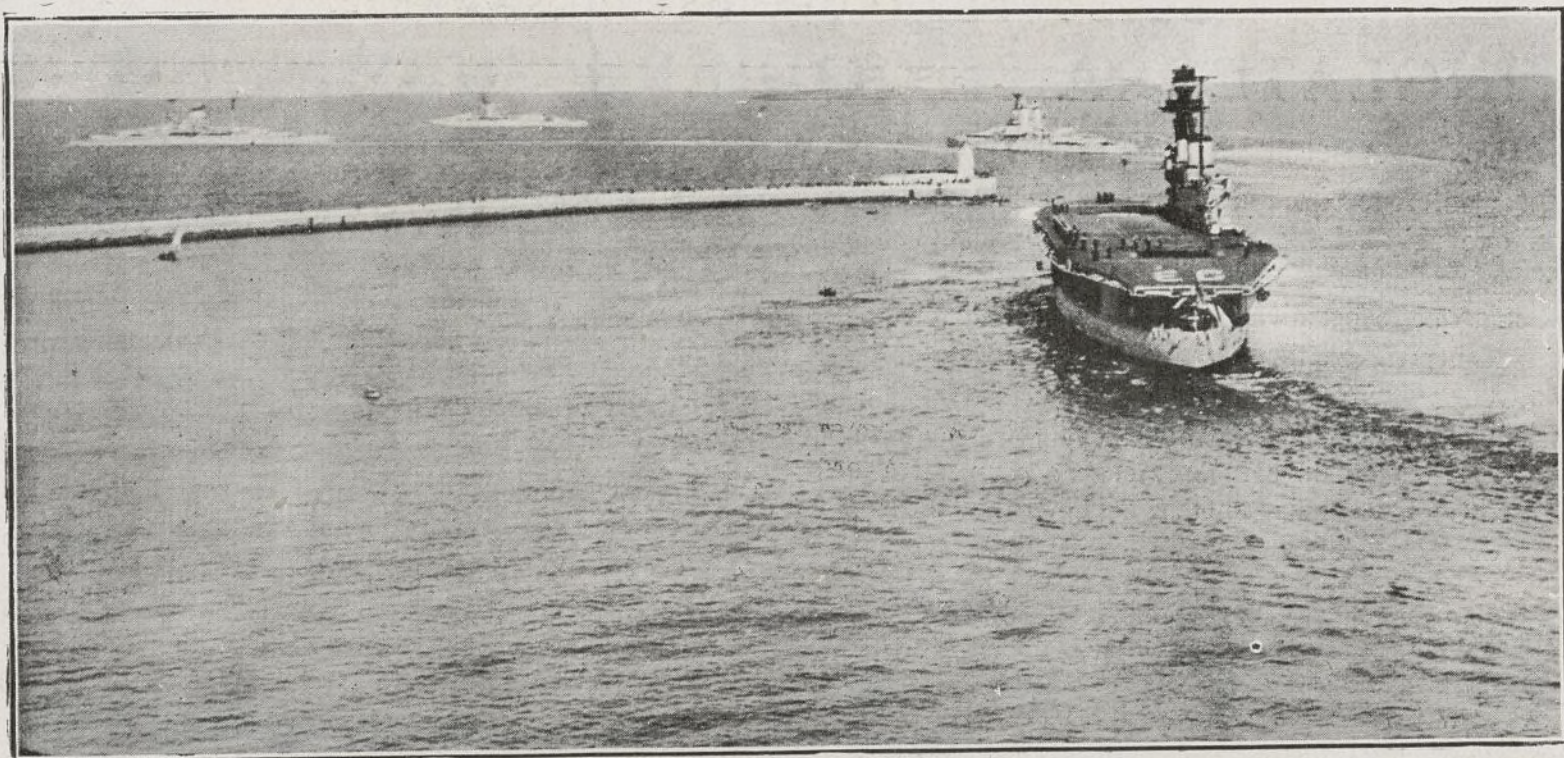
En una cosa estaban conformes Cecil y Boncour: en la necesidad de fijar un tonelaje global para cada una de las naciones que asistiesen a la Conferencia.

Pero la disconformidad surgió en seguida, al precisar la distribución de este tonelaje. Según la tesis francesa, había de ser verdaderamente global; es de-

que tuviese la misma composición proporcional a la gran escuadra inglesa que la de una pequeña potencia sin colonias.

Frente a esta tesis, la inglesa. Lord Cecil no se conforma con que se fije un tonelaje total para cada nación; quiere además que esta cifra se distribuya de antemano entre las diversas clases de barcos: tantas toneladas para acorazados, tantas para cruceros, tantas para destroyers, tantas para submarinos, etcétera. Como la enumeración está tomada de la escuadra inglesa, la más completa del mundo, es minuciosísima, figurando en ella los barcos más especiales, que no tendrían justificación en una pequeña flota de carácter predominantemente defensivo.

La razón de la actitud británica es sencillísima. Desde la guerra Inglaterra tiene la obsesión del submarino y todos sus esfuerzos se encaminan a limitar el número de éstos. Dejando al arbitrio de cada nación la distribución de unidades del tonelaje total que le correspondiese si corría el riesgo de que estas unidades



El "Eagle" en maniobras. Último modelo inglés de portaviones

fuesen principalmente submarinos, y esto es lo que hay que evitar a todo trance. Esta obsesión del submarino, que llegará al fracaso la Conferencia del Desarme, será también la gran dificultad de la Conferencia naval entre Inglaterra, Norteamérica y el Japón; si Inglaterra teme a los submarinos de las potencias europeas continentales, no le inspiran menos temor los submarinos que puedan tener en el Atlántico los Estados Unidos.

Como era de esperar, la tesis inglesa tiene enfrente a todas las naciones representadas en la Conferencia. La que se ha mostrado más radical en la oposición ha sido Italia, a pesar de la buena amistad que de momento la une con Inglaterra. En cuanto a Francia, después de defender su tesis, buscó una fórmula de

arreglo que pudiera apagar las suspicacias inglesas, cediendo en parte a las exigencias británicas.

Suponiendo que lo que ante todo buscaba Inglaterra era impedir que las demás naciones dedicasen a los submarinos todo su tonelaje o la mayor parte de él, propuso que la cantidad total de toneladas se distribuyese en cuatro tipos de barcos: Primero, navíos de línea; segundo, portaaviones; tercero, barcos de superficie de menos de 10.000 toneladas, y cuarto, submarinos. Asignando un número determinado de toneladas a las tres primeras categorías, quedaban pocas para los submarinos. Pero Inglaterra no se conforma con esto y persiste en su clasificación minuciosa, encaminada a reducir al mínimo los odiados submarinos, y ante tal intransigencia es difícil que se encuentre una fórmula de conciliación.

Lo que se necesita para escribir un verso

Un poeta de origen eslavo, Rilke, traducido al francés por André Gide, es hoy una de las figuras literarias más salientes de Europa. He aquí una página de Rilke sobre la poesía, citada por la prensa francesa como una de las más bellas que se han escrito en el mundo sobre este motivo universal.

"Para escribir un solo verso, dice, es preciso haber visto muchas ciudades, hombres y cosas; es necesario conocer los animales y sentir cómo vuelan las aves y saber el movimiento que hacen las florecillas al abrirse por la mañana. Es preciso pensar en los caminos de regiones desconocidas, en encuentros inesperados, en partidas que se veían aproximarse, desde largo tiempo, en los días de la infancia, cuyos misterios no se han aclarado todavía; en los padres, a los que a veces se causaba una gran amargura cuando nos traían una alegría que no comprendíamos; en las enfermedades de la infancia, que comenzaban tan singularmente por pro-

fundas y graves transformaciones; en los días pasados en calma en las habitaciones; en las mañanas a la orilla del mar, en el mar mismo, en las noches de viaje que nos impresionaban y en las que seguíamos el curso de las estrellas.

"Es preciso también haber estado a la cabecera de los moribundos, haberse sentado al lado de los muertos en la cámara mortuoria, con las ventanas abiertas y los ruidos que llegaban de afuera. Y aun no basta tener recuerdos: hay que saberlos olvidar cuando son numerosos y poseer la gran paciencia de esperar que vuelvan. Porque los mismos recuerdos no son aún esto: sólo cuando llegan a ser en nosotros sangre, mirada, gesto, cuando no tienen nombre y no se distinguen de nosotros, sólo entonces puede ocurrir que, en una inspiración muy rara, de entre ellos se eleve la primera palabra de un verso."

EL AMOR QUE HIZO PROTESTANTE A UN MONARCA

Cinco años después de haberse casado con Felipe el Hermoso, la célebre Juana la Loca, su hermana más joven, doña Catalina de Aragón, contrajo matrimonio con el príncipe de Gales, Arturo, que a la sazón (esto ocurría en 1501), contaba solamente quince años de edad, y que murió cinco meses más tarde.

El fallecimiento del príncipe puso al rey de Inglaterra en grave apuro, pues se veía obligado a enviar la infanta a España por su cuenta y riesgo, y a devolver además a Fernando el Católico las cien mil coronas que constituían la dote. El rey Fernando, por su parte, no parecía dispuesto a que su hija, que sólo contaba diez y seis años, se quedase para vestir imágenes, y así, propuso al inglés que, o le devolviese a Catalina, o la casase con Enrique, hermano del difunto Arturo, ya príncipe de Gales. Dicho sea de paso el príncipe no contaba más que diez años.

Entabláronse las negociaciones y se obtuvo del Papa una dispensa tomando por pretexto que el primer matrimonio no había pasado de una simple fórmula, y por consiguiente, la nueva boda no violaría la ley de la iglesia prohibiendo que un hombre se case con la mujer que es viuda de su hermano.

El matrimonio se verificó siete años después, a poco de subir Enrique al trono. Catalina era entonces una mujer hermosísima, verdadero tipo español de



Enrique VIII en la época de su separación del catolicismo

gallardo cuerpo y abundoso cabello negro. Su marido estaba locamente enamorado de ella y en más de una ocasión dijo: "Si tuviera que escoger esposa ahora escogería a Catalina".

Todo fué bien los primeros diez y ocho años, pero hacia 1527, empezó a correr por la corte inglesa el rumor de que el rey quería divorciarse. De los varios hijos que Catalina le había dado, sólo vivía una niña enfermiza, y como, a excepción del borrascoso reinado de Matilde, no había precedente en la historia de Inglaterra para que una mujer ocupase el trono, la falta de un hijo varón traía preocupado al monarca. Esto era, al menos, lo que se decía, pero indudablemente había otra razón más poderosa para que el rey quisiera divorciarse, y era la violenta pasión que sentía por una de las damas de la corte, la célebre Ana Bolena. Catalina era un dechado de virtudes ascéticas, que no vacilaba en levantarse a media noche para asistir a un oficio divino, y jamás se quitó de debajo del vestido el cilicio de la Orden Tercera de San Francisco, y todo esto era demasiada virtud para un hombre de carácter poco taciturno, y por añadidura enamorado de una mujer cuyo carácter congeniaba mejor con el suyo.

Enrique, a fuerza de pensar en la hermosa Ana, determinó hacerla su esposa, y queriendo compaginar su amor con su conciencia, dijo: "Estoy seguro de que mi matrimonio con la viuda de mi hermano fué un pecado herendo; pediré al Papa que nos perdone y nos divorcie". Y así lo hizo.

Ahora fué el Pontífice el que se vió en un aprieto. El sobrino de Catalina era el poderoso Carlos V dueño de más de media Europa. Si el Papa negaba el di-



Ana Bolena. por Holbein.

vorcio, se enemistaba con Inglaterra, si lo concedía, el emperador Carlos se consideraría ofendido. Había que ver la manera de contentar a todos, y el Pontífice pidió algunos años para decidir. "En ese tiempo —pensó—, morirá Enrique, Catalina o Ana o Carlos, o se enfriará la pasión de Enrique por Ana, y ocurrirá cualquier otra contingencia de las que pueden salvar la situación".

Pasaron cinco años, y el Pontífice no decidía nada. Enrique se impacientaba; cada vez quería más a Ana y aborrecía profundamente a Catalina. Consultó a una porción de doctores y teólogos de las principales Universidades de Europa, y como muchos de ellos opinasen, que efectivamente, había sido un pecado gravísimo el casarse con la viuda de su hermano, el rey resolvió por sí mismo contrayendo matrimonio secreto con Ana el 25 de Enero de 1533. A los cinco meses, para congraciarse con el monarca, el arzobispo de Canterbury, como primado de Inglaterra, declaró públicamente que el matrimonio de Enrique con la infanta española había sido ilegal y pecaminoso.

Hasta entonces, Enrique VIII de Inglaterra había sido un buen católico. No sólo simpatizaba con Lutero y los protestantes, sino que había escrito contra ellos una obra titulada "De Septem Sacramentis", obra que agradó tanto al Papa, que éste se apresuró a conceder a su augusto autor el título de defensor de la Fe. Y véase lo que es el mundo: este título con-

ferido por un Pontífice romano a un monarca católico figura todavía entre los títulos de los reyes protestantes de Inglaterra. La tardanza del mismo Pontífice en conceder el divorcio a Enrique, echó por tierra la fidelidad religiosa de éste. El rey inició una serie de acciones que separaron a Inglaterra de Roma, y en lugar del Papa, el mismo rey se declaró cabeza de su iglesia.

Aquí termina realmente el asunto de este artículo; pero, como en las novelas por entregas, no estará demás decir lo que fué de cada uno de los personajes que en él han figurado. Catalina de Aragón murió a los dos años de su desgracia, cada vez más enamorada de su cruel esposo, al que escribió antes de expirar una carta que terminaba con estas palabras: "En el momento en que mis ojos van a cerrarse para siempre, mi único deseo sería fijarlos en los vuestros". De Enrique y de Fernando el Católico, padre de Catalina, conoce el fin todo aquél que haya saludado siquiera la Historia, y en cuanto a Ana Bolena, como tampoco dió al rey ningún hijo varón, pronto fué aborrecida como Catalina lo había sido.

En 1536, se la acusó de los crímenes más odiosos y fué condenada y decapitada. Pocos días después, Enrique VIII se casaba con Juana Seymour, la tercera de sus seis esposas, bien desgraciadas todas las seis; con dos de ellas se divorció y a otras dos hizo decapitar.

UN ENIGMA DEL REINO ANIMAL

Uno de los enigmas que aun no han logrado descifrar los naturalistas es el odio mortal que demuestran los animales silvestres a los domesticados. Ese odio suele manifestarse más bien de un modo colectivo que individual. Así, se ha observado que, cuando por ejemplo, un grajo doméstico se escapa de su cautividad y va a refugiarse en una colonia de colegas bravíos, ocurre una cosa curiosísima: los grajos hacen círculo en torno del intruso como para juzgar su conducta, y luego de lanzar unos cuantos graznidos, se arrojan sobre él y lo matan a picotazos. Enseguida, y como si tuvieran por deshonorados aquellos lugares, se ve a la colonia de grajos levantar el vuelo e irse a instalar en otro sitio muy distante.

Al verificarse la última expedición antártica, advirtió el comandante inglés Scott que los perros de los trineos eran atacados sin piedad por sus hermanos los perros bravíos esquimales, cuyo aspecto es muy parecido al del lobo. No obstante las precauciones adoptadas por los expedicionarios, todos los pe-

rreros de arrastre fueron siendo destrozados por los bravíos, siendo digno de notarse que aquellos se daban cuenta del peligro que les amenazaba. Tal era así que apenas se apartaban diez metros de los costados del barco.

Pero si algún día por una causa u otra, se alejaban del campamento internándose en el desierto de hielo, eran inmediatamente descubiertos por uno de los perros salvajes, quien dando un penetrante aullido daba la señal a toda su bandada. Esta no tardaba en acudir, y en contados segundos, el perro imprudente quedaba hecho trizas a dentelladas.

De un modo análogo, el pacífico gato casero no tiene enemigo más mortal que el gato montés, si por desgracia cae entre sus garras; el conejo campestre aunque de suyo tímido e inofensivo, dará muerte sin compasión, a cualquier conejillo casero que se ponga a su alcance. Hasta los peces de "acuario" son muertos por sus colegas de los ríos o estanques no bien se les pone en contacto.



EFEMERIDES HISTORICAS

Algunos antecedentes respecto a la conducta de Napoleón.—Entra su hermano José en España. Primeros combates.—Preparativos para la batalla de Bailén.

Basta conocer el carácter español para convencerse de que el 2 de mayo fué la señal de una guerra a muerte. El sosiego de Madrid aterrado, que permitió enviar a Bayona el resto de la familia real, y que dió osadía a Napoleón para continuar su empresa, fué la tranquilidad que ordinariamente precede a los terribles cataclismos de la naturaleza.

En Bayona, según vimos en el capítulo anterior, después de las conferencias en que los padres de Fernando VII se quejaron amargamente de su hijo, se consumó la mayor de las iniquidades. Obligóse a Fernando el 6 de mayo a renunciar la corona en su padre, el cual, a su vez, el día anterior la había renunciado en Napoleón. Fernando y Carlos renunciaron a los derechos de su dinastía el 10, y nuevamente desde Burdeos, donde estaban en camino de Valencey, lugar señalado para su residencia y la del infante D. Antonio, que añadió su firma a dicho documento.

El Emperador, en cambio, como también dijimos, cedía a Fernando y sus descendientes sus haciendas de Navarra, libres de toda hipoteca, y prometía pagarle cuatrocientos mil francos de renta a él y a sus herederos y una pensión de seiscientos mil mientras viviere; estableciéndose las condiciones relativas a los infantes, que habían de observarse con tal que suscribieran el tratado, lo cual verificaron D. Antonio y don Carlos; el infante D. Francisco no firmó ninguno de aquellos actos, ya fuera por precipitación o ya por considerarle de menor edad. Así quedó terminada, con una ruina común, la contienda entre el padre y el hijo, así se reveló la trama concebida por Napoleón. Así cayeron, al impulso de la tiranía extranjera y de cuyos hilos había anudado y reanudado tantas veces la impericia y debilidad, las soberanías de Carlos IV, de Fernando VII y de María Luisa de Etruria, pues también ésta, habiendo faltado el emperador a todas sus anteriores promesas, tuvo que atenerse a la pensión que se le señaló y seguir la suerte de sus padres, suerte bien desgraciada por cierto.

Napoleón renunció su nueva corona el 25 de mayo en su hermano José, rey de Nápoles, que cedió la suya a Murat, y se preparó a tomar posesión de sus nuevos dominios, llevando en la mano la constitución que se figuró hecha en Bayona por una asamblea de notables nombrados por el emperador. Esta constitución ofrecía un simulacro de libertades políticas y civiles como la imperial de Francia.

Napoleón había conseguido su objeto.

Precisamente todos los pasos que había venido dando hasta entonces no tuvieron otro objetivo que el que acababa de alcanzar en Bayona.

Algunos párrafos de una de las cartas dirigidas a Fernando nos lo demuestra ya.

“En cuanto a la abdicación de Carlos IV, decía, ha tenido efecto en el momento en que mis ejércitos ocupaban la España, y a los ojos de la Europa y de la posteridad podría parecer que yo he enviado todas esas tropas con el solo objeto de derribar del trono a mi aliado y a mi amigo. Como soberano vecino debo enterarme de lo ocurrido antes de reconocer esta abdicación. Lo digo a V. A. R., a los españoles, al universo entero: si la abdicación del rey Carlos es espontánea y no ha sido forzado a ella por la insurrección y motín sucedido en Aranjuez, yo no tengo dificultad en admitirla y en reconocer a V. A. R. como rey de España. Deseo, pues, conferenciar con V. A. R. sobre este particular.

La circunspección que de un mes a esta parte he guardado en este asunto debe convencer a V. A. del apoyo que hallará en mí, si jamás sucediese que facciones de cualquiera especie vinieran a inquietarle en su trono. Cuando el rey Carlos me participó los sucesos del mes de octubre próximo pasado, me causaron el mayor sentimiento, y me lisonjeó de haber contribuido por mis instancias al buen éxito del asunto del Escorial. V. A. no está exento de faltas: basta para prueba la carta que me escribió, y que siempre



El General Castaños



José Bonaparte

he querido olvidar; siendo rey sabrá cuán sagrados son los derechos del trono: cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano extranjero es criminal. El matrimonio de una princesa francesa V. A. R. debe recelarse de las consecuencias de las pueblos, y, sobre todo, como una circunstancia que me uniría con nuevos vínculos a una casa a quien no tengo sino motivos de alabar desde que subí al trono. V. A. R. debe recelarse de las consecuencias de las conmociones populares; se podrá cometer algún asesinato sobre mis soldados esparcidos, pero no conducirán a la ruina de España. He visto con sentimiento que se han hecho circular en Madrid unas cartas del capitán general de Cataluña y que se ha procurado exasperar los ánimos. V. A. R. conoce todo lo interior de mi corazón: observará que me hallo combatido por varias ideas que necesitan fijarse; pero puede estar seguro de que en todo caso me conduciré con su persona del mismo modo que lo he hecho con el rey su padre. Esté V. A. persuadido de mi deseo de conciliarlo todo y de encontrar ocasiones de darle pruebas de mi afecto y perfecta estimación. Con lo que ruego a Dios os tenga, hermano mío, en su santa y digna guarda. En Bayona, a 16 de abril de 1808.—Napoleón.”

Y como si esto no fuera prueba suficiente, todavía podemos citar algunos párrafos de las conferencias que había celebrado con Izquierdo, respecto a los cuales dice un historiador de nuestros días, refiriéndose a lo manifestado por el mismo emperador:

“Mi alianza con el padre no me liga en manera alguna con el hijo, que se ha ceñido la corona en medio de un tumulto. Una revolución, cualquiera que ella sea, en el gobierno de un Estado, pone en suspenso, cuando menos, la obligación de la otra parte

contratante, libre no sólo en tales circunstancias de rescindir los pactos onerosos que se hubiere impuesto, sino hasta de negar su reconocimiento al Gobierno o al Monarca que la revolución ha producido.” Previendo luego lo que podía suceder, brindóse a sostener a Carlos IV en caso de haber sido violentado; pero “si resignado a los sucesos, añadió, prefiere libremente retirarse y abandonar el reino a su heredero, no hay con éste nada que me ligue sino la ley común de las naciones, y quedo en libertad de hacer lo que convenga a mi sistema de política y a mis proyectos contra Inglaterra. De todos modos, con el padre o con el hijo, tratados nuevos son precisos”.

En otra ocasión, después de conferenciar con monsieur Tournou, único agente francés que, según monsieur Thiers, reprobaba la conquista de España, manifestó el emperador algo dudoso. Vémosle preguntar a Izquierdo si los españoles le querían como soberano y escribir a Murat una carta en 29 de marzo, en la que revela sus temores y consigna máximas que, por desgracia de todos, no cuidó de aplicar en el momento preciso. “Lo sucedido en Aranjuez, le decía, ha complicado extraordinariamente los acontecimientos; me encuentro en la mayor perplejidad. No creáis atacar a una nación desarmada... La revolución del 20 de marzo prueba que los españoles tienen energía; tenéis que habérsela con un pueblo nuevo, que tiene todo el valor y entusiasmo que se encuentran en hombres a quienes no han gastado las pasiones políticas... La aristocracia y el clero son dueños de España, y si llegan a temer por sus franquicias, provocarán contra nosotros alzamientos en masa que podrán eternizar la guerra. Yo tengo ahí partidarios, pero si me presento como conquistador, los perderé todos... El príncipe de Asturias no posee ninguna de las cualidades necesarias al jefe de una nación, pero esto no impedirá que para oponérnosle se le convierta en héroe... España tiene más de cien mil hombres sobre las armas... Mi opinión es que no debemos precipitarnos y que conviene aconsejarse de los acaecimientos... Haced de modo que los españoles no puedan sospechar el partido por que yo me decidiré, cosa no difícil, porque yo mismo lo ignoro... Procurad haceros partid... Si llegara a encenderse la guerra estaría todo perdido. La política y las negociaciones son las únicas que deben decidir los destinos de España.”

En 30 de marzo se recibieron en París nuevas comunicaciones de Murat que produjeron la no remisión de la carta anterior, y Napoleón volvió con más fuerza a su resolución primitiva.

En vista de todo lo expuesto, puede comprenderse perfectamente que Napoleón había procedido con entera premeditación, creyendo al fin segura la ocupación del trono de España por uno de los suyos; pero no contó con el pueblo, y éste precisamente fué el que le dió la gran lección.

La primera declaración de guerra partió de la Junta general del Principado de Asturias, la cual envió

comisionados a Inglaterra participándole su decisión y pidiéndole ayuda.

Todas las provincias se aprestan, el grito de insurrección se escucha por todas partes, y la ciudad de León, y La Coruña, y Santander, y las provincias meridionales, a las cuales había llegado el famoso parte del alcalde de Móstoles (1), todas se pusieron en movimiento.

El día 9 de junio entró José Bonaparte en España y el 12 peleó en Cabezón el general D. Gregorio de la Cuesta con el mariscal Bessieres.

Los españoles, vencidos en esta acción, volvieron a la carga en Ríoseco el 14 de julio con mayores fuer-

zas; también fueron desbaratados; mas no por eso dejaron las provincias de Galicia y León de preparar nuevos soldados y nuevos ejércitos. La parte septentrional de Portugal se sublevó contra Junot, e hizo causa común con los españoles.

Entre tanto se decidía el resultado de esta primera campaña en los campos de Bailén por el general Castaños, Dupont había salido de Toledo para ocupar la Andalucía, país donde había muchas tropas y grandes recursos militares.

Disipó fácilmente en Alcolea algún paisanaje armado, entró en Córdoba y la saqueó.

Pero al ver que marchaba contra él el general don Francisco Javier Castaños con un ejército numeroso y bien disciplinado, se retiró a Andújar a esperar las divisiones de Vedel y de Gobert, que se le enviaban de refuerzo, y su contrario se puso en frente de él en la izquierda del Guadalquivir.

(1) Este famoso documento, expedido por un alcalde de un pueblecillo inmediato a Madrid, decía así:

"Madrid parece víctima de la perfidia francesa. Españoles, acudid a salvarle. Mayo 2 de 1808.—El alcalde de Móstoles."

Presagios que anuncian muerte

Son muchas las familias aristocráticas inglesas, especialmente en las de origen celta, donde existe el presagio de muerte, manifestado en una u otra forma. En la de los Hastings es el ruido hecho por una carroza fantasma, que se aparece a algunos miembros de la familia un mes antes de su muerte. El último Lord Hastings, fallecido en 1868, fué víctima de la terrible aparición. Encontrábase el noble señor en su palacio comiendo en compañía de su familia y de varios amigos, cuando de improviso llegó a los oídos de la hermana del prócer el rumor de un coche rodando sobre la arena del parque.

Lord Hastings, para quien tampoco había pasado inadvertido el rumor, preguntó a un criado si sabía quién era la persona que llegaba. Ante la contestación negativa del sirviente, levantóse Lord Hastings de la mesa y salió del comedor. A los pocos segundos volvió a entrar pálido como un difunto. Sonriendo forzosamente, dijo a sus convidados: "He recibido, amigos míos, el aviso fatal para los Hastings. De hoy en un mes habré muerto". Lo que se verificó puntualmente.

En la familia de los Argyl presagia la muerte la aparición imaginaria de otra carroza, mientras en la de los Rosslyn la encargada del terrible anuncio es, ya una lucecita misteriosa brillando a través de una ventana en la mansión señorial, o bien una "Dama blanca" por el estilo de la que persigue a los Hohenzollern.

El castillo de Glamis, el más famoso de los castillos "encantados" británicos, y cuyos aposentos no se ha atrevido nadie a explorar desde hace muchos siglos, posee también su "Dama blanca", presagidora de muerte próxima entre la familia de los Strathmores, dueños del edificio. Según la leyenda, una Etrathmore pereció quemada en Edimburgo, acusada de hechicería, siendo su fantasma el que se encarga de la triste misión de anunciar a los individuos de esa familia el término de la vida.

Los Airlie tienen como avisador de ultratumba a

cierto tamborcillo fantástico, terror de los aldeanos de la región. Parece ser que, hace ya muchos siglos, un señor de Airlie, exasperado por el largo asedio de que era objeto su castillo, apretó a un tambor de los sitiadores, niño de catorce años, enviado como parlamentario, y después de mandarlo meter dentro del instrumento, ordenó que lo arrojasen desde lo más alto de la torre del homenaje. Desde aquella época, siempre que ronda la muerte a cualquiera de la casa de Airlie, es oído el redoble de un tambor, no sólo por los "interesados", vamos al decir, sino hasta por personas extrañas. Hace cincuenta años oyó el redoble fatídico cierto turista que se encontraba aposentado en el castillo. A la semana justa fallecía el entonces Lord de Airlie. La muerte del último poseedor del título fué precedida de un hecho no menos extraño. Hallándose guerreando en el Sur de Africa, trataron un día los oficiales de su regimiento de izar una bandera sobre la tienda del coronel. El pabellón se negó repetidas veces a ser izado, por lo que hubo de desistir del empeño. Al caer la noche fué atacado el campamento por el enemigo, muriendo en la primera descarga Lord Airlie, quien había interpretado el suceso de la bandera como un presagio funesto para él.

Otra familia aristocrática inglesa, los Fletchers, tiene como anuncio de muerte la aparición de una fantástica bandada de pavos reales, mientras los Gormanstons se echan a temblar no bien imaginan ver una bandada de zorros espectrales aullando bajo las ventanas del castillo señorial. Pero de todos los presagios de referencia, el más poético es el de la familia irlandesa de los Lamberts. Ante la casa de sus mayores existe un olmo viejísimo, que ofrece la extraña particularidad de que siempre que va a morir uno de los Lamberts se desprende una rama. A veces no subsigue el fallecimiento de un Lambert a la ocurrencia del presagio; pero esto no merma un ápice entre las gentes del país el triste crédito que les merece el viejo olmo.

LAS ESCUADRAS EN EL MAR LA TACTICA DE COMBATE

No deja de ofrecer interés, para los ejércitos terrestres, como las flotas maniobran y combaten, hoy que tan diversos son sus componentes.

Por regla general, las fuerzas navales de un país, constan de varias escuadras y éstas, a su vez, de varias fracciones que en casi todos los países se llaman divisiones y constituyen la unidad de combate.

El carácter distintivo de la división es que sus barcos o unidades sean homogéneos, lo más posible, en cuanto se refiere a tonelaje, armamento y velocidad.

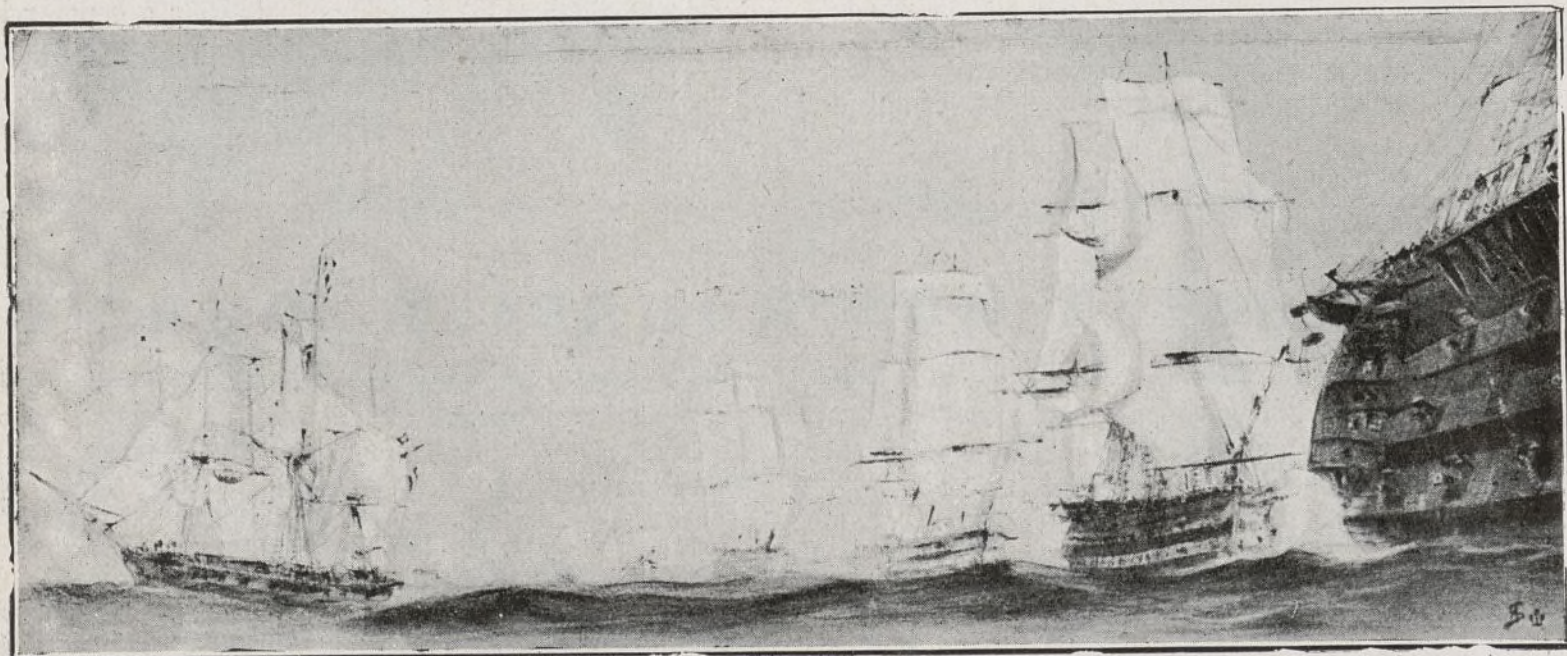
Las altas unidades llamadas escuadras, además de

formación, los navíos insignia de la escuadra, resultan en línea.

Además, pueden las flotas formar variadas columnas, siendo su frente el de las distintas fracciones, como ocurre en todas las tácticas.

Hay también las *marchas angulares* de ataque y retirada: en la primera, el vértice va en vanguardia; en la segunda, constituye la retaguardia, constituyéndolo, en ambos casos, el buque-insignia.

Para pasar de un orden a otro, las unidades de todos los órdenes, pueden emplear dos procedimien-



Las antiguas escuadras de navíos presentaban magnífico aspecto cuando el viento permitía que desplegasen todo el volumen de sus velas y aparejos

las divisiones de combate, lleban barcos porta-aviones, flotillas de torpederos, contratorpederos y submarinos y fuertes convoyes de carboneros, petroleros, barcos talleres y aprovisionadores de todas clases.

Cada división tiene un número fijo dentro de la escuadra en que pertenece y por él, se le asignan puestos y misiones, en marcha y en el combate, conservando dicho número, en todo momento.

En las divisiones, cada barco tiene su número igualmente; uno invariablemente, es el que enarbola la insignia de mando: a su bordo va el jefe de la división, en todos los casos.

Las diferentes órdenes de maniobra de las flotas son las siguientes: *Hilera*, en la que van los barcos, uno detrás de otro, a 400 metros de distancia; *Hinea* o disposición en que las naves, intervaladas 400 metros, marchan a una misma altura; *orden de maniobra*, consistente en desplazarse las unidades, siguiendo una línea oblicua, cuyo ángulo con la de marcha es generalmente de 450 (escalones); *orden de columna*, formado por las distintas divisiones, en hilera, con el barco almirante en cabeza, por lo que, en esta

tos, siendo el mando quien designa el que deba emplearse.

Por uno de ellos, los navíos van a su puesto en la nueva formación, siguiendo líneas geométricas determinadas por la táctica, constituyendo característica de la evolución, el llegar las unidades sucesivamente, puesto que se les marca rumbo y velocidad.

Por el segundo procedimiento, los barcos rompiendo momentáneamente su enlace con los demás, se dirigen al nuevo puesto por *el camino libre más corto*, ajustando la velocidad, al principio de llegar lo antes posible.

Adoptado un orden de marcha, sólo en tres casos, pueden las unidades separarse de él, siempre lo más momentáneamente posible, para salvar a un hombre caído al agua; en caso de avería en la maquinaria o timón; para evitar un abordaje o un peligro inminente.

De día, el almirante jefe, trasmite sus órdenes por telefonía sin hilos o con banderas; de noche, estas últimas se constituyen por luces de color variado.

Para facilitar la transmisión, barcos rápidos, ge-

neralmente torpederos y contratorpederos, mandan a los costados de las divisiones y repiten las señales del navío almirante.

El punto difícil de la que pudiera llamarse navegación militar, consiste en sostenerse en el puesto señalado.

Unico procedimiento para ello, es el aumento o disminución de velocidad, sin embargo, el oficial del cuarto, ha de tener presente los trastornos que los cambios bruscos originan y que están en relación con el tonelaje; sólo una vigilancia constante puede evitar lo que, repetido muchas veces, acaba por aniquilar a una tripulación.

En circunstancias normales, no siendo en guerra, las evoluciones de los barcos son matemáticas; el golpe de vista táctico del mando y la destreza de las tripulaciones son los únicos factores; es un problema de práctica.

En combate varía la cosa; ni puede el mando acudir a todos los detalles de acción, ni éste puede sustraerse al aspecto, más o menos favorable que en cada momento tome la lucha.

Una de las mayores dificultades proviene de que el jefe superior tenga que someterse a estar en una nave; aunque en la formación de ataque va siempre delante, si mira al enemigo, no ve cual se cumplen sus órdenes y si vigila ésto, no podrá atender a las amenazas de aquél. Sobrevienen fácilmente las dudas

y vacilaciones que siendo fundadísimas, no por ello dejan de perjudicar grandemente el buen desarrollo del combate.

Las señales no se advierten siempre con la rapidez que sería de desear; a veces, una avería o cualquier contratiempo, retarda en verlas y el comandante de la nave a quien van dirigidas, piensa si será ya tarde vacila y con vacilaciones no hay triunfo posible.

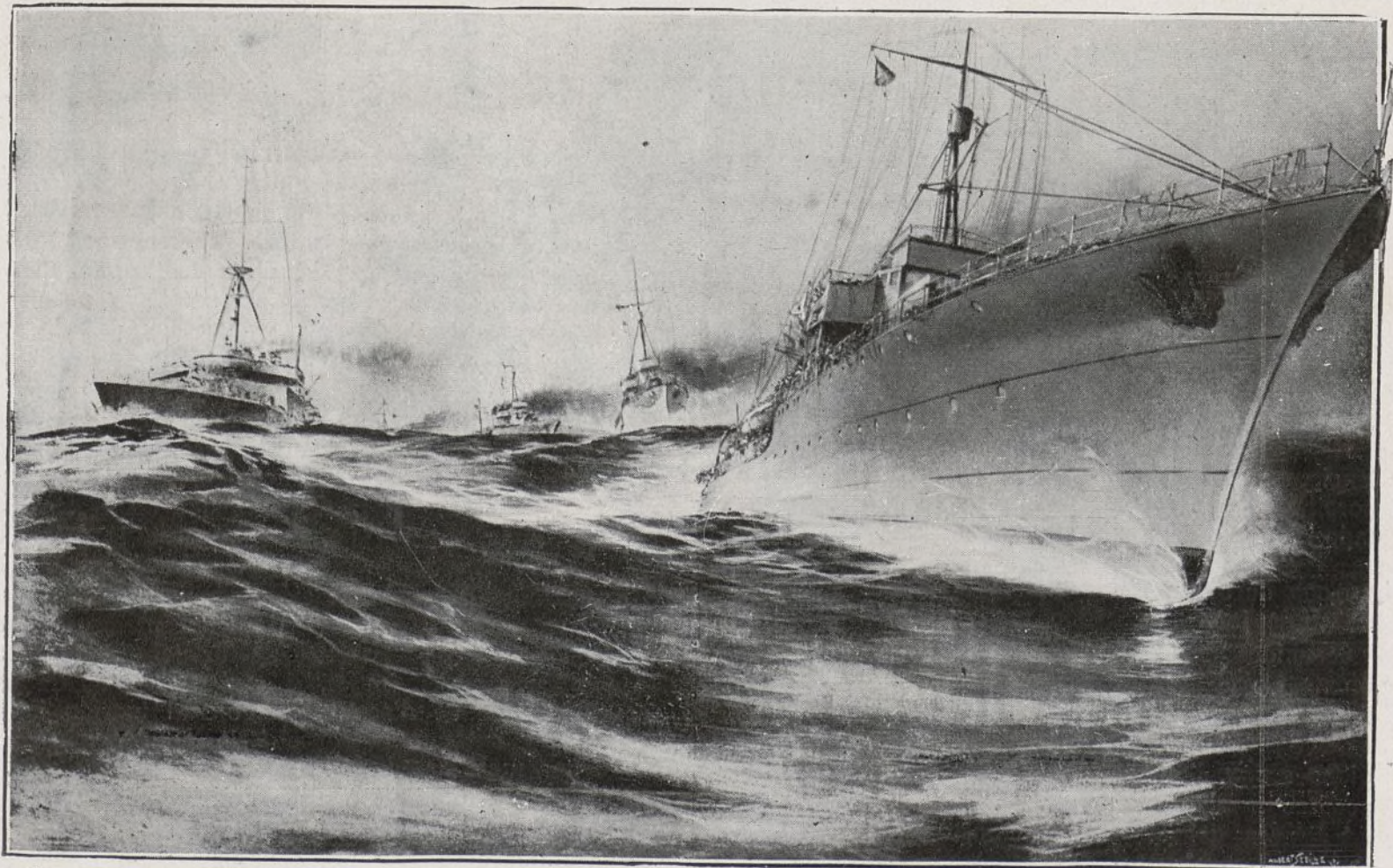
En el caso de que el Almirante sea muerto o herido, la sucesión de mando en el fragor de la batalla es por completo imposible.

En la batalla de Trafalgar, la muerte del Almirante Nelson no fué conocida en la escuadra inglesa hasta horas después del combate.

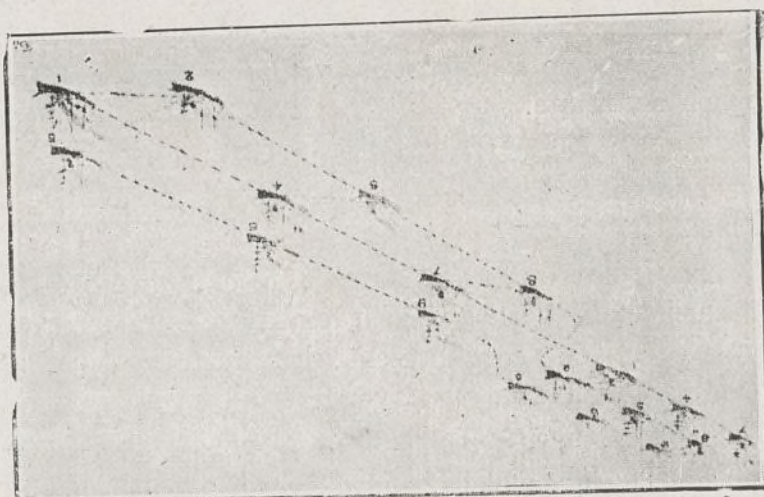
En el homérico combate de Tsushima, en la guerra Ruso-Japonesa, el Almirante Rojestvenskii, gravemente herido, no pudo encargar el mando a quien le seguía y la escuadra rusa combatió sin orden ni concierto; nada pudieron el heroísmo que noblemente ensalzaron sus enemigos los japoneses.

Los técnicos aconsejan, para obviar tal inconveniente, que el jefe de una escuadra advertida la posibilidad del combate, vista la situación de los combatientes concibe varios planes que comunicará a las divisiones, abarcando en aquéllos, el mayor número de casos posible.

En la realidad ¿puede pedírsele a un hombre seme-



Los nuevos tipos de cruceros de la escuadra francesa evolucionando a toda velocidad durante las últimas maniobras.



Las antiguas maniobras de las escuadras a vela. Una escuadra en columna pasando al orden de grupos de combate y una escuadra marchando en columna pasando a la línea de combate

jante esfuerzo de previsión? la experiencia, el sentido de lo que sucede aconseja llegar donde se pueda y nada más.

En la guerra, lo mismo si es su teatro la tierra, el aire o el mar, el ideal sería que el mando no se viese precisado a resolver situaciones difíciles en momentos en los que sólo un ser superior sería capaz de discutir con frialdad.

Pero nunca o casi nunca, pueden los ideales realizarse y de ahí la frecuencia con que es agente táctico-resolvente el ¡sálvese quien pueda!—puesto en

práctica por uno de los combatientes cuando no por los dos.

Lo expuesto sobre dificultades para el mando, es el principal argumento en favor de la que pudiera denominarse Escuela ofensiva.

El que ataca es más dueño de la situación, tiene mayor libertad en sus movimientos, puede llevar la acción con vigor, rapidez y precisión.

De Epaminondas a nuestros días, ni la estrategia, ni la táctica en su esencia, variaron lo más mínimo.

TESTAMENTOS EXCÉNTRICOS

El testamento es algunas veces la última arma de que se valen las personas de mala sangre para fastidiar a los que quedan o para procurarse una venganza. Pues, ciertamente, hay almas grandes que se complacen en mortificar hasta después de estar en el infierno.

A esa categoría de ciudadanos pertenecía cierto alemán llamado Herr Feller, riquísimo cervecero de Thun. Teníale éste ojeriza a un conterráneo suyo, concejal, y al que, según decía el cervecero, jamás había podido fastidiar.

Feller estaba inconsolable, cuando, gravísima dolencia, poniéndole a las puertas de la muerte, le proporcionó el medio de hacer la pascua al sujeto detestado. A ese efecto, dispuso aquel por testamento que se entregasen a la beneficencia municipal unos 150.000 duros, siempre que el individuo en cuestión no fuese jamás reelegido para la concejalía.

Reunidos en sesión los ediles examinaron atentamente el caso. A la verdad, el erario municipal estaba un poco escaso y aquellos miles de marcos le caían como gota de agua en tierra agostada. Pero, dicho sea en honor de la corporación, ésta se negó a aceptar el legado, yendo a parar el dinero a los descendientes del rencoroso industrial.

Un rico mercader de Odessa, muerto hace pocos años, no tenía más herederas que cuatro sobrinas, con las cuales había estado siempre en dimes y di-retes, debido a la escasa afición al trabajo demos-

trada por las muchachas. Murióse el mercader, e imagínese cual no sería la sorpresa de las sobrinas cuando se enteraron de que para disfrutar la herencia del tío, imponía éste por condición el que sus sucesoras, habían de servir en la ciudad como criadas o doncellas, durante quince meses. Teniendo en cuenta las interesadas que se trataba de ganar cuatro millones de rublos mediante un sacrificio pasajero, acordaron que dos de ellas se pusieran a servir, repartiéndose luego el millón por barba.

Las dos muchachas designadas ciñeron el blanco mandil y manejaron la escoba el tiempo marcado. mas, cuando fueron a reclamar la herencia en nombre de las cuatro hermanas, se encontraron con que, por un codicilo, el mercader disponía que en el caso de trabajar unas y otras no, se entregase la totalidad de la herencia a las primeras, dejando sin un cuarto a las segundas. Lo que fué ejecutado inexorablemente.

Y vaya otro caso de testamento excéntrico. Un posadero de una aldea cercana a Norwich (Inglaterra) estaba harto de su mujer, la que tenía más de bachillera que de discreta. Llególe al marido la de morir, y entonces aprovechó la ocasión para jugarle una mala pasada a su costilla, a quien dejó heredera de una bonita suma a condición de que al llegar todos los años el aniversario de su fallecimiento se encaminase con los pies descalzos y una vela encendida a la plaza del pueblo, y leyere públicamente una confesión de los malos ratos hechos pasar al posadero. La penitenta rehusó de plano la herencia.

Andorra es un país de leyenda: leyendas son la mayor parte de las versiones publicadas acerca de su origen; como leyenda también puede considerarse el nombre pomposo de "república" o de "estado" de Andorra con que le llaman la generalidad de las gentes.

La verdad es que los andorranos, lejos de ser libres, estaban sometidos antiguamente a un régimen extremadamente duro. En el convenio que lleva el nombre de Patriatjes, que firmaron en 1278 los dos señores de aquellos valles, el obispo de Urgel y los condes de Foix, se declara que los condes podrían imponer los tributos que tuvieran por conveniente, y que uno y otro señor podrían armar la gente que quisieran para la guerra siempre que no fuese para emplearla uno contra otro.

La situación privilegiada de que hoy disfrutan los andorranos es de fecha reciente. La federación de las parroquias era muy frecuente en aquellas comarcas durante la Edad Media, en que abundaban las dificultades de comunicación con las villas vecinas y la comunidad de intereses.

Mas no por eso es Andorra una república, aun cuando otra cosa parezcan creer sus representantes. Cuando un país paga a otro los impuestos y recibe de él sus jueces y los jefes de su milicia y no pueden tratar directamente con el extranjero, no es *sui juris* y no constituye

Estado. La única definición que conviene a Andorra, a su pasado lo mismo que a su organización actual, es la de que los valles forman un señorío indiviso entre el obispo de Urgel y Francia como representante de los condes de Foix. Cuando a la soberanía, no hay que remontarse mucho en la historia para encontrar los primeros documentos en que el obispo se titulaba: "Príncipe soberano de los valles de Andorra".

* * *

La organización de aquel territorio es muy curiosa. El gobierno de los valles está confiado al consejo ge-

neral, a los consejos de parroquia y a los consejos de *cuarto*, o barrio. El consejo general tiene su asiento en la casa de la Vall: se compone de seis cónsules mayores, seis cónsules menores y doce consejeros; después de dos años de ejercicio los cónsules toman durante un período de tiempo el título de consejeros. Son electores todos los jefes de familia (*cap de casa*)

mayores y andorranos o casados con una andorrana domiciliados en el país con tres años de anterioridad.

El elegido tiene que aceptar el cargo si no ha estado en funciones durante cuatro años; las funciones públicas son obligatorias hasta la edad de la *jubilació*, o sean sesenta años.

Al frente del consejo general está el síndico procurador general asistido de un síndico; se les puede comparar a un alcalde y a su teniente alcalde. Cada parroquia tiene su consejo o *comú*, compuesto de dos cónsules mayor y menor y de doce consejeros. Por último, los cabeza de familia forman los consejos de cuarto o barrio.

* * *

En Andorra se practica una especie de socialismo. El médico está retribuido por el con- jo general y sometido a una tarifa máxima.

Las carnicerías son del común.

La fuerza armada se compone de todos los jefes de familia y bajo el mando de los vegueres y los baylios. Está organizada

por parroquias y cada una de éstas tiene su capitán y dos oficiales subalternos llamados *deceners* (decu- riones) nombrados por el consejo general con apro- vación de los vegueres. Esta fuerza pública es seden- taria; como guardia móvil sólo existe una ronda de seis hombres creada en 1881 cuando las perturbacio- nes que tanto dieron que hablar. Todos los milicianos tienen obligación de poseer un fusil y municiones en buen estado.

* * *

Bajo el punto de vista de los impuestos, Andorra es el país más feliz de Europa. Prescindiendo del diezmo que deben al obispo, como diocesano suyo y



La casa de la Vall.

que no hace mucho se negaron a pagar, los andorranos no están sujetos a más pagos que el de la *quistia* o tributo a los señores de los valles, tributo que asciende sólo a 4.000 sueldos catalanes para el obispo y 6.000 para Francia, en total unas 1.333 pesetas. Se hace efectivo por una especie de capitación impuesta sobre los cabezas de familia con arreglo a las cabezas de ganado y a los montones de mieses que cada uno tiene o recoge.

El producto de las cortas en los montes, de los arriendos de prados y de los mesones, tabernas y arnicerías forman la renta pública de Andorra, unido con lo que sobra del reparto para la *quisquia*.

Por último, Andorra tiene bandera propia, aun cuando no es Estado.

Se compone de tres colores: amarillo y rojo por España y rojo y azul por Francia.

La lengua que se habla en los valles es el catalán.

* * *

En tre España y Francia ha habido siempre algunas rivalidades en cuanto al predominio y la influencia sobre Andorra. Los montañeses se aprovechan de esas

rivalidades para sacar siempre el mayor partido posible de una y otra nación. Ahora están picados con nosotros desde que se declaró en suspenso la franquicia aduanera que beneficiaban los productos de Andorra a su entrada en España. Francia, aprovechando el pique, ha hecho en estos últimos tiempos tales concesiones a los andorranos que los hacen de mejor condición que los mismos franceses.

Cuando en el año 1883 establecieron los franceses una línea telegráfica, los andorranos arrancaron los postes; Francia perdonó la afrenta, volvió a tender los hilos y creó estaciones telegráficas gratuitas para comunicación en el interior de los valles.

Desde el año 1867 los productores de Andorra entran libres de derechos de aduanas en Francia, lo cual ha hecho que los departamentos vecinos se quejen amargamente de que los andorranos al abrigo de aquella franquicia, introduzcan cantidades enormes de contrabando en Francia.

Todos los halagos son, sin embargo, inútiles: los andorranos quieren ante todo y sobre todo conservar incólume su situación independiente que les permite eximirse de la carga del servicio militar y del pago de impuestos.

Prisión Central de San Miguel de los Reyes

Señor Director de ARMAS Y LETRAS.

Muy distinguido y respetable señor nuestro. Cada vez que las circunstancias son extraordinarias en nuestra Patria y creemos propicias a la consecución de alguna gracia, que pueda aminorar nuestra triste situación de penados, volvemos nuestros ojos (esos ojos enrojecidos por el continuo llorar hacia aquellas personas que por su significación, valer, y reconocido amor al que sufre, puedan contribuir directa o indirectamente a la reanización de nuestras aspiraciones.

Hoy que nuestro Gobierno, en desusado y unánime acuerdo con la pública opinión, se apresta a la celebración del 25 aniversario de la Coronación de nuestro augusto monarca el Rey Don Alfonso XIII, acto que por lo remoto en la Historia de las Monarquías Hispanas, ha de revestir caracteres de extraordinaria brillantez y pompa, llevando consigo, dada la magnanimidad del egregio festejo, la distribución de mercedes, prevendas, mandas y privilegios, no dudamos que una leve indicación de piedad hacia los presos, ha de ser atendida con cariño por nuestro Monarca, atento siempre a derramar el amor entre sus súbditos y a suavizar con caritativa mano, la rigurosidad de unos fallos, que aunque aplicados con arreglo a una Ley, resultan enormemente despiadados por la excesiva severidad de las condenas que determina el vigente Código Penal.

No incurriremos en la pesadez de historiar a usted nuestros sufrimientos, nuestros dolores, nuestros desengaños y las esperanzas que tenemos en un porvenir risueño de retorno a nuestros hogares.

¡Somos presos!... Somos hombres, la mayoría de los cuales, arrancados de nuestros hogares en el rellano de nuestra vida por ministerio de la Ley y a consecuencia de delitos cometidos en momentos en que el hombre deja de serlo, para convertirse en ejecutor de un acto inconsciente que dejenera en delito y que más tarde, al retorno de su ser al raciocinio, se pregunta enloquecido por las tristes consecuencias que acarrea su acto "¿qué he hecho?"

¡Somos presos!... Somos hombres, la mayoría de paradas, sin el consuelo de una mano protectora, que cariñosamente les aparte de un caminar incierto en esta inquietante vida de lucha continua por alcanzar honradamente "el pan nuestro de cada día"...

Por ellos, por esos seres infelices, sobre los que, a pesar de su inocencia, cayó el peso de la condena más que sobre nosotros mismos, suplicamos humildemente a usted que por cuantos medios estén a su alcance, alce su autorizada voz en súplica de que nuestro Monarca, con motivo de su 25 aniversario de las Bodas de Plata con la Corona, que para gloria de la misma, ciñeron las Augustas sienes de los Católicos Reyes, conceda un amplio y general indulto que lleve la alegría a nuestros corazones y la dicha a nuestros hogares en donde hoy todo es desdicha y dolor.

Miles de corazones guardarán eternamente hacia usted el reconocimiento más sincero por tan caritativa obra de misericordia.

Respetuosamente se lo suplica en nombre de todos los presos de España,

EMILIO POLO.

Valencia, 1927.



El toque de silencio en el campamento

Había terminado el primer período activo de aquellas ansiadas operaciones. Tazaru⁺, la guarida del Raisuni, el poblado en que reposan los restos de los antepasados del Cherif y que, no obstante sus juramentos, no osó defender, ¡señal inequívoca de la cuantía de sus partidarios!, estaba en poder de nuestras tropas. Es cierto que fué excesivo su precio; González Tablas y todos los jefes, oficiales y tropa que en la operación sucumbieron, valían más que el resultado, pero no lo es menos que el Ejército se sacrificó una vez más, para demostrar al país que estaba en condiciones de vencer la rebelión que era el valladar opuesto al establecimiento del protectorado.

Tras el descanso de la Pascua mora que las fuerzas indígenas habían celebrado en Alcázar, se reanudaba la actividad en el campamento que la columna del heroico general Sanjunjo había establecido en Mexerah. Muy pronto se operaría a fondo sobre Zauia de Sidi Issef Tilidi, refugio del fanatismo del Ajmás, y la columna había sido reforzada por dos tabores de Regulares de Tetuán y la 3.^a Bandera del Tercio.

Los legionarios habían llevado al campamento su sano optimismo de fuerzas de choque, sus cantos guerreros, su porte marcial... Las cantinas habían adquirido su máxima animación, y el vino de Jerez, ¡oh poder mágico de la sugestión!, se consumía en proporciones que sólo podía explicar el manso Bakrús que corría perezoso y ventrudo a buscar por el Lucus su camino hacia el mar.

Había transcurrido el día sin acontecimiento notable; durante las horas en que el Padre Sol estrenó sus rigores, todos los jefes, oficiales y tropa que no tenían servicio, se habían dispersado huyendo de la atmósfera abrasadora de la tienda de campaña; unos

leían o escribían a la sombra placida de los improvisados *garigolos*, los más dormitaban en la fresca umbría que formaban los árboles añosos... Más tarde el aeroplano que traía el correo del General, volando inverosímil por el fondo de los valles y provocando el entusiasmo de la columna al pasar rozando el tren de aterrizaje con la galleta de las tiendas... Luego, hasta que el sol se ponía hundiendo su disco de fuego en el Océano, el *paseo*, que amenizaban las bandas de los batallones de Cazadores con sus composiciones retozonas, sus aires de cabaret, sus cantos de España, sus himnos patrióticos coreados con entusiasmo por hombres ansiosos de luchar y de vencer.

Anocheado, las compañías que regresaban de proteger los caminos, esos caminos que merced a la vigilancia del soldado podían recorrer libremente el comerciante, el industrial, el viajero; luego la retreta, las luces castellanas de las tiendas, la refacción y finalmente la charla amena, el comentario de los hechos guerreros las cábalas sobre las operaciones futuras...

Sonó, como siempre, aquella noche el agudo cornetín del Cuartel General dando la orden imperativa de silencio, que repitieron obedientes los cornetines de los demás Cuerpos, de extremo a extremo del campamento. De pronto el toque rígido y prolongado que llama al descanso, es sustituido por las notas melancólicas de unas guajiras tocadas con tal sentimiento, que el alma de España pareció adentrarse en el corazón de aquellos guerreros que, hondamente emocionados, suspenden hasta la respiración para oír mejor. Un silencio absoluto, sepulcral, reina en el campamento; sólo las notas del cornetín siguen conmovedoras.

Son ahora unas malagueñas, y luego una jota, y después unas sevillanas... ¿Quién es el artista que así hace vibrar las almas de los soldados, haciendo humedecer sus ojos con lágrimas de alegría, que ha conmovido al campamento levantándolo en vilo, sosteniendo su atención de aquella manera intensa y conmovedora?

La contraseña, rápida y vibrante, nos ha dado la clave:

Legionarios a luchar
Legionarios a morir.

Una ovación estruendosa estalla en el augusto si-

lencio del campamento de Mexerah en medio de atronadores vivas a la Legión. Un aplauso formidable en el que han intervenido, desde el general Sanjurjo hasta el último de los 10.000 hombres de su heroica columna.

Ya el silencio más absoluto reina en el campamento; las luces se apagan, todo reposa merced al servicio avanzado de seguridad, que vigilante y atento guarda el sueño de sus hermanos.

¿Qué pensarían las guardias enemigas que vigilan nuestros movimientos, de esta ovación formidable, jamás oída en los inhospitalarios riscos de Beni-Sicar y Beni-Issef?

ANIMALES BORRACHOS

No es patrimonio exclusivo del hombre la afición a la bebida. También los pájaros, los insectos y hasta los peces se emborrachan cuando se les presenta la ocasión.

Las cabras, los cerdos y los ratones son especialmente dados a la bebida. A los cerdos no hay cosa que más les guste que la cerveza, y si se les deja beber vuelven a la pocilga tambaleándose.

Un caso de los más notables de embriaguez entre las aves, ocurrió durante un concurso de palomas mensajeras. Desde Tours fueron conducidas cuatrocientas veintinueve palomas a la Bohalle, donde se verificó la suelta, pero de todas ellas sólo cuarenta supieron volver a su casa; las restantes se hallaban con una borrachera más que regular.

Los propietarios de las palomas no sabían a qué atribuir la falta de regreso de la mayoría de las aves. Las cuarenta que llegaron estaban completamente embriagadas, pero esto no explica la falta de las otras hasta que practicada una investigación se supo que el vagón donde iban las cestas de las palomas llevaba también una carga de pasas de Corinto, y las aves se habían emborrachado por beber el zumo que exudaban las pasas.

Como caso de depravación entre las aves, es aún mucho más sorprendente el que ocurrió en Escocia en una granja, donde entre otros animales, se criaban gansos. El dueño de la finca se quedó un día atónito al sentir un gran ruido y ver que quienes lo producían eran los gansos que venían brincando, picándose y graznando como locos; pero en realidad estaban borrachos, cosa que podrá parecer muy di-

vertida a cualquiera menos almo de las aves, porque desde que cogieron la primera borrachera no volvió a hacer carrera de ellos. El tiempo que no empleaban en beber se lo pasaban durmiendo. La "taberna", digámoslo así, donde iban a libar, era una charca contaminada con las heces de una destilería que había al lado, y todos los gansos se tornaron dipsómanos inútiles.

La misma abeja, tan industriosa y tan formal, no está libre de caer en la tentación de la bebida. Todos los apicultores saben que el insecto suele emborracharse a menudo con el néctar de ciertas flores, como por ejemplo, las que reproduce una especie de sauce, que son de gran tamaño y atraen a las abejas. Dichas flores segregan un jugo o jarabe que embriaga. Las abejas, y sobre todo los zánganos, beben este licor hasta caer sumidos en un sopor profundo, del que salen al cabo de muchas horas atontados y entumecidos.

Sabido es también que las moscas son borrachas inveteradas, a quienes gustan toda clase de licores que producen embriaguez.

Pero en cuanto a bebedor, no hay otro animal que pueda compararse con el elefante. El único medio de evitar que se emborrache, es poner fuera de su alcance toda clase de licores, pues si llega a tomar el gusto al alcohol es difícilísimo quitarle el hábito de beberlo. Un elefante de circo que tomó alcohol dosificado por prescripción facultativa, se acostumbró de tal modo a beberlo, que fué imposible domianarle cuando dejaron de administrárselo, y su furia no se apaciguó hasta que volvieron a darle la dosis de alcohol a que estaba acostumbrado.



LOS BEREBERES DEL ALTO ATLAS

Hoy ya no puede creerse que el Africa del Norte es un país por completo árabe; la región Marruecos menos todavía que ninguna otra.

Durante mucho tiempo subsistió el error de considerar como árabes a todos los musulmanes del Africa mediterránea.

En realidad, considerando en conjunto el Africa del Norte, el árabe es en ella mayoría, pero débil; en Marruecos, desde luego, es minoría.

Antes de las invasiones árabes que del siglo VII al XI tuvieron lugar, el Norte de Africa los habitaban los bereberes, pueblos de raza blanca.

¿De dónde procedían dichos pueblos? Sólo puede asegurarse que si no nacieron en el país expresado, fueron sus primeros ocupantes.

Según uno de los historiadores que más a fondo estudiaron el asunto, los bereberes tuvieron como origen dos grupos distintos: uno lo formaban los semitas, procedentes de Asia, que dieron al nuevo pueblo su lengua, constituyendo una gran mayoría de él; el otro grupo estuvo constituido por familias y tribus emigrantes de celtas, iberos y ligurios.

Sólo así se explica que en la región del Atlas se encuentren tipos rubios de ojos azules, que no proceden de los vándalos (antiguos invasores del país) ni de las colonias romanas y que tienen gran parecido con los saboyanos, bretones y auverneses.

Seguramente, mezclados tan diversos elementos sin llegar a constituir pueblo, los invasores procedentes de Asia les impusieron la lengua y la escritura semítica, formándose, a través del tiempo, el pueblo berebere, que ocupó toda la región Marroquí.

En dos ocasiones distintas, en el siglo VII y en el XI, los árabes invasores sometieron a los bereberes, dándoles su religión, sin conseguir desterrar el idioma ni la mayor parte de las costumbres.

Como en todos los países que sufrieron las invasiones árabes, los indígenas se refugiaron en las regiones menos accesibles; los que en Marruecos habitaban, abandonando al invasor las llanuras y las regiones próximas a Argelia, se concentraron en las más alejadas, al Oeste y al Sur, todas montañosas.

Así se formó el pueblo berebere de hoy, elemento esencial de la población de Marruecos, hasta el extremo de constituir las tres quintas partes del total de los habitantes.

En el alto Atlas puede decirse que existe la raza pura, sin mezcla alguna de árabe, y tan indómita, que nadie puede vanagloriarse de haberla dominado, más que en apariencia.

Siempre se creyó que el berebere era sedentario y el árabe nómada; sin embargo, donde sólo impera el primero, en el Alto Atlas, los hay de las dos categorías, siendo el único fundamento de la clasificación, la riqueza y la seguridad del país; en una misma región se encuentran núcleos de unos y otros.

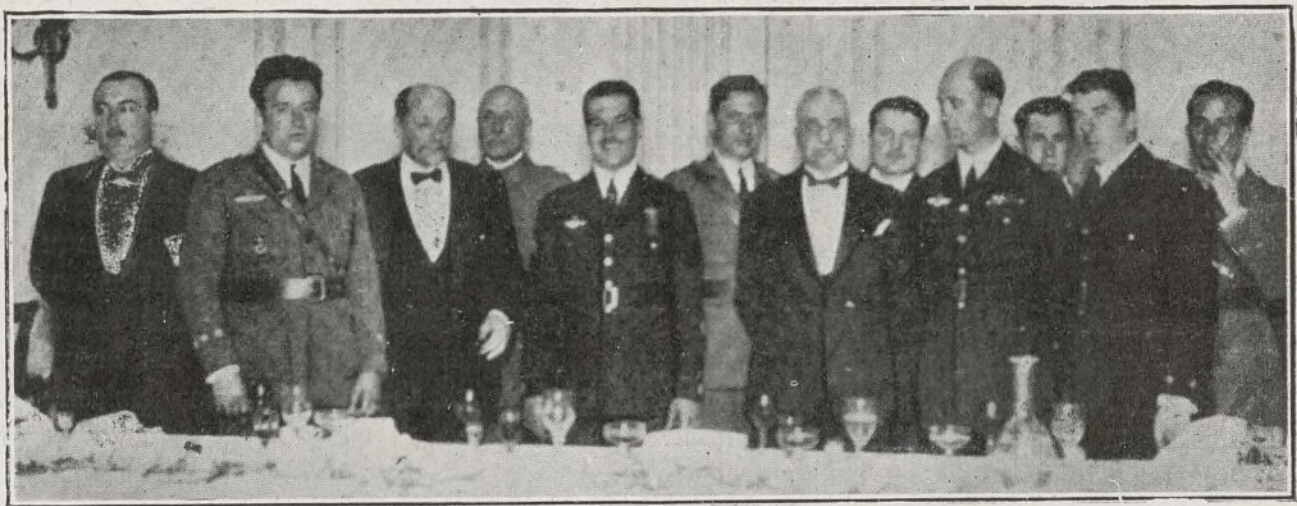
Las agrupaciones principales de bereberes que habitan la región del Alto Atlas son tres: los zaiaus, los berateres y los chleuhs.

Los primeros, los de raza más pura, al decir de los sabios, se dedican al pastoreo; son nómadas y tenazmente guerreros, siendo el bandillaje su ocupación favorita por afición y por tradición.

Contaba uno de ellos, que por lo visto fué escritor,



El Bajá de Xauen, Sidi Hassain, con los notables de la ciudad que fueron a Tetuán para hacer entrega al Jalifa de las ofrendas que el pueblo santo hizo a S. A. I., entre las que se encontraban dos arcas conteniendo alhajas, monedas y ropas



Presidencia del banquete celebrado en honor de los heroicos aviadores de la patrulla "Atlántida" a su regreso de Guinea, al que asistieron los ministros de la Guerra y Marina, el capitán general y muchos compañeros de los tripulantes

que en todos los poblados, en grandes cofres, reforzados con hierros y recubiertos, interior y exteriormente, de lujosos terciopelos, conservan ricos tesoros, que sus antepasados les legaron como fruto de todo un pasado de rapiña.

En 1914 cayó en poder del ejército francés un campamento de *zaiaus* y pudo comprobarse la verdad de todo lo dicho en el párrafo anterior.

Los famosos cofres estaban allí; en su interior había gran numero de monedas de oro y plata francesas, españolas y portuguesas, así como alhajas valiosas de la época del Renacimiento.

Los *berateres* habitan en la parte central del Atlas, casi en la cima; los que lo hacen en Tadda, país en que alternan áridas montañas y valles de cultivo, son de costumbres sedentarias.

Sin embargo, hay entre ellos tribus nómadas, siendo sus individuos los más rudos y guerreros.

El grupo berebere de más importancia es el de los *chleus*, formado por más de medio millón de individuos, que ocupan la parte del Alto Atlas central y todo el occidental.

Se dividen en tres grandes núcleos principales, cuyos nombres sirvieron de base para el de los caides que los gobiernan; son aquéllos los *m'tonguas*, cuyo jefe se llama *M'Tngui*; los *glaonas*, gobernados por el caid *Glaoni*, y los *gonndafes*, que reconocen como autoridad al caid *Gonndap*.

Los nombrados, verdaderos señores feudales de la región, han sido objeto de pintorescas descripciones por parte de un escritor francés que vivió algún tiempo entre ellos.

M'Tongui—dice el aludido cronista—es un viejo campesino, de faz rubicunda y gruesa nariz enrojecida, al que frecuentemente se ve sobre una mula,

pasando las cuentas de un grueso rosario de ambar; no tiene nada del aspecto grave que suelen tener los musulmanes de categoría elevada.

En Marrakes, donde ordinariamente reside, guardan su morada robustos esclavos negros, y su castillo del Atlas es una verdadera fortaleza feudal, en cuyos sótanos, como en la caverna de *Alí-Baba*, hay grandes cantidades de oro, guardadas en orzas de las de tener aceite.

El *Glaoni*, bajá de Marrakes, evoca el recuerdo de los potentados italianos de la época del Renacimiento.

De ademanos felinos y refinados, ama el lujo con pasión, es poeta, a veces, y siempre un gran ambicioso; sin dejar de ser como los de su raza, un bravo guerrero, es también hombre de negocios muy avisado. Tiene cierto barniz de civilización y volubilidad de ingenio que le hace simpático.

El *Gonndap* se preocupa muy poco de las apariencias y es, sobre todo, guerrero, por entender que la guerra es una política como otra cualquiera.

Es indudable que a los nombrados jefes bereberes les trató el escritor de referencia algo fantásticamente; ellos y sus gobernados son profesionales del bandolerismo y a él deben su fortuna.

Su gobierno no suele ser benévolo, y se enriquecieron practicando el pillaje en las comarcas vecinas, lo que no impide que su influencia sobre las gentes del país sea grande.

Las tres nombradas tribus son guerreras: los *M'Tongas* tienen fama de ser los más bravos combatientes de los *Chlenhs*; los *Glaonas* son los que más tienen de agricultores, siendo los *Goundafas* los menos guerreros y en general los de menos energía de todo el país.



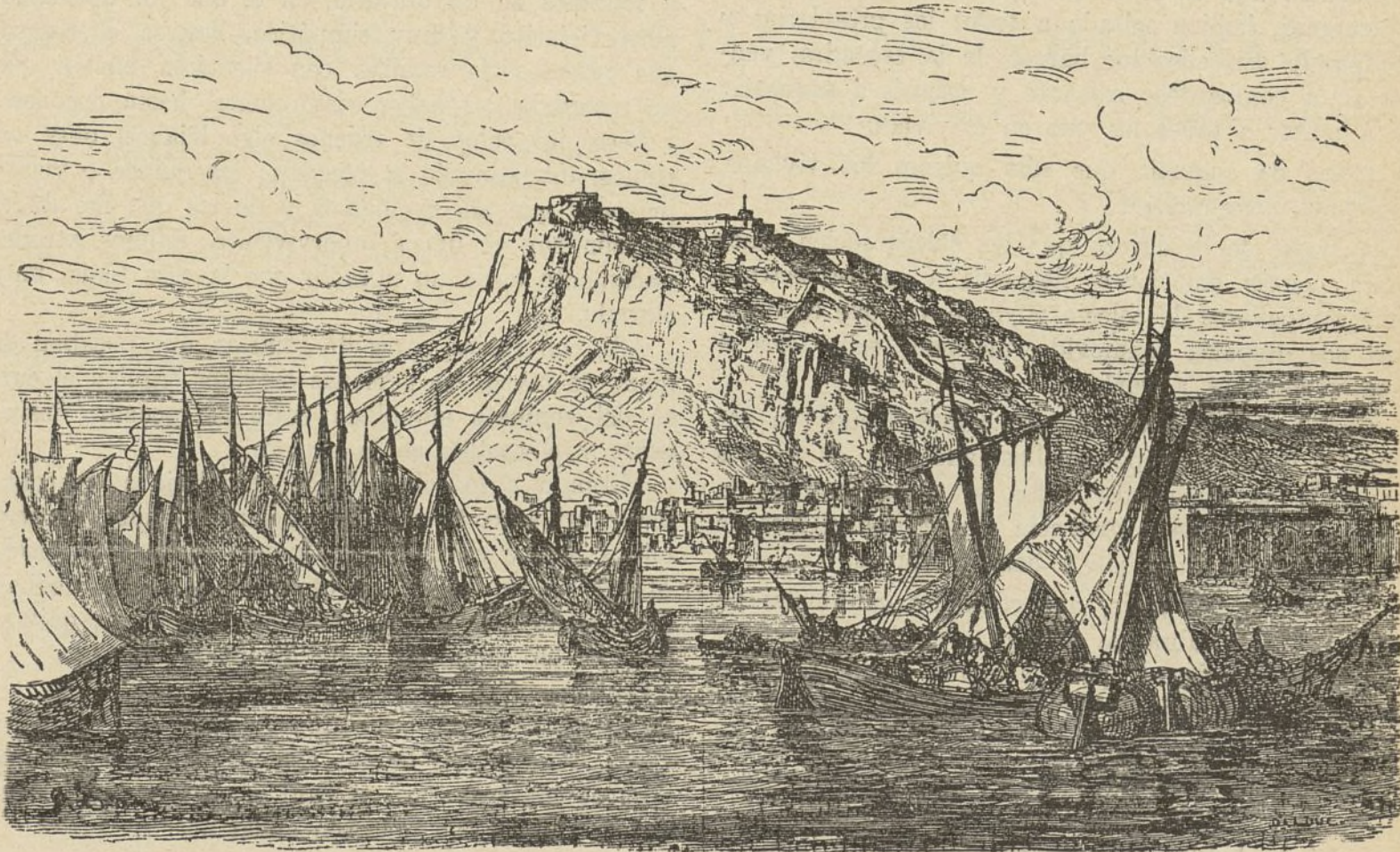
PAGINAS VIVIDAS DE LA HISTORIA CONTEMPORANEA

Era hacia el año 1873, época en la que, según leí más tarde, había en España republicanos que gobernaban, carlistas que querían hacerlo y un sin fin de juntas federales y cantonales, cuyo ideal se reducía a constituir en cada ciudad o pueblo, un Imperio absoluto.

Cuando leo la historia de aquellos tiempos, me asombra que transcurrieran para mí, en la más com-

tianos, en tierra o en el mar, y en las que se gastaba tanta pólvora, como si de veras fuese.

En la hermosa tierra que siempre tiene flores y sol, aprendí a pensar y a sentir, con la vehemencia que en ella suelen hacerse las cosas: por eso no me explico cómo no guardo recuerdos desagradables de un tiempo en el que, según después aprendí, debió correr peligro mi vida más de una vez.



Alicante en 1873, según un grabado de época.

pleta inopia, constituyendo casi una de las épocas felices de mi vida.

No será inoportuno advertir que tenía yo, entonces, siete u ocho años; ahora cuento, mejor dicho, conté algunos más; a tal circunstancia hay que añadir el placer que me producía el hecho frecuente de que en el colegio, al sonar o decir que había tiros, en tal o cual sitio, el maestro se quitaba de encima la responsabilidad de tener allí treinta o cuarenta chicos.

Habitaba yo, todo hay que decirlo, en una de las poblaciones levantinas más bellas, en la que los latinos llamaron Lucentun y hoy se llama Alicante.

En sus playas, a la sombra de las palmeras que tan bien crecen allí, comencé a corretear, naciendo en mí el *fuero de guerra*, indudablemente, al presenciar todos los veranos, en la fiesta de la Virgen de los Remedios, obstinadas luchas de moros y cris-

Por aquellos días, era cosa corriente, a distintas horas, pero, sobre todo, al anochecer, un tremebundo jaleo de cierre de tiendas y portales: gritos y carreras de mujeres y alguna vez de hombres, contagiándonos, como era natural, los pequeños.

Sin embargo, en algunas ocasiones, podía más en nosotros la curiosidad y nos parábamos a ver cómo corrían, quienes, por lo visto, tenían motivo para ello.

En el barrio en que yo vivía, siempre, en cuanto se iniciaba el *huracán*, aparecía en la plaza un hombre, de unos cuarenta años, con una escopeta al hombro, y con voz tonante y persuasiva decía: ¡no asustarse, vecinos, que no es nada!

Los chicos corríamos tras de él contemplándole, quizá como hubiésemos mirado al mismo Dios, al ver que al conjuro de sus palabras, se abrían casas y comercios, surgiendo de nuevo la normalidad.

¡Qué simpática la silueta del que teníamos por capitán de voluntarios! ¡Nunca supe su nombre! Paloma le llamaban las personas mayores y lo mismo hacíamos los chicos; ¡tampoco sé cuáles eran sus ideas políticas, pero, sin dudas de ningún género, era un hombre bueno.

Como fin o epílogo de la temporada de intranquilidad, nos esperaba un episodio culminante, que, por fortuna, aunque tuvo todos los preliminares de tragedia, degeneró casi en sainete.

Alguien dijo en el colegio que los cantonales de Cartagena, habían soltado a todos los presidiarios y ocupando con ellos los barcos de la escuadra, vendrían a bombardear Alicante y después a saquearlo y a matar a todos los que en él vivían.

¡Días de angustia que sólo quienes los vivimos, podemos comprender!

A pesar de la dureza que los chicos suelen tener para ciertas emociones, llegamos a impresionarnos mis compañeros de colegio y yo, al ver que el maestro nos despedía conmovido, diciendo ¡sabe Dios si nos volveremos a ver!

Comenzó lo que en casa oí llamar éxodo; en coches y carros; en borriquillos, andando, en grupos contristados, las gentes todas, se marchaban de la ciudad, alejándose a distancia mayor que el alcance de los cañones que iban a bombardearnos.

Alguna vez oí decir, que como los cantonales no sabían una palabra de artillería, ni de navegación, era tonto marcharse; pero la gente, invadida por el pánico y sobreexcitados sus nervios por la época de sobresalto que llevábamos, cuando se trataba de tranquilizarla, aun tenía más prisa por marchar.

Es digno de anotación el hecho de que, en cuanto empezó la huida, cesaran las alarmas.

Los chicos, en todos los momentos que nos era posible burlar la vigilancia de nuestras casas, hacíamos *excursiones*, para ver la calle o el barrio en que más gente se marchó.

Cada día faltaba alguno en el grupo: esto, unido a la triste visualidad que ofrece una población, de suyo bulliciosa, al quedarse deshabitada, hizo que una tarde volviésemos cabizbajos y callados de la excursión.

Aquella noche, no se encendió el alumbrado de los calles y circularon órdenes para que no se viese luz por ventanas y balcones.

Llegué a quedarme solo; una tarde, la del 26 de septiembre, metíme en un coche con mi familia y después de una escena de lágrimas, por quedar en el castillo de Santa Bárbara alguien que nos era muy querido, partimos hacia una posesión de poético nombre, situada más allá de donde las balas podían llegar.

Allí encontré algunos niños de mi edad: jugando por entre agrestes arboledas, oí una porción de cosas,

sobre lo que, según dijeron, iba a suceder al día siguiente.

De aquellas, la que más me impresionó fué la noticia de que el general Marínez Campos, en una máquina del tren, había llegado, desde Madrid, en ¡seis horas! sin parar en ninguna estación.

Yo sabía que los trenes tardaban diez y seis horas en dicho recorrido, y de ahí mi asombro, en muchos momentos parecidísimo a la incredulidad.

Amaneció el día 27, temprano, muy temprano, casi antes de salir el sol estábamos todos levantados y reunidos en un oratorio, en el que un hortelano, muy viejecito y muy simpático, llevaba el rosario que rezamos de rodillas, con silenciosa unción que no recordaba yo haber visto nunca, hasta entonces.

Estrépito como de truenos algo lejanos, muy seguidos, interrumpió la plegaria; las quince o veinte personas que allí estábamos y de las que me da el corazón soy el único superviviente, salimos atropelladamente hacia un mirador que la casa tenía, muy elevado.

Allí, con varios pares de gemelos, que pasaban de mano en mano, las personas mayores seguían el curso del combate entablado entre la escuadra insurgente y el castillo de la ciudad.

Mirando a lo lejos, donde se dibujaba, inacabable y brillante, la superficie del mar, pude ver unos bultos negros envueltos en humo: el mismo aspecto ofrecía la fortaleza, cuyos cañonazos retumbaban fuertemente por encima de nuestras cabezas, quitándonos a los chicos las ganas de jugar.

Sin que fuese inquietud definida, sentíamos algo desagradable, que acaso los mayores nos comunicaran. Pasaron las horas; alguien gritó estremeciéndose de contento—¡ya se van!... y ¡qué despacio!... parece como si no pudiesen andar...

Pasando bruscamente a la mayor alegría, comimos, casi con prisa, y a las cuatro de la tarde estábamos otra vez en Alicante, donde todo era bullicio, haciendo pensar si lo pasado, en vez de tragedia, fué espectáculo placentero.

De tal permitía calificarlo la circunstancia de no haberse registrado ni una baja durante el bombardeo, que duró tres horas cortas con algunos intervalos de descanso.

Tres granadas cayeron entre el Castillo, la población y sus inmediaciones: en cambio, según entre los chicos se dijo, un artillero retirado que tenía una pierna de palo, *puso* tres granadas de seis que apuntó, en la toldilla de la Numancia.

Al anochecer, todo había pasado: la ciudad, casi recobró su animación de costumbre; el simpático Paloma seguía recorriendo el barrio, con la escopeta al hombro, mostrando en su rostro el más franco optimismo, cual si quisiera decir: "mi madre España, siempre vivirá".

FERNANDET



— ORDENES DE CABALLERIA FEMENINAS —

Con muy pocas excepciones, las condecoraciones exclusivamente femeninas han sido instituidas para premiar las obras de beneficencia o de piedad. En ellas pueden distinguirse las que sirven para recompensar el mérito y las que señalan la pertenencia a una orden, a una fundación, que se propone llevar a efecto obras meritorias. El conceder la entrada a las mujeres en ciertas órdenes de Caballería, y aun el fundar otras exclusivamente para ellas, no es cosa de estos tiempos de feminismo. En el siglo XII existieron ya la Orden del Hacha, instituida por el conde Ramón Berenguer, de Barcelona, para premiar a las heroicas defensoras de Tortosa, y la orden del Sepulcro de Santiago, que fué creada en 1175. Ninguna de estas existe ya hoy, pero en cambio, son pocos los países que no cuentan con una o más órdenes en las que solamente tienen cabida las damas.

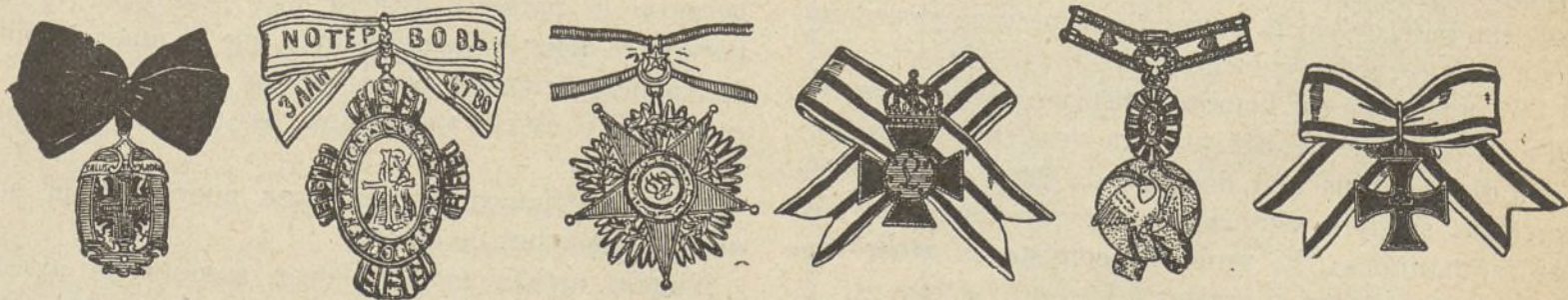
De estas condecoraciones, solamente una fué fundada para premiar a una heroína, en el sentido viril de esta palabra. Es la orden rusa de Santa Catalina, primitivamente llamada orden de la Liberación, conferida por Pedro el Grande a su mujer Catalina como recompensa al valor que demostró combatiendo contra los turcos. El mismo emperador puso la placa de la orden sobre el pecho de su esposa, dándole el título de "libertadora suya y de todo el ejército". Mientras vivió Pedro el Grande, Catalina fué la única a quien se le permitió usar esta condecoración, pero en 1797, el Zar Pedro I la concedió a gran número de damas nobles, que en virtud de este nombramiento estaban autorizadas para intervenir en los asuntos del Instituto de Catalina, co-

legio para la educación de las jóvenes de la aristocracia rusa.

La nación que mayor número de órdenes femeninas tiene es Alemania. Ante todo está la orden del Cisne, fundada en 1440 para los cortesanos de ambos sexos y convertida más tarde en una asociación benéfica. El menosprecio en que había caído hizo que en 1843 se renovase, pero únicamente para la emperatriz, que es la sola persona que puede usar el collar del Cisne en todo el mundo.

Mucho más popular es la orden prusiana de Luisa, la primera en antigüedad de las órdenes femeninas alemanas, fundada para premiar a las madres que enviaron a sus hijos a luchar por la independencia de Alemania durante las guerras napoleónicas, y concedida después a todas las que se ocupan de cuidar a los heridos y socorrer a los menesterosos. El nombre de la orden es el de la esposa de Federico III, que la fundó en 1814. No pueden pertenecer a ella más de cien damas. Después de la guerra franco-prusiana, Guillermo I creó una condecoración semejante a ésta, y conocida bajo el nombre de Cruz del Mérito para damas y doncellas; es simplemente la cruz de hierro de la orden así llamada superpuesta de una cruz roja.

Las órdenes austriacas tienen un gran interés histórico. Una de ellas, la Cruz Estrellada, data del siglo XVII. Habiéndose encontrado, después de un incendio en el Hofburgo, entre las cenizas y las brasas un pequeño crucifijo intacto y limpio, crucifijo que ya la casa imperial tenía en gran veneración por



La Cruz Estrellada (Austria) Orden de Santa Catalina (Rusia) Orden de Schefakat (Turquía) Orden de Luisa Orden del Cisne Orden del Mérito
Condecoraciones femeninas alemanas

suponerse que había salvado de un grave peligro al emperador Maximiliano, la emperatriz Leonor fundó la orden de la Cruz Estrellada. Para pertenecer a ella, las damas necesitan ser nobles, haber observado durante toda su vida una conducta intachable y demostrar que han ejercido la caridad y han visitado los hospitales. Una princesa de la casa de Hóburg es siempre la que preside la orden.

En España tenemos también una orden femenina, pero que solamente se concede a treinta damas de la más alta nobleza, generalmente a aquellas que forman parte de la alta servidumbre y corte de la familia real. Nos referimos a la orden de María Luisa, bastante moderna, puesto que sólo data de Carlos IV, que al fundarla quiso dar a su esposa un medio de premiar a aquellas damas que le fuesen más adictas.

También está reservada para la nobleza la orden portuguesa de Santa Isabel, fundada en 1801. Aparte de las princesas de la familia real o extranjeras, esta condecoración sólo se concede a veintiséis damas nobles, que deben ser casadas y contar cuando menos veintiséis años de edad. Tiene alguna semejanza con ésta la orden inglesa llamada Imperial o de la Corona de las Indias, fundada por la reina Victoria en 1887 para conmemorar la fecha en que recibió el título de emperatriz de las Indias. Sólo disfrutaban de esta condecoración las princesas de la casa reinante de Inglaterra, las grandes damas de la India y las esposas de los más altos funcionarios ingleses en el mismo país.

Inglaterra tiene también la orden real de Victoria

y Alberto, exclusiva para las señoras. Es una de las órdenes inglesas más modernas, puesto que fué fundada en 1862.

Además de estas órdenes hay en Europa muchas otras que en realidad no deben considerarse como propiamente tales, sino más bien como distintivos de asociaciones benéficas o religiosas, que confieren a las asociadas ciertas ventajas a cambio de su actividad. Tal es la orden de las Damas de Santa Ana, fundada para las hijas de la nobleza católica, y la Orden Teresiana, que en un principio todo se destinó a doce damas de la nobleza bávara, si bien en la actualidad pertenecen a ella, no sólo un gran número de princesas alemanas, sino también numerosas damas de la alta nobleza europea. Entre las órdenes de este género deben incluirse la de Elisabet y la orden de Santa Ana de Würzburg.

Tal vez lo más singular en lo que a órdenes femeninas se refiere, es el hecho de que algunos países musulmanes, a pesar del desprecio con que en ellos suele mirarse el sexo femenino, han establecido también para él recompensas en forma de condecoraciones. En 1878, Abdul Hmid fundó la orden del Nischani-Schefkat para concederla a todas las damas turcas que se preocupasen del bien de la Sublime Puerta, y el chá de Persia, después de uno de sus muchos viajes por Europa, instituyó en su reino una orden semejante, denominada Orden para las Damas, que se confiere a las esposas e hijas de todos los soberanos amigos suyos o a los cuales debe Persia algún especial favor.

LO QUE ES EL ARTE

Hay un error vulgar—dice Pérez de Ayala—que consiste en creer que el artista, por cierta virtud, magia o don sobrenatural, que le han sido otorgados, transmuta las cosas feas, vulgares y olvidadas, en dechados de hermosura y perfección. Es frecuente oír o leer: “Donde el arte toca con su magia, de lo feo hace hermoso”.

Como si el arte mudase la naturaleza de las cosas. Y no es eso. Lo que ha hecho el artista, lo que ha hecho el arte, ha sido darnos como una sensación primera de la cosa, conducir nuestra atención hacia un paraje adonde antes no la habíamos llevado, brindarnos aquella sensación única de la cosa preferida, limpiándola de la costra de otras sensaciones con que se enturbiaba y encubría.

Un artista es un hombre que ha consagrado su vida a ver las cosas por primera vez, en su desnudez paradisíaca, tibia aún del seno de Dios. El arte está creando siempre sensaciones nuevas. Nada hay feo en la naturaleza. El problema consiste en saber verlo por primera vez y acertar a hacerlo ver por primera vez; consiste en establecer una relación directa a manera de connubio y posesión del hombre y la cosa.

Y así, crear una sensación nueva no quiere decir provocar una nueva sensibilidad; antes por el contrario, supone destruir y olvidar una mal llamada sensibilidad anterior, una sensibilidad simulada, que no era propiamente relación directa del hombre con la cosa, sino estructura o prejuicio del entendimiento.

Cuando se llega a períodos de buen gusto general, el arte, por instinto de conservación, apela a procedimientos escandalosos contra el buen gusto.

Ante la obra de naturaleza o la de arte, se exige lo primero respeto, atención y amor, tres grados diversos del mismo sentimiento y disposición de ánimo.

Cuando el proverbio advierte que “quien a feo ama hermoso le parece”, expresa una profunda verdad, porque el amor y la atención a que el amor le obliga va descubriéndole cosas que los demás no ven; y es para él el objeto amado una cosa siempre vista por primera vez.

Cuando dejamos de ver cosas nuevas en lo que amamos, dejamos de amar.

Ningún artista merece llevar nombre de artista sino con esta condición: que su obra exprese algo que él ha visto y sentido por primera vez.

—No sé por qué t'has de poner asína, porque vaya un día a comer con unos amigos ¡reconcho!... ¿Te paece a tu qu'hay en el pueblo dengún marido más mejór qu'el tuyo?

—Hasta de ahora, manque no lo digas no dices mai, no; pero, eso de que te vayas de merendola a la ciudá y que m'hayas hecho repasate el uniforme y t'hai-gas afeitao, sin ser sábado, no lo pueo remediar, me da mu mala espina.

—Pero ¿espina de qué? ¡recontre! es que sois las mujeres...

—Eso; algunas son mu malas y a los hombres no debían gustaros.

—Y ¿quién t'ha canao a tí, vamos a ver, quién, que pa Nemesio "el marchoso", hay más mujeres, ni güenas, ni malas, si no es su mañica.

—No te pongas zalamero, que creeré que m'enga-ñas más.

—¡Tié gracia! De modo que las zalamerías que tan-to t'han gustao siempre ¿son pa engañar?

—Estás d'agora, sí.

—Aun harás que me tome una desazón.

—Pos mira; yo, ya mi la hí tomao.

—Pa mí que se t'ha subió a la cabeza, too el vino que pueas beber en lo que vivas.

—No se m'ha subió na, sino es el sofocón de ver que te vas a cenar con los amigos, sí; pero también con mujerucas.

—¿Mujerucas?

—Sí, señor, mujerucas ¿qué quíes que las llame señoronas?

—Quisiá yo saber quien t'ha metió en la cocota esas alparcerías: no paece sino qu'es cosa mala que unos cuantos amigos qu'estuvieran juntos en el ser-vicio, s'ajunten otra vez, pá festejar a uno qu'ha llegao a tiniente.

—Sí, too será verdá; pero también lo es, qu'habréis convidao a postineras d'esas qu'están deseando que las enviden.

—¡Ya lo sabes tú! ¿Te paece que pa gozala co-miendo íbamos a llevar mujeres?

—Güeno: vete cuando quieras; anda.

—Pero, mañica ¿vas a llorar? ¿Vas a hacer que s'empañen esos ojazos, que son los únicos farolicos que tengo yo p'andar por el mundo?

—¡No m'abrases, no! Guárdalo pa ellas.

—Oye; y ¿no sería mejor, pa por si acaso, gastalos toos y que no sobrara denguno?

—¿Ves como es verdá?

—¡Vaya! ya me canso yo: toma, güelve a guar-dar la ropa; no iré; pero, si aluego icken las alparce-ras que la mujer de Nemesio "el marchoso" es tonta...

Reina un momento de silencio, al cabo del cual dice ella:

—Güeno; ven aquí; mira, pa la Pilarica; ahora, al retrato de tu madre; ahora, a mí ¿me prometes qu'aunque haiga mujerucas, pa tú, como si no?

—Jurao todas las veces que quieras.

—Pos, toma un besico y andando; amos a ver eso que icken de que la Pilara, tu mujer, tiene un marido que... ¡no seas ansioso! que dije uno no más.

—Si es q'eres más dulcecica y pensar que...

—¡Anda, allá! carameloso; y conta qu'hasta que vengas, no m'hi'd'acostar.

—Eso, ya no me sabe bien.

—Pos dalo por dicho y por hecho.

A poco, Nemesio, con otros dos amigos, empre-n-día el viaje a la ciudad, de allí un par de leguas.

* * *

La tarde fué bien triste para la Pilara; la noche, más que triste; ni siquiera intentó cenar ¿pá qué? se dijo—no había de poder pasar bocao.

Era la primera vez, desde que se casaron, que a tales horas se veía sola: ¿cómo ponerse a cenar, no teniéndole allí para que le diese la olivica más me-jor y la tajada más sabrosa?

Rezará un poco; después, con enredar en la co-cina e ir preparando todo p'acostarse, pasaría el tiempo.

Sin embargo, pasó todo; recordando cómo suelen ser las comidas de los que dan de comer a los demás,





viven, y el apetito más que grande de su maño, acudióle a la mente la idea de que acaso llegara con gana.

En un santiamén, puso en la mesa el porrón, con vino del de los días grandes y una fuente con tajadas de cecina exquisita y jamón de los de verdad, a más de algunas olivicas y bollos de los que hacían todas las semanas y tanto le gustaban a él.

Arreglada la cena suplementaria, acomodóse en el sillón que fué del abuelo: rezando unos ratos y otros, casi desesperándose, oyó dar las doce.

Comenzaba a impacientarse, cuando el rodar de una tartana que le era muy conocido, la hizo sonreír.

A poco, se abrazaban contentos, cual si hubieran estado años sin verse; pero, el abrazo, no terminó: ella, como quien olfatea algo que no esperaba, separóse de los brazos de su marido y llevando la mano al bolsillo del chaquetón, sacó un perfumado pañuelo de mujer, que no podía negarse era muy bonito.

Sin reparar en la cara de asombro que Nemesio puso, mirándole como una fiera, según creyó, le dijo:

—No iban pindangas ¿verdá? y no tenía la muy zarrapastrosa bolsillo aonde ponelo... o es que te lo ha dao, pá que t'acuerdes de ella...? y sin poderse contener cayó sollozando sobre el sillón.

—¿Quién me dijera qu'ibas a ser como toos, embustero... mal hombre?

—No seas así maña: comprende qu'esto, es una equivocación o una broma...

—Sí; u dos, u tres bromas ¡sabe Dios las qu'habrán sío.

—Yo te prometo que mañana mismo averiguaré lo qu'haiga pasao y...

—No averigues ná; no hace falta: ¿ves qu'hace poco que nos casamos? pos, como si no; me gol-veré a casa de mi madre, de donde no debía haber salío.

Así, entre recriminaciones y excusas, transcurrió un buen rato, hasta que el cansancio les hizo callar.

Cuando el sol se iba acercando al pueblo, ella reposaba en el sillón y él, medio tumbado en el sofá, hacía comentarios íntimos sobre lo fácilmente que las mujeres ven la infidelidad en el hombre.

Su aspecto tranquilo indicaba que era inocente, o un fresco, de los de más baja emperatura.

Al ver que despuntaba el día, incorporóse y después de hacer la gimnasia que todos practicamos en tales momentos, se dispuso a marchar al campo; era imprescindible cavar las vinas del majuelo de junto a la Val.

Antes de salir, contempló arrobado lo hermosa que su mañica estaba, sintiendo fuerte tentación de despertarla, según más de muchas veces lo hiciera.

Pero, el trabajo era urgente y si se despertaba... más valía dejarlo para luego, cuando la convenciese de que lo del pañolico perfumao, no fué cosa suya... ¿quién habría sido el gracioso? de seguro que Colás, que lo iba a pagar caro.

Pensando en el primer tropiezo que su luna de miel había tenido, tomó el camino de la viña, tan contrariado, que ni siquiera se le ocurrió coger algo para tomar un tente en pie.

Entrada ya la mañana, en un momento de descanso, vió venir por el camino a una que más parecida a su Pilara, no cabía, convencido en seguida de que no se trataba de parecido sino que era ella misma.

—Se dá—pensó gozoso, mientras se adelantaba a recibirla, con la vista fija en el sitio en que la iba a morder.

—¿Adónde vas con este calor, mañica?

—¿Es que habías pensao pasarte la mañana sin comer na, fantasioso?

—Que m'emplumen, tres u cuatro veces, si m'acordaba d'eso.

—Ya, ya lo vi esta mañana, cuando te saliste de casa sin decir ni mus... aluego dirás que me quieres mucho...

—¿Que si te quiero?

—¿Es querer a una mujer ir a darla un beso y despartarse sin dáselo?

—¿Me viste?

—Pué que te figuras qu'el olorcico del pañuelo me dejaría dormir.

—¡Mecachis en el pañuelo!

—Y con poca ansia que vino a buscalo Juanico... también tu, eres atolondrao... ¿o es qu'el vinico no te dejó ver cual era tu chaquetón?

—De modo que...

—Sí, señor—dijo la mañita muy sofocada, evidenciado el deseo de un abrazo de los que estrujan—¡eres más atontolinao!

Y siguió la labor de la vina que a medio día estaba terminada, a pesar de las veces que el nene Cupido se metió por en medio.

Llegados a la casa, al entrar en la cocina, graciosamente burlona dijo la Pilara.

—Pos hijo, entoavía no se fué la ulor...

—¿Sería que...?

—No te rías, maño, no; que cuando me muera de verdá, pué que no pase lo qu'esta noche hi pasao.

Una carcajada sonora y estridente, fué como el final de la intensa conmoción nerviosa que tanto hizo sufrir a la pobre muchacha.

En los brazos de su marido que fuertemente la estrechó contra sí, derramó algunas lágrimas que para siempre borrarán la pena sentida.

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE

TESOROS HISTORICOS PERDIDOS

El tesoro del Rey Juan

El Rey Juan de Inglaterra fué uno de los más afortunados buscadores de tesoros. Habiendo averiguado que los romanos, al salir de las islas Británicas, dejaron grandes cantidades de joyas, monedas y metal en bruto escondidas bajo la muralla romana de Northumberland, envió allí obreros con diversos pretextos, para que cavasen donde se suponía que estaba el escondite. Los cronistas de la época dicen que se hizo un valioso hallazgo, por valor de cientos de miles de duros, y que el rey lo hizo llevar a "su más próximo castillo, donde el muro subterráneo fué abierto, y el tesoro escondido entre los ladrillos". Si se pudiese averiguar en qué punto de la muralla se encontró el tesoro, no sería difícil hallar el castillo "más próximo"; pero hasta hoy todo ello permanece envuelto en el misterio.

Se sabe con toda certeza que el rey Juan enterró muchos millones durante su vida, y hay la creencia de que una parte se encuentra oculta en el castillo de Hermitage; pero como no confiaba a nadie el secreto de estos escondites, su inesperada muerte, ocurrida cuando huía a Escocia, hizo que aquellos tesoros quedasen perdidos hasta que alguien tenga la suerte de encontrarlos, lo cual no es fácil, ni mucho menos.

Hace pocos años, dos labriegos ingleses vieron brillar al pie de la gran muralla romana una cosa que parecía de cobre. Cavaron un poco, y sacaron una cadena de oro, de procedencia evidentemente romana. Esto pudo ser una clave para encontrar el tesoro del Rey Juan. Por desgracia, las autoridades molestaron tanto a los dos campesinos, que éstos decidieron no ocuparse más del asunto ni decir a nadie dónde habían hecho el hallazgo.

Lo que ocultan las montañas de Cuba

En agosto de 1667, cuando el pirata Morgan desembarcó en Nuevitas y atacó a Puerto Príncipe, los españoles que residían en la ciudad reunieron algunos millones, principalmente del tesoro de las iglesias, y cargándolos en mulas, los llevaron al pie de las montañas, donde los enterraron para ponerlos a salvo del invasor. Al regresar a Puerto Príncipe los encargados de esta misión, el pirata ocupaba la ciudad, y para averiguar dónde habían ocultado el dinero, los sometió al tormento. No pudo, a pesar de todo, lograr sus propósitos, en vista de lo cual hizo darles muerte.

Pocas semanas después, Morgan abandonaba la población; pero, muertos todos los que habían ocultado el tesoro de los habitantes, éstos no pudieron re-

cobrarlo jamás, ni nadie ha dado todavía con su paradero.

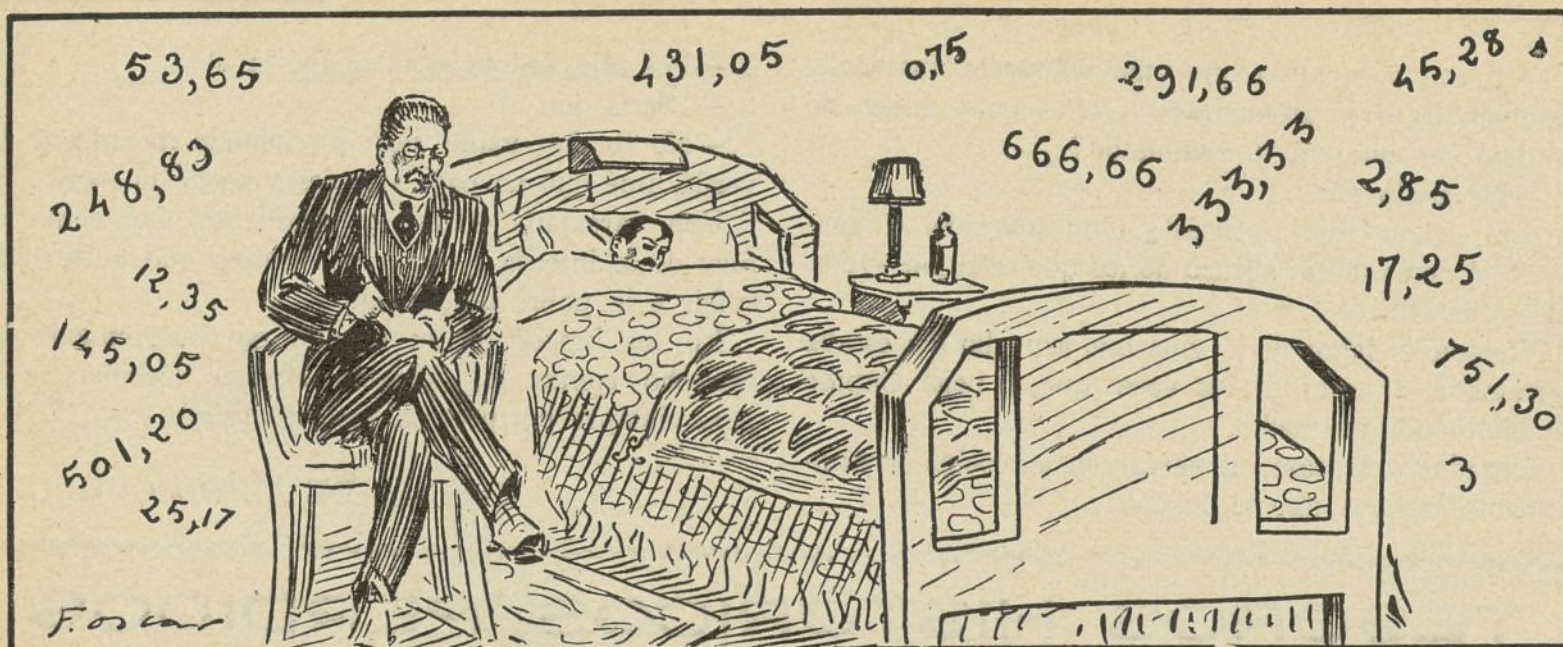
Algo semejante ocurrió cuando el mismo pirata desembarcó en Puerto Bello (Colombia). Allí, el tesoro fué escondido en los cimientos de dos castillos que defendían la ciudad, y de los cuales no queda rastro, ni tampoco recuerdo de su situación.

Ciudades ricas que no parecen

Para el geógrafo moderno constituye un verdadero problema determinar la situación de Caracarum o Korohorum, ciudad que hace ochocientos años era la capital del imperio tártaro y que debió ser edificada en algún punto de lo que es hoy la Siberia meridional. Caracarum existió, sin embargo. Se tienen noticias auténticas, no sólo sobre la ciudad, sino también sobre sus inmensos tesoros. La población era tributaria del casi fabuloso Preste Juan, y sus habitantes hubieron de huir de ella, arrojados por el cruel conquistador Umkan, dejando sus riquezas tan bien escondidas, que aquél jamás pudo encontrarlas, a pesar de emplear en su busca miles de hombres. Algunas tradiciones procedentes sin duda del pueblo fugitivo, fijan el escondite bajo grandes escalinatas. Hoy, nadie sabe con exactitud dónde estuvo Caracarum; mal pueden encontrarse, por lo tanto, sus escalinatas, ni recobrase el tesoro, tesoro tan grande, que hasta el viajero Marco Polo, acostumbrado a los más grandes esplendores del Oriente, hablaba de él con admiración.

Algo parecido ocurre con la gran ciudad de Ciandu. Se sabe que estaba en el Catay, a orillas de un río, y existe un plano de ella, hecho por los viajeros venecianos; pero, ¿quién puede asegurar dónde estuvo situada? En Ciandu, el oro no tenía valor comercial. Lo había en gran cantidad, pero sólo se empleaba para hacer regalos. Gengis Kan, que hizo de Ciandu una de sus capitales, tenía como moneda pedacitos redondos de corteza de morera, con su sello, y los mercaderes que llevaban oro y joyas a la gran ciudad, tenían que venderlos por esta extraña suerte de dinero. Como allí no pasaba otra moneda, y los tales trozos de corteza no tenían valor pasada la frontera, todo viajero tenía que cambiar por ellos sus fondos para poder pagar su alojamiento y hacer compras. De este modo, todo el oro, y la plata, y las piedras preciosas de Asia aflúan a Ciandu, hasta venir a ser objetos de adorno más bien que de valor.

A todo esto Ciandu no parece y entre sus ignoradas ruinas yacen enterrados montones de riquezas, bien a salvo de la codicia humana.



FIEBRE MATEMATICA

Bien lo sabrás, lector, si has desempeñado el cargo; y si afortunadamente no lo has sido, puedes figurártelo, por lo que representa el sobre de paga que como cosa baladí recoges los primeros de cada mes, el trabajo abrumador de un Cajero, al llevar de ese formulario, que denominamos en la profesión "cuadro de pagas".

Agrega a esto, la tolerancia en algunos Cuerpos al crédito, "a pagar por Caja", hazte de miel en el destino y verás cómo necesitas Dios y ayuda, para salir a veces del atolladero que te implican cantidades negativas, en asunto tan positivo como el vil metal...; y no te servirán ni la seriedad, ni el alegato de compañerismo.

La Contabilidad en sí, es tan abreviada—por partida doble—, y se prodigan tanto las facilidades para el pago a plazos, que el beneficio de algunos queda descompensado con la excesiva carga sobre uno solo; Cooperativa militar, socorros, huérfanos, Economatos, suscripciones, anticipos, aun haciendo abstracción de lo reglamentario y del cierre de cargos contra "Compañías", donde por las clases de tropa se repiten los mismos conceptos, ponen al Cajero en los últimos días de mes, en un estado febril, que danzan infernalmente en su cabeza centenares de números pugnando por salir inútilmente; y menos mal, si logras cuadrar al céntimo todos los documentos y el día señalado para operaciones tan importantes, puedes efectuarlas, en la confianza de que no te costarán además de los sinsabores, algunas pesetas...; ¡que ya es bastante para el cargo, el quebranto de moneda, por tu cuenta y riesgo!...

En estas circunstancias yo he padecido "la canastera o el once", enfermedad de moda, en los primeros días del mes precisamente; al caer en cama, la fiebre se presentó alta, muy alta, tan alta, que alarmada la familia, acordó no cumplir mi última voluntad expresada en vida, encargando a un médico de mi asistencia; de la calentura vino el delirio, con manifesta-

ciones tan raras, que la diagnosis de la enfermedad sólo dió motivos al doctor y amigo para calificarla, en tono festivo, de "fiebre matemática...", digna de un estudio y justificativa preocupación.

¡Quién sabe si de haberlo hecho se hubiera achacado una víctima más a la tan desacreditada canastera!

Dicen que empecé a delirar, no como es costumbre, sino en forma numérica; 0,75 fueron mis primeras palabras, bañado en sudor copioso (tres reales que dijera mi mayorcito, estudiando ya el sistema monetario), luego, muchas cantidades: 666,66, 333,33, 291,66, 2,85; unas mayores, pequeñas las más, algunas, casi cero.

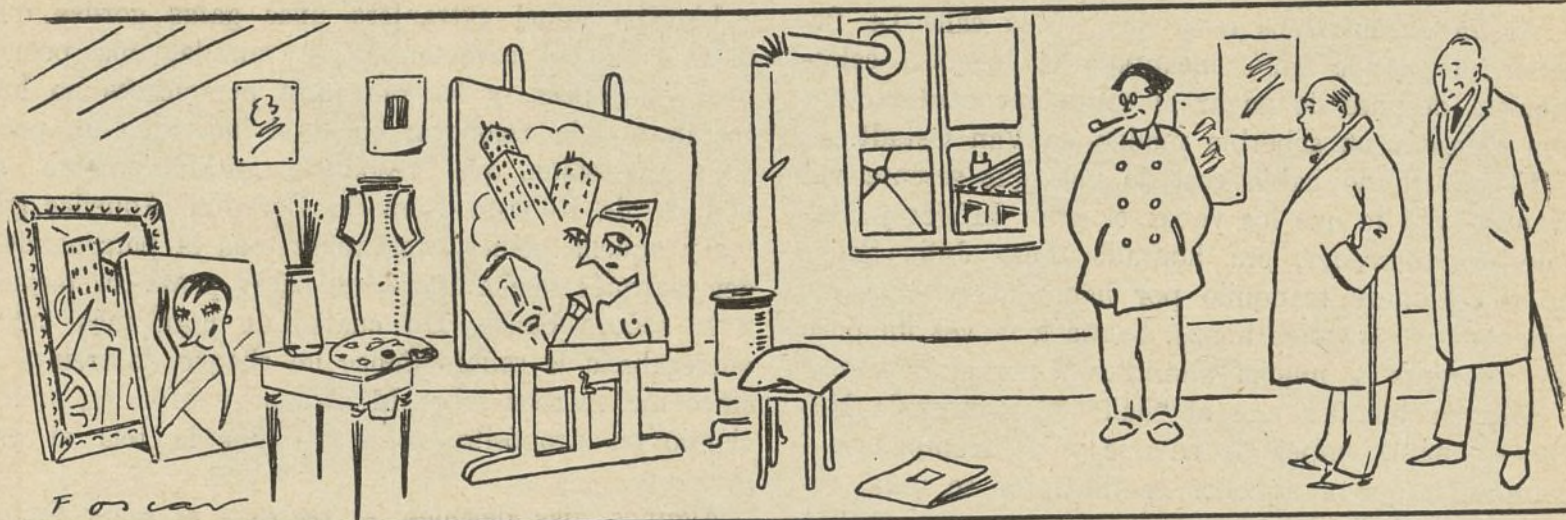
El doctor estaba asombrado. ¡Estupendo caso! ¡No comprendía!, números y más números; ni por él, ni en casa con la natural atribulación, se tuvieron en cuenta mis "ocupaciones militares"; mi carrera, en una palabra; el caso, repetido en sucesivos días, interesó su honor profesional, y con ilimitada paciencia, lápiz en mano y de papel provisto, fué copiando las cantidades, tales como salían de mis labios febriles; lentamente, pero con método y precisión; separando las enteras y decimales; documento histórico que conservo y del que, pasado unos días, me hizo solemne entrega, al irme informando de lo que aun no se podía explicar por sí.

No se preocupe, amigo mío—le contesté—. Mañana le daré la solución de este enigma, que siguiendo la broma no debe usted calificar de fiebre matemática, más bien de "indigestión numérica".

Y en efecto, al siguiente día, saboreando en casa el ansiado café, que me permitió tomar—tras lo pasado—, cotejamos sus notas con las que de mis obligaciones de Cajero había llevado de mi oficina.

¡Y te lo habrás figurado, lector: en mi delirio, había reproducido fielmente el último cuadro de pagas, trabajo baladí para el que al cobrar recoge su sobre solitario..., pero abrumador, produciendo fiebres dignas de estudio y fácilmente evitables con un poco de menos tolerancia para el crédito y algo más de conmiseración para el que desempeñe el honroso cargo.

E, G, A.



UN BUEN NEGOCIO

El señor Julio Sauce se había enriquecido en el comercio de fideos. Después de haber estirado miles de leguas de esa pasta nutritiva, especulo con tanta suerte sobre los terrenos que rodeaban su fábrica, adquiridos por él en otro tiempo a bajo precio, que hoy se encuentra en posesión de una cincuentena de millones sólidamente cimentados sobre casas de buena renta o inscritos concienzudamente en el libro mayor.

Sería completamente feliz si con la fortuna no hubiese sentido despertarse en él la idea de deberes y de obligaciones que antes no había sospechado. ¿Qué hacer de dos o tres millones de renta, cuando no se está animado de un gusto desmedido por las obras filantrópicas, cuando jamás se estuvo habituado al lujo y cuando la edad de las pasiones pasó hace tiempo?

En semejante caso se presenta naturalmente esta solución: hacerse *amateur* de pintura. Es una "partida" en la que no se corre un excesivo riesgo de ser robado, en la que pueden hacerse a veces buenos negocios y aun conseguir honores. El título de "coleccionador" es suficiente para obtener la Legión de Honor.

Al señor Julio Sauce, sin embargo, no se le hubiera ocurrido esta idea, por lo menos tan pronto, si la conservación de sus inmuebles no le hubiese puesto en relación con un joven arquitecto, Luciano Levylier, quien me presentó a él a mí, Roberto Nemorin Gorydon, artista pintor y, sobre todo, intermediario entre los productores, los mercaderes de cuadros y los compradores.

La entrevista había sido fijada para las ocho de la mañana en el hotel de la avenida Hoche. Un lacayo con librea—el señor Sauce había de decirnos más tarde que aquella era su "ropa ordinaria"—nos condujo al gabinete donde nos esperaba el señor de aquellos lugares. Vestía de *smocking*: un chaleco abierto sobre una pechera de una blancura deslumbradora dejaba aparecer los fulgurantes destellos de un solitario enorme. Yo creí encontrarme

en presencia de un calavera empedernido que acabase de llegar de una fiesta nocturna. Pero me engañaba. El señor Sauce recibía por la mañana sus visitas en ese atuendo.

Después de algunas consideraciones sobre el arte y el comercio, convinimos en que yo llevaría al día siguiente al aprendiz de *amateur* a algunos estudios de Montmartre, donde se podían encontrar a buen precio obras maestras, así como a las tiendas de los mejores mercaderes de arte. No me pareció el señor Sauce muy versado en las diferentes escuelas, pero le juzgué provisto de una desconfianza a toda prueba y de una sólida aptitud para defender su dinero. Era más de lo que se necesitaba para convertirse en presa segura entre las manos de los pillos. Pero yo he tenido por principio toda mi vida ser honrado. No es tan fácil, pero es seguro.

* * *

¡Qué subidas hicimos por las cuestas de Montmartre! El motor del automóvil—por muchos caballos que tuviera—jadeaba. El señor Sauce subía sin vacilar todas las escaleras que le presentábamos, demostrando que era de excelente pasta...—había condescendido con esta broma que le recordaba el origen de su riqueza—, exasperado desde el principio por la facundia de un pintorzuelo que se empeñaba en fijar con el pulgar en el aire "valores" ideales.

El señor Sauce meneaba la cabeza. Vimos pinturas extrañas: mujeres amarillas entre árboles de azófar, paisajes de siniestras luces poblados de habitantes en forma de larvas. Dos o tres artistas tenían cosas delicadas y nobles, cabezas de puro y misterioso dibujo, marinas o selvas animadas de intensa vida. Pero no eran esas obras cedidas a precios estruendosos las que quería el señor Sauce. Soñaba éste con telas encuadradas en marcos suntuosos con el nombre del autor inscrito en oro, con la autenticidad de firmas de peso y provistos de un número de orden que indicase que habían figurado en una colección.

Al fin encontramos este ideal en la calle Le Peletier, de donde salió encantado el ingeniero coleccionista después de pagar al contado contra factura con garantía un soberbio molino de Van Ostadt.

El cuadro no había costado más que sesenta mil francos, y a fe que los valía: el señor Müller y Morales, el mercader, era honrado. Pero Julio Sauce no estaba muy tranquilo por haber alojado tantos billetes por tan poco lienzo. Sentía a la vez un poco de amargura y mucha admiración por sí mismo.

Mas cuando llegamos al "hall" de la avenida Hoche—se había empeñado en que yo le acompañase—comprendí que a aquellos sentimientos se unía, sobre todo, el de la inquietud, cosa que me explicó suficientemente la aparición de la señora Sauce.

Era aquella señora voluminosa y estaba espléndidamente adornada: las perlas y los diamantes rodaban a cascadas sobre el terciopelo de su corpiño, y los dedos, un poco cortos, estaban cargados de sortijas refulgentes. Su aspecto era severo y lleno de reproches. Pregunto a su marido por la inversión de su tiempo con el tono de un juez de instrucción que interroga a un criminal. Jamás olvidaré la cara de aquel desgraciado desenvolviendo los papeles que guardaban la obra de arte.

* * *

Sin embargo, cuando se descubrió el lienzo del maestro holandés se arrojó por la estancia cierta serenidad y la misma señora Sauce enmudeció un momento. Jamás he sentido tan hondamente el poder de una cosa tan verdaderamente bella.

—¿Cuánto has pagado por ese adefesio?—preguntó ella con un tono casi amable a su marido.—No está mal: el agua..., los árboles. Sólo verlos alegra la vista.

El murmuró, dándome con el codo:

—Esto vale mucho dinero; pero yo lo he adquirido casi por nada: veinte mil francos.

La cifra resbaló por sus labios como una sombra, mas no por eso fué el efecto menos fulminante.

—¡Veinte mil francos!... ¿Te has vuelto loco?... Dar veinte mil francos por un cuadro así de pequeño... ¡Pero si ahí no hay mas de diez francos de pintura!... Buenos negocios haces cuando no me consultas! Pero si...—dejame mirar un poco—pero si es el mismísimo retrato de nuestro molino, cerca de Dunkerque, aquel molino que no anda y que vamos a tener que echar abajo porque no vale un céntimo... ¡Veinte mil francos esto!... ¡Pero si el molino aquel nos costó mil escudos con el prado!...

En este momento se me ocurrió convertirme por una vez en el marqués Pandolfi del Greco.

Si no veis la relación os diré que dos meses después, durante el viaje del señor Sauce, un noble extranjero, admitido a visitar la galería del célebre coleccionista, cayó en frenética admiración ante el cuadro de Van Ostadt y solicitó una entrevista con la señora de la casa.

Llevaba aquel extranjero unas gafas gordas que disimulaban el carácter de su mirada, una peluca negra y espesa, y los ojos más perspicaces no hubieran podido reconocer en él al individuo un poco rojo, anglosajón, que respondía ordinariamente al nombre de Roberto Nemorin Corydon. Aquellas gafas y aquella peluca constituían toda la personalidad del marqués que acababa de hacer pasar su tarjeta a la señora Sauce. Un cuarto de hora más tarde entregaba a la señora Sauce un cheque de treinta y cinco mil francos sobre M. Müller y Morales, anunciando su propósito de enviar por la tela al día siguiente.

Algunos días después, al regresar el señor Sauce de un viaje, recibía a quemarropa este apóstrofe de su mitad:

—Para que veas, hijo mío, que yo sé hacer negocios un poco mejor que tú. He ganado quince mil francos vendiendo ese horrible molino a un idiota...

FRANCISCO DE NION

LA NOVELA DEL COÑAC

En los tiempos en que los ingleses eran dueños de la Gascuña, del Angoumois y del Poitou, gozaban de gran fama las viñas de Cognac por el gusto ligeramente acre del vino que producían. Los comerciantes holandeses lo embarcaban en La Rochelle con destino a Inglaterra, a Escocia y a los países escandinavos, y era tan grande la demanda, que los campesinos de la Charente abandonaron todos los cultivos para dedicarse exclusivamente al de la vid.

Esto dió por resultado tal exceso de producción, que llegó a ser imposible dar salida a más de una cuarta parte del vino cosechado. Los caldos sobrantes se tiraban, porque resultaban demasiado caros los toneles necesarios para contenerlos.

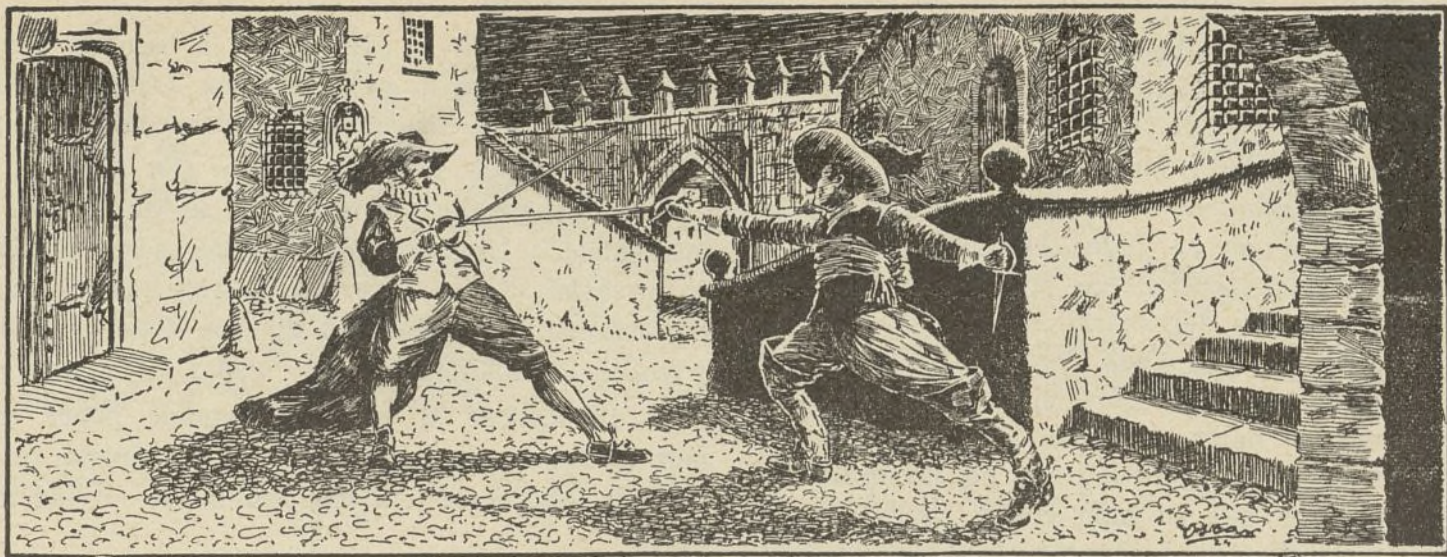
Ya estaban casi arruinados los viticultores, cuando hacia el año 1630, un químico del país apuntó la idea de que el vino sobrante podía convertirse en alcohol por el antiguo procedimiento griego de la destilación, reducido en aquella época a los estrechos límites del laboratorio del farmacéutico. Y de ahí nació el coñac.

No tardó en descubrirse que el alcohol destilado de los vinos de la región tenía un gusto sutil y aromático, un calor generoso y un valor medicinal que lo colocaba muy por encima de todas las "Aqua Vitæ", o agua de vida conocidas por la ciencia médica de aquellos tiempos.

Los comerciantes holandeses bautizaron a esta bebida, que los naturales de Cognac llamaban "agua de vid", con el nombre de "Brandwijn" o vino quemado, y cuando se empezó a importar este licor en Inglaterra, los ingleses lo denominaron por corrupción "Brandy".

Al poco tiempo era tan enorme la demanda de "Brandwijn" en los países del Norte, que resultaba difícil satisfacer todos los pedidos, y el mismo vino que había arruinado a la región, la enriqueció con su metamorfosis.

No deja de ser curioso que dos de las principales marcas de coñac hayan sido fundadas por ingleses. Un joven inglés que llegó a Cognac en 1715, con ánimo de colocarse de escribiente en una destilería, no encontró destino, y a los pocos meses se estableció modestamente por su cuenta con el nombre de Martell & Co.



UNA AVENTURA EN EL PERÚ

En el año de 1619 entró en Lima para posesionarse del virreinato para el que fué nombrado por don Felipe III, don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache, conde de Mayalde del orden de Santiago y descendiente del papa Alejandro VI y de San Francisco de Borja, duque de Gandía. Era el príncipe el tipo más cabal de los caballeros hijosdalgo que peleaban por su rey y por su dama, y a una arrogante figura y a un aire marcial y desenvuelto, unía el vigor del hombre en lo mejor de la vida, pues contaba entonces unos treinta y tres años de edad.

Además, tenía sus ribetes de buen poeta y escritor aventajado, sin contar con que era muy devoto admirador del bello sexo.

Su virreinato fué por demás próspero, por la energía que demostró en ocasiones difíciles y el tacto que reveló en todos los negocios. Por efecto de la débil gobernación del virrey conde de Montescalaros, su antecesor, se agitaban en Potosí, dos bandos de descontentos, denominados los vicuños y los vascongados, siendo muy adicto a éstos el corregidor imperial de aquella villa don Rafael Ortiz de Sotomayor, llevando los primeros la peor parte en la guerra civil que habían provocado. Celebrábase en Lima con todo esplendor, en el año de 1618, las funciones de Jueves Santo, y el virrey, con una lucida comitiva, salió a visitar las principales iglesias de la ciudad. Al retirarse de Santo Domingo, después de rezar la primera estación, se encontró con una hermosísima dama, que, seguida de una esclava, visitaba también las iglesias.

La dama clavó en el virrey sus ojos con pertinaz insistencia, y éste, sonriendo ligeramente, miró también con fijeza a la desconocida, encontrándola siempre en cuantas iglesias se hallaron al paso, y el mismo cambio de miradas y sonrisas.

Cuando en la última estación, el de Esquilache iba a arrodillarse sobre el cojín con fleco de oro que un paje colocaba, le dijo rápidamente al oído:

—Jeromillo, tras de aquella pilastra hay caza mayor. Sigue la pista.

Y el paje, que era muy listo y acostumbrado a tales cacerías, entregó a su amo cuando volvió a palacio, un billete perfumado que decía así:

“Siendo el galán cortesano
y de un santo descendiente,
que haya ayunado, es corriente
como cumple a un buen cristiano.

Pues besar quiere mi mano
según su fina expresión,
le acuerdo tal pretensión
si es que a más no se propasa,
y honrada estará mi casa,
si viene a hacer colación.”

La misteriosa dama quiso hablarle en el lenguaje de Apolo, porque sabía que iba a vérselas con un poeta.

Media hora después, el virrey, recatándose con el embozo, se dirigió a casa de la dama.

Esta, que no era otra que doña Leonor de Vasconcelos, viuda de Alonso Yáñez, del bando de los vicuñas que fué decapitado por el corregidor de Potosí, fué a Lima con ánimos de vengar a su marido, pues para doña Leonor, el matador de éste no era otro que el de Esquilache.

La circunstancia de vivir la viuda en una casa apartada de la ciudad y haber oído el enamorado virrey pasos varoniles en el interior de aquella casa, despertaron cierta sospecha en su espíritu; al mismo tiempo, la dama procuraba llevar la conversación a los sucesos de Potosí, que don Francisco esquivaba habilmente.

No necesitó éste más para comprender que se le había tendido un lazo y se hallaba en poder de los vicuñas.

Llegó el momento de dirigirse al comedor para tomar la colación, y cogiendo el virrey una garrafa de cristal de Venecia, con vino de Málaga:

—Siento, doña Leonor, dijo, no honrar tan exco-

lente vino, pero tengo hecho voto de no beber otro que de un riquísimo pajarete que es producto de mis vinos de España.

Y con la venia de la dama se volvió a uno de sus criados, y entregándole una llavecita,—Vete a Palacio, pregunta por mi paje Jeromillo y dile que me traiga las dos botellas de pajarete que hallará en la alacena de mi dormitorio.

El criado salió, y cuando Jeromillo, que no era tonto ni mucho menos, recibió el recado y vió que en la alacena no había más que dos magníficos pistoles con incrustaciones de oro, no necesitó más para comprender que su amo corría algún peligro, e inmediatamente mandó arrestar al criado de doña Leonor, el cual, en la sorpresa, dejó escapar algunas palabras, por las que no le cupo duda de que estaba amenazada la vida de su amo.

Al punto avisó al capitán de la escolta, que con un piquete, cercó la casa de doña Leonor, sorprendiendo en ella a seis de los vicuñas comprados para matar al virrey.

Este, dirigiéndose a la dama, le dijo: —Señora, las mallas de nuestra red eran de seda, insuficiente para cazar al león, que las ha roto. ¡Lástima que no hayamos hecho hasta el fin, vos el papel de Judit y yo el de Holofernes!

Y volviéndose al capitán, mandóle poner en libertad a los seis hombres, pues no quería que su nombre anduviese en lenguas ni se divulgara el lance.

Al mes de este suceso fué encontrado por una ronda en una calle de Potosí, con un puñal clavado en el pecho, el cadáver de Ortiz de Sotomayor.

El ajedrez, juego militar

El ajedrez, que casi en ninguna sala de oficiales falta, no tiene muchos partidarios, no; yo oí una vez llamarle algo que aquí no puedo estampar, muy impropiamente, pues suponer obsesión de uno solo lo que forzosamente ha de ser juego de dos, si no es disparate se le parece mucho.

Los enemigos de juego tan señor e invariablemente desinteresado, no hay que decir que son entusiastas de otros recreos, en cuya mayor parte, a pesar de ser hombres quienes lo juegan, no toma parte eso que llamamos inteligencia, considerada por algunos como distintivo entre los animales irracionales y el racional único conocido hasta el día.

Pasa con esos apreciables sujetos lo que con los que, por no tener bigote, proclaman que es más limpio no llevarlo; son procedimientos de la teoría de la igualdad a toda costa.

Al que es topo no le es dado dejar de serlo, y para que los hombres puedan resultar iguales, el sistema más positivo consiste en proceder todos cual si fuésemos de la familia del *subterráneo*; en parecerlo, que serlo ya es otra cosa que no puede el hombre hacer.

Dejando a un lado digresiones ya que fueran hechos, repetiré, en forma distinta, la pregunta que sirve como epígrafe a estas divagaciones: ¿es útil al oficial el juego del ajedrez?

Indudablemente, contestarán todos o casi todos los que se den cuenta de que la cabeza es para algo más que para soportar la prenda cubrecabezas.

Pensando con seriedad en lo que al oficial puede pasarle en campaña, que es para lo que fué creado, ¿negará nadie que surgen en aquélla muchos instantes en los que hay que resolver pronto y bien?

Todas las inteligencias ¿pueden hacer tal? De nin-

gún modo; sólo un cerebro entrenado por la frecuente gimnasia del raciocinio es capaz de realizar esa doble función de discurrir rápida y acertadamente.

Un profesor que yo tuve, que era de los de campo y gabinete, expresaba lo anterior diciendo que lo mismo era que los oficiales estudiaran tauromaquia que teología; la cuestión es que estudien algo—repetía.

Ya sabemos todos que más de uno que no estudió pudo anotarse en su haber hasta heroicidades; pero... volvamos al ajedrez, no vaya a parecer pitorreo (perdón por la palabra) tomarlo como fundamento de un artículo y a cada momento darle esquinazo.

¿Qué duda cabe que los preceptos ajedrecianos (¿vale?) son verdaderos tratados de estrategia?

Dos o tres ejemplos convencerán: aquello de “ábrele paso a la dama” si se recuerda que es la pieza de más poder, ¿no significa algo que los impulsivos no suelen tener en cuenta, y que envuelve siempre a las hazañas personales?

El dicho “al rey que lo guarden tres”, ¿no podría servir de base a un programa de estrategia? ¡Cuántos menos fundados dieron malas noches a los estudiosos!

El llamado “juego de la guerra”, que tan poco tiempo vivió, quizás por no ser juego ni guerra, no es, ni con mucho, comparable al ajedrez.

Aunque sólo sea porque, según recordará el lector, dió origen a que España creara el continente América, deben jugarlo cuantos tienen que navegar, según los rumbos de la estrategia, aprovechando las brisas tácticas.

Ningún juego ofrece el recurso que a menudo ponía en práctica un casi campeón: cuando veía inminente el perder, se guardaba el rey en el bolsillo, diciendo a su contrario: “Le digo a usted que a mí no me da mate.”

UN PEON BLANCO DE CABALLO



EL COMBATE DEL CALLAO

(Conclusión)

miedo al acordarse de que lo que nuestros pobres buques de madera no hicieran por el honor del pabellón, tampoco lo había de hacer España, distante de sus hijos cuatro mil leguas. Nadie pensó más que en luchar, y todos hicimos desde luego mentalmente el sacrificio de nuestras vidas, jurando irnos a pique antes que arriar nuestra bandera. ¿Qué fruto era el que en último resultado podría proporcionarnos la victoria? Apagar los fuegos de las baterías enemigas... Y si la suerte nos era adversa, ¿dónde reponer víveres y combustible? ¿Dónde reparar averías? ¿Dónde buscar refugio?

A todo esto, y en tanto que yo, mordiéndome nerviosamente los labios, discurría poco más o menos de esta suerte, el avance de la escuadra continuaba con tal audacia, que sentimos que la quilla de la "Numancia" rascaba el fondo, a riesgo de encallar.

—¡Buen blanco presentamos!—me dijo Santurce en voz baja—. ¡Y que nos tienen bien enfilados los malditos "cholos"! ¡Torpes tienen que ser para no darnos!

Así era efectivamente y tanto, que al ver a simple vista y distintamente a los artilleros peruanos agrupados en torno de sus piezas, se me ocurrió pensar en la tremenda eventualidad de que ni hubiera lugar a combate, de que fatal y necesariamente el primer disparo de aquellos monstruosos cañones tenía que hacer blanco en la masa enorme que ofrecían nuestros barcos y echar a pique al que alcanzaran sus disparos.

—¡Fuego la primera batería!—gritó un jefe, a bordo de la "Numancia". Sonó el estampido de la andanada, y nos vimos envueltos en densa nube de humo.

Dos descargas formidables contestaron a la nuestra, y simultáneamente los cañones de la escuadra y los de las fortificaciones del Callao, cruzaron entre sí fortífera avalancha de hierro. Desde aquél momento apocalíptico, sólo recuerdo lo ocurrido, vaga, indecisamente como una pesadilla gloriosa. Niebla del humo de los disparos, tronar continuado y ensordecedor de cien cañones vomitando a un tiempo espeso torbellino de metralla, gritos y rugidos, voces de mando, silbidos de balas y estallar de bombas y granadas, resplandores rojizos y siniestros, semejantes a relámpagos: esto es en conjunto lo que pude ver y lo que ví durante las seis horas de fuego incesante que sostuvimos.

Nuestra "Numancia" era el blanco preferente de los disparos enemigos, si bien en los primeros momentos causaron sólo leve daño en el blindaje que nos servía de defensa.

De improviso el grito de ¡tocados! coincidió con el estadillo de un proyectil. Volaron la bitácora y parte de la baranda del puente hechas astillas; y una misma idea, un mismo terror nos sobrecogieron a

Juan Antonio y a mí, y un sólo grito brotó de nuestros labios, grito de angustia y de horror indecible...

—¡Nuestro comandante!...

Ciego de ira y de dolor, con la velocidad del rayo subí en dos saltos la escalerilla del puente.

Méndez Núñez estaba en pie, pálido y manchado de sangre el uniforme; ¡pero en pie! A su lado se hallaba el comandante D. Juan Bautista Antequera, pugnado por arrancarle del puente, sobre el cual seguía cayendo una granizada de balas.

—No es nada. Dejadme—dijo Méndez Núñez tratando de hacer superior a la debilidad que la pérdida de sangre le producía.

—Echa acá una mano muchacho—exclamó Antequera, dirigiéndose a mí, al observar que el cuerpo de Méndez Núñez se desplomaba. Acudí al llamamiento, a tiempo que el ilustre herido se desvanecía; y entre el comandante y yo le transportamos al hospital de sangre. Acudieron solícitos el Médico primero de la "Numancia", que era D. Antonio Censio y Romero, y Juan Manuel Santurce, que hacía prodigios de actividad en el reparto de pocimas a media docena de heridos que habían tenido que abandonar la cubierta, y ambos hicieron la primera cura al intrépido marino, que no tardó en recobrar el conocimiento.

—Amigo Lobo—murmuró fatigosamente el héroe, dirigiéndose al mayor general de la escuadra, que trémulo y consternado estaba a la cabecera de la cama.—Que no se sepa que estoy herido... Hágame usted el favor de ponerse en acuerdo con Antequera, y que continúe el combate.

El esfuerzo que se vió obligado a realizar para comunicar estas instrucciones, lo hizo perder el conocimiento de nuevo, a tiempo que el mayor general D. Miguel Lobo subía a cumplir las órdenes recibidas.

Antes de seguirle, pregunté al médico:

—¿Se salvará?

—Tiene ocho heridas y de ellas dos graves; pero éste no es un hombre como los demás... ¡Se salvará, muchacho, puedes batirte tranquilamente!

Cuando salí a la toldilla, continuaba la "Numancia" recibiendo un fuego nutridísimo, y contestando bajo la dirección del comandante Antequera, que con su imponderable sangre fría parecía dar un paseo por el Retiro, en vez de estar jugándose la vida, como realmente se la jugaba.

La que más daño nos hacía era la batería peruana "Santa Rosa", que dotada de cañones de mayor calibre conocido hasta entonces, parecía un volcán en erupción según menudeaba los disparos. Otro de sus proyectiles después de rebotar en el mar y calarnos hasta los huesos, penetró a flor de agua, perforando una de las planchas del blindaje y produciendo tal conmoción en el barco, que éste se estremeció desde la punta de los topos hasta la quilla, con tal violencia

que creí firmemente que antes de cinco minutos nos íbamos a pique.

Por fortuna no ocurrió esta desgracia, debido a la feliz circunstancia de que la bala, después de atravesar la coraza, no tuvo fuerza bastante para perforar el excelente revestido de teca que la servía de apoyo.

A todo esto iba la tarde declinando y el fuego empezaba a aflojar sensiblemente por ambas partes. Por la de los peruanos sólo contestaban ya doce cañones de la batería "Santa Rosa", y por la nuestra, a las cuatro de la tarde, sólo mantenía el combate la "Numancia", la "Resolución", la "Vencedora" y la "Almansa", pues los demás buques de la escuadra o habían agotado sus municiones o se hallaban en tan mal estado, que harto hacían con mantenerse a flote. A las cinco, los doce cañones de la "Santa Rosa" quedaron reducidos a tres, que con desesperada energía continuaban disparando a pesar de la neblina y de la sombra creciente del crepúsculo, que empezaba a envolvernos.

Noticióse a Méndez Núñez el estado del combate, quien, según los datos fidedignos, dijo al oficial comisionado:

—¿Están los muchachos contentos?

—Sí, señor—contestó el interpelado—todos estamos contentísimos.

Y Méndez Núñez añadió:

—Ahora solo falta que en España queden satisfechos de que hemos cumplido con nuestro deber. Diga usted a Antequera que cese el fuego, que suba la gente a las jarcias, y que se den los tres vivas de ordenanza antes de retirarnos.

Así se hizo, y entre la niebla y la oscuridad ya completa de la noche cerrada, todas las tripulaciones de los barcos, muertas de fatiga, manchadas de sangre, de sudor y de pólvora, subieron a las jarcias y no sé de dónde diantres sacaron fuerzas para gritar con voz de trueno tres veces: ¡Viva la Reina!

Después, lenta y majestuosamente, con la majestad y la lentitud del león herido, pero vencedor, que se retira a su cubil, la escuadra se encaminó al fondeadero de San Lorenzo, y allí maltrecha y estropeada; pero cubierta de gloria inmortal, y el pabellón español flotando soberbiamente, pasó la noche de aquel gran día: la noche del 2 de mayo de 1866.

* * *

He tratado de referir algo de lo que presencié durante el combate a bordo de la "Numancia", y justo es que ahora complete mi narración del combate del Callao, poniendo de manifiesto la heroicidad de las tripulaciones de los demás buques de la escuadra, que fué tan grande por parte de todos, que no admite gradaciones, y solo es digna de aplauso entusiasta y admiración sin límites.

La "Villa de Madrid", mandada por D. Claudio Alvargonzález, fué uno de los buques que experimentó mayores pérdidas y desperfectos; pues apenas cruzados los primeros disparos, recibió una granada de trescientas libras que le ocasionó treinta y cinco bajas, y entre ellas la muy sensible del guardia-marina, don Enrique Godínez, a quien decapitó un casco de metralla. La tal granada causó tantos desastres, que la fragata dejó de gobernar, y a remolque de la "Vencedora" tuvo que retirarse de la lucha; pero aprovechó su retirada para disparar sobre las fortificaciones enemigas más de doscientos proyectiles. ¡Cuántas victorias han sido menos gloriosas que la retirada de la "Villa de Madrid"!

La "Blanca" se distinguió muy principalmente por la temeridad increíble con que se aproximó a tierra, y

lo certero de sus disparos. Uno de ellos hizo volar una torre blindada con los soldados que la guarnecían. En sus movimientos osados y rápidos, se revelaba la personalidad de su comandante D. Juan Bautista Topete, uno de los marinos más bravos y expertos que han pisado cubierta de barco.

Situada en cuatro brazas de fondo, inútil es decir el diluvio de balas que tuvo que aguantar, y milagro patente fué que no tuviera más bajas que las causadas por una bomba que mató a ocho marineros e hirió al ilustre comandante del barco. Dejose éste hacer la primera cura, y acto continuo volvió a su puesto desoyendo los consejos y admoniciones de los médicos. Batióse la "Blanca" sin descanso hasta las cuatro de la tarde, hora en la que después de haber hecho dos mil disparos y agotadas sus municiones, tuvo que emprender la retirada contra la voluntad de su comandante.

¡Gloria al bizarro Topete, y gloria imperecedera también a D. Victoriano Sánchez Barcáiztegui, quien realizó un hecho que para gloria suya y de la tripulación de la "Almansa", ha de pasar a la historia con todos los caracteres de la leyenda! ¡Tan inverosímil resulta la grandeza de ánimo de aquellos hombres!

A mitad del combate recibió la "Almansa" una granada de trescientas libras, que reventó en la batería y mató a trece hombres, entre ellos el guardia-marina Rull, cuya gloriosa muerte fué digna de la de su compañero Godínez.

Declaróse el incendio, se propagó rápidamente al depósito de la pólvora, y a pesar de ello y como si el siniestro no hubiese ocurrido a bordo, el fuego continuó nutridísimo e incesante.

Desde la "Numancia" se preguntó al barco incendiado si podría remediar la avería con sus propios esfuerzos. La "Almansa" contestó afirmativamente. Iba el incendio tomando tales proporciones, que el buque se retiró un tanto de la línea de combate, y desde la Capitanía se le preguntó si a pesar de las averías podría volver a fuego. La "Almansa" respondió de nuevo que sí. No había en efecto transcurrido media hora, cuando el barco envuelto en el humo del incendio, tornaba a su puesto y emprendía el cañoneo con nuevo vigor y como si nada de particular le ocurriera.

A todo esto, Sánchez Barcáiztegui recibió hasta tres avisos, de que era preciso anegar los pañoles de la pólvora si se quería evitar la voladura del buque.

—¿Mojar la pólvora?—exclamó el héroe.—¡Antes volar cien veces!

Merece también hacerse constar, que a consecuencia de la explosión de la granada, quedaron horriblemente abrasados varios de los servidores de las piezas, y ni uno sólo de ellos consintió en retirarse, diciendo solamente:

—¡Venga el relevo, y entonces nos retiraremos!

Los que tal hazaña llevaban a cabo, eran quintos que entraban en fuego por vez primera.

Al fin pudo apagarse el incendio, y aquella pólvora que tan a riesgo estuvo de inutilizarse, sirvió por la serenidad heroica de Sánchez Barcáiztegui para causar inmensos estragos al enemigo.

La "Berenguela" tuvo que batirse sola, haciendo un fuego infernal contra las torres blindadas de la parte Norte del Callao. Consiguió desmontar y apagar los fuegos de una batería Armstrong, a tiempo que un proyectil enorme arrasaba su batería y salía por el lado opuesto bajo la línea de flotación, abriendo un boquete de cincuenta y seis pies de superficie, por donde las aguas penetraron a torrentes. La fragata, yéndose a pique por momentos, continuó sin embargo batiéndose con heroica indiferencia.

Pocos minutos después caía otra granada en la "Berenguela" e incendiaba una de las carboneras situadas al lado de un depósito de pólvora.

El barco empezó a hundirse de costado, tragando agua como una esponja, y se retiró sí; pero lentamente y como de mala gana, disparando los cañones que le quedaban disponibles.

¡Qué espectáculo ofrecía aquel barco que incendiado y anegado, continuaba batiéndose con valor sobrehumano y prodigiosa serenidad! La goleta inglesa "Sheersvater", levando anclas, le salió al paso para prestarle socorros.

—¡Valiente "Berenguela"! —gritó loco de entusiasmo su comandante, Mr. Douglás.—¡Aquí estoy yo para recogeros!

—De nada necesito—contestó Pezuela con un laconismo espartano.

La "Vencedora" y la "Resolución" se batieron como buenas, y sus cañones, con los de la "Numancia", fueron los encargados de decir la última palabra en el bombardeo. ¡Qué otra cosa podía esperarse de marinos como Valcárcel y Patero?

En aquella gloriosa jornada tuvo nuestra escuadra ciento noventa y cuatro bajas entre muertos, heridos y contusos. El enemigo, aparte de las pérdidas materiales, que fueron de gran importancia, experimentó cerca de dos mil bajas, entre ellas la del ministro de la guerra general Gálvez, que voló al mismo tiempo que la torre de la "Merced" con veintisiete hombres de la guarnición.

Nuestros cuarenta y tres muertos fueron sepultados en la isla de San Lorenzo a trescientos metros de distancia del mar Pacífico. ¡Allí, a la sombra de una sencilla cruz, reposan aquellos restos gloriosos, esperando la recompensa eterna que Dios otorga siempre a los que pierden la vida por su patria.

¿De quién fué la victoria? ¿Cómo se da el caso de que la fecha del 2 de mayo de 1866 se celebró en España y en el Perú como conmemorativa de un triunfo?

A esas preguntas no pude ni debe contestar mi insignificante persona por cuenta propia. Hable quien puede hablar, y sabe lo que se dice.

"No es extraño que confiados en el conjunto formidable de esas fortificaciones, tanto la creencia del gobierno del Perú como la general de sus adictos y de muchos que no lo son, fuese la de que los buques de esta escuadra perecerían irremisiblemente si se atrevían a atacarlos. El ataque se verificó: el fuego de esas fortificaciones quedó reducido a tres cañones; y sin embargo, además de la honra nacional ilesta, mejor dicho, en muy alto puesto, las dotaciones de la escuadra del Pacífico han sacado todas sus naves lastimadas, sí, acribilladas; pero con su pabellón ondeante en sus mástiles y lista para poder cubrirlo de nuevo de gloria si necesario fuere, después de haber conseguido el fin que se propusieron."

Esto dijo Méndez Núñez, fundándose en hechos cier-

tos e indubitables, y a esto como cristiano viejo y como buen español me atengo.

El que piense de otra manera, dueño es de hacerlo. ¡Allá él!

De lo que ocurrió después hasta mi regreso a España, ¿para qué hablar? Alejaré de mi imaginación tristes reminiscencias y prescindiré de comentar la horrenda miseria que nos devoró durante el viaje de regreso: hambre canina, escorbuto, las privaciones de todo género que nos convirtieron en esqueletos ambulantes. Sólo dedicaré un piadoso y sentido recuerdo a la multitud de infelices compañeros, el pobre Peláez entre ellos, cuyos restos descansan para siempre en las profundidades del Océano.

Ante la justicia humana nadie resultó culpable del abandono en que se dejó entonces a las heroicas tripulaciones de la escuadra del Pacífico; pero hay una justicia eterna e infalible encargada de las supremas reivindicaciones, que en su día exigirá el pago de las tremendas responsabilidades contraídas.

* * *

Han transcurrido desde entonces treinta y dos años, y hoy 2 de mayo de 1898, mi veterano amigo Juan Manuel Santurce y yo, regresábamos a Madrid, atravesando con paso perezoso las tranquilas soledades de la Moncloa, ya invadida por la verde hojarasca primaveral. Ambos guardábamos melancólico silencio, en tanto que el sol se hundía en medio de celajes ambarinos y purpúreos, y el cañón tronaba a lo lejos cantando con voz solemne las glorias españolas condensadas en dos épicas jornadas: el 2 de mayo madrileño, donde los que combatían por su independencia demostraron que sabían morir, y el 2 de mayo del Callao, donde la marina española demostró al mundo que sabía vencer muriendo.

—¿Te acuerdas del Callao?—me preguntó con afecto Juan Manuel, posando su brazo bajo el mío.—¿Te acuerdas de aquellos tiempos?

No contesté nada al pronto, limitándome a dejar caer pensativamente la cabeza sobre el pecho. Suspiré con honda nostalgia del pasado; y con la amargura que produce el remordimiento, evoqué el recuerdo triste y dulcísimo de aquella reja de la calle del Rimac, y ante mis ojos aparecieron la silueta pálida y desolada, los labios rojos y los ojos negrísimos y rasgados de la pobre y olvidada Rosita, de la peruana gentil, que fué el amor puro y sincero de mi juventud ya lejana.

—¡Hermosos tiempos aquellos! —murmuré sollozando y reclinando mi cabeza en el hombro de Juan Manuel.—¿Por qué no seremos jóvenes dos veces?

—¡Bah! Qué importa eso. Lo principal es que, viejos o jóvenes, seamos siempre españoles, y eso... ya puede ver el mundo entero que la raza no se ha extinguido ni ha degenerado.

FIN





SECCIÓN DE PASATIEMPOS

POR RAMON MARAVER



Número 1.—Oficio

Número 2.—Charada.

Número 3.—Vela

T APIO

Con resolución honrada
de hacer cara a tu enemigo,
le diste, Felipe amigo,
ayer tarde una "morrada".

Tan valeroso anduviste,
que, a la que el caso declara,
no sólo le hiciste cara,
sino se la deshiciste.

—¿Qué pena daría un fiscal a un
ratero que ha robado un reloj y un
paraguas?

—...

—Cadena temporal... La cadena,
para el reloj, y el temporal, para el
paraguas.

—¡Atiza!

Por no saber Juan qué hacer
a periodista se echó,
y el público le leyó
por no saber qué leer.

—¿Qué se diría de un individuo
que al arrojar al suelo una cerilla,
ésta quedase encendida al lado de
una pata de una mesa?

—¡Qué mala-pata!

—¿Y cómo llamarían a un hom-
bre que estuviese ordeñando a una
vaca?

—Baca-lao.

—¿En qué se diferencia el hom-
bre sobre la mujer?

—En que el hombre tiene dos
piernas, y la mujer, tres.

—¿Cómo es eso?

—El tiene dos piernas, y ella,
dos piernas y dos medias, y como
media y media es una, y una y dos
son tres, ¡vele ahí!

(Histórico.)

Estando Voltaire muy enfermo,
fué a verle el cura de San Sulpicio,
y le preguntó:

—¿Crees en la Divinidad de
Nuestro Señor Jesucristo?

Con la *prima-segunda* de
mi *tercera*,
le di un *todo* en... la escalera.

—Por amor de Dios—respon-
dió—; no me habléis de semejante
hombre.

En presencia de Honorato de
Balzac se estaba haciendo un justo
elogio de una de sus obras.

al que le elogiaba—, ¡qué suerte la
de usted que no ha escrito ese li-
bro!

—¿Por qué es suerte?

—¡Oh, amigo mío!—dijo Balzac

—Porque usted, no siendo su au-
tor, puede alabarla cuanto quiera,
y yo... no me atrevo.

—¡Socorro!—gritaba uno
con acento de dolor,
a las doce de la noche,
como pidiendo favor.

Al llegar varios serenos,
corriendo a todo correr,
les dijo: "No hay que enfadarse:
es que llamo a mi mujer".

—¿En qué se diferencian los pos-
tes del telégrafo de los juguetes?

—En que los postes del telégrafo
son "palos grandes", y los juguetes,
"pa-los chicos".

—¿Qué sabio ha sido el más
meón de la antigüedad?

—Tolomeo.

Confesábase una señora, y se acu-
só de que se pintaba el rostro.

—¿Y por qué se pinta?—la pre-
guntó el cura.

—Porque se me figura que me
hace más hermosa.

—¿Y se ha pintado esta mañana?

—Esta mañana, no; porque no he
querido acudir con afeites al Tribu-
nal de la penitencia.

El cura salió del confesonario, la
miró a la luz de una lámpara y dijo:

—No se vuelva usted a pintar, se-
ñora: está usted tan hermosa así,

ANA JULIO

que cuando usted acabe... me voy a
confesar yo.

Una dama de la alta sociedad pide
para los pobres a un riquísimo ban-
quero, y éste le da un billete de cin-
cuenta pesetas.

—¡Cincuenta pesetas nada más!
¡Su hijo de usted me ha dado quin-
ientas!

—Es que mi hijo, señora, tiene la
suerte de tener un padre muy rico.

Pulsando un doctor de nombre
a un hombre en Torrelaguna,
dijo: —Imposible que este hombre
llegue a la próxima luna!

Y el hombre, arrugando el ceño,
dijo: —Razón no le falta;
porque yo soy muy pequeño
y la luna anda muy alta.

—Digazté, compare, ¿ez eze er
camino e Zeviya?

—Ni ozté ez mi compare... ni eze
ez er camino...

Díjole un sujeto a cierto amigo
pobre:

—Ese pantalón que llevas te está
corto.

—Déjale—replicó el segundo—,
que antes de que me haga otro ya
habrá tenido tiempo de crecer.

Un bibliotecario compró un libro
por un precio exorbitante.

No faltó quien le dijo:

—Eso es carísimo.

—Sí, pero es muy raro.

—¿Y si se reimprimiese?

—¡Reimprimirlo! ¡Jamás! no ha-
ría entonces quien lo comprase.

Soluciones de los pasatiempos del
número anterior:

1.—Escarapela.

2.—Los aparecidos.

MAH-JONGG

JUEGO NOVEDAD

REGLAMENTO Y CONTABILIDAD

por RAMON MARAVER

Precio del ejemplar, 60 céntimos. — Certificado, 90 céntimos.

LOS PEDIDOS A LA ADMINISTRACION DE ESTA REVISTA

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la
ESCUELA CIVICO-MILITAR

La mejor y más conveniente.

¿CALLOS?

UNGÜENTO MAGICO

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos
lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres
días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pída-
lo en farmacias y droguerías. 1,50. Por correo, 2
pesetas. FARMACIA PUERTO, Plaza San Ilde-
fonso, 4, MADRID

NIETOS DE JUAN MEDINA

Casa fundada en 1850

Barcelona: Rambla del Centro, 37. Madrid: Preciados, 21

Teléfono, 2889 A

Teléfono 35-15 M

Bordadores efectivos de la Real Casa. Primera en su
clase en España. Manufacturas de Bordados, condecora-
ciones, roses, cascos, gorras, corrajes, galones, botones
espadas e insignias y distintivos de todas clases para el
Ejército, Armada y Corporaciones civiles, Banderas y Es-
tandartes para el Ejército, Marina, asociaciones, cole-
gios, orfeones, edificios públicos y para consulados na-
cionales y extranjeros, así como escudos heráldicos para
balcones y fachadas, bandas, fajines, medallas, bastone-
te mando, borlas, etcétera, etcétera

ALMACENES DE S. GINÉS

Teodoro G. González

Tejidos, Géneros de Punto y Camisería

Proveedor Oficial de la Coopera-
tiva del Ministerio de la Guerra

ARENAL, 11

MADRID

Bibliographia Medica-Chirurgica

Revista quincenal

Redacción y talleres:

Calvo Asensio, 3.-MADRID

JESUS MARTINEZ

- ESPECIALIDAD EN GORRAS DE PLATO -

— — Roses — — CHACOTS Y KALPATS — —

Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías)

!! TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN !!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir,
fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía
y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y
ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,
Papeletas del Monte,
Oro, Plata,
Relojes de buenas marcas,
Antigüedades,
Pianos, Autopianos
Escopetas,
Máquinas fotográficas,
Gramófonos,
Máquinas de escribir,
Prismáticos
y cualquier objeto de valor
HORTALEZA, 9
TELEFONO, 53-51
ARTICULOS DE OCASION

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca,
garganta, oídos y de los órganos génito-urinaros.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

IMPERMEABLES

de las mejores fábricas, se hacen a medida para
señores Jefes y Oficiales.—Precios sin competen-
cia.—FRANCISCO FERNANDEZ.—Caballero de
Gracia, 2 al 6 (esquina a Montera), MADRID.

Teléfono 39-50 M.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Má-
quinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila y
mantillas de encaje

MELODIA S. A

MADRID Avenida del Conde de Peñalver, 1

PIANOS VERTICALES Y DE COLA

(FABRICACION ALEMANA)

AUTOPIANOS

INTERPRETADORES

MELODIA

Reproducen con absoluta exactitud las obras
interpretadas por los mejores artistas
del piano

Barniz charol blanco para correajes del Ejército

Perseverante en perfeccionar la fabricación de mis barnices para correajes del Ejército, hoy
puedo ofrecer ya un nuevo barniz para correajes blancos, que por sus condiciones tiene gran-
des ventajas sobre el empleo del albayalde y la cola (procedimiento antihigiénico y dañoso
para la salud). Por su fácil aplica-
ción y rapidez en secar permite
obtener en breve tiempo un cha-

Precio del frasco, 1,75 pesetas

UNICO FABRICANTE DEL ACREDITADO

BARNIZ AMARILLO



MARCA REGISTRADA

rolado tan perfecto, que en pocos
minutos se presenta un correaje
para una revista ::::::::::::::

MUESTRAS A DISPOSICION DE LOS
SEÑORES JEFES QUE LO SOLICITEN

PARA CORREAJES DE LA GUARDIA CIVIL

Marca "EL TRICORNIO"

I. RODRIGO

TOLEDO, 90

MADRID

TALLERES DE IMPRENTA
Y ENCUADERNACION

PRENSA NUEVA

EDITORIA DE LIBROS Y REVISTAS

Obras, libros y folletos.

Impresos de todas clases.

ESPECIALIDAD EN

REVISTAS Y PERIODICOS

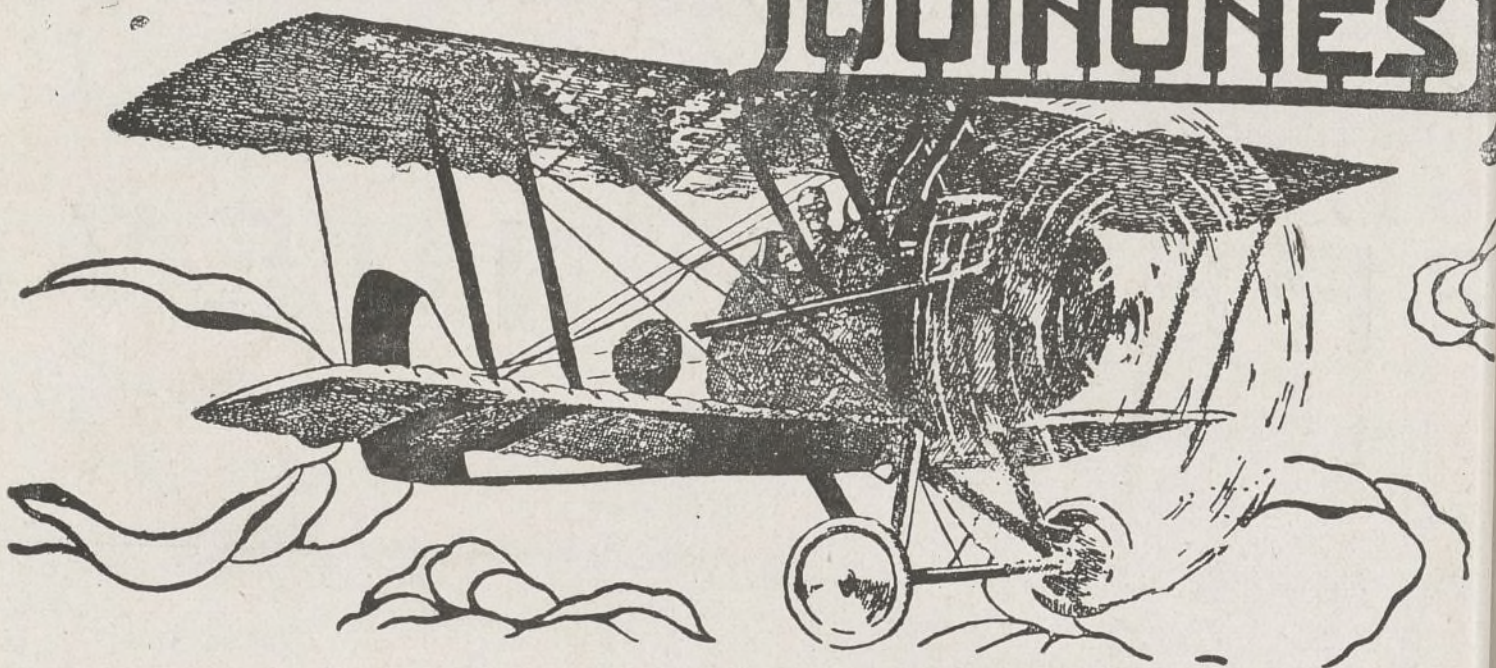
Confección esmerada.

Prontitud, economía.

Calvo Asensio, 3. --- Teléfono 32171

MADRID

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero —Accites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID

